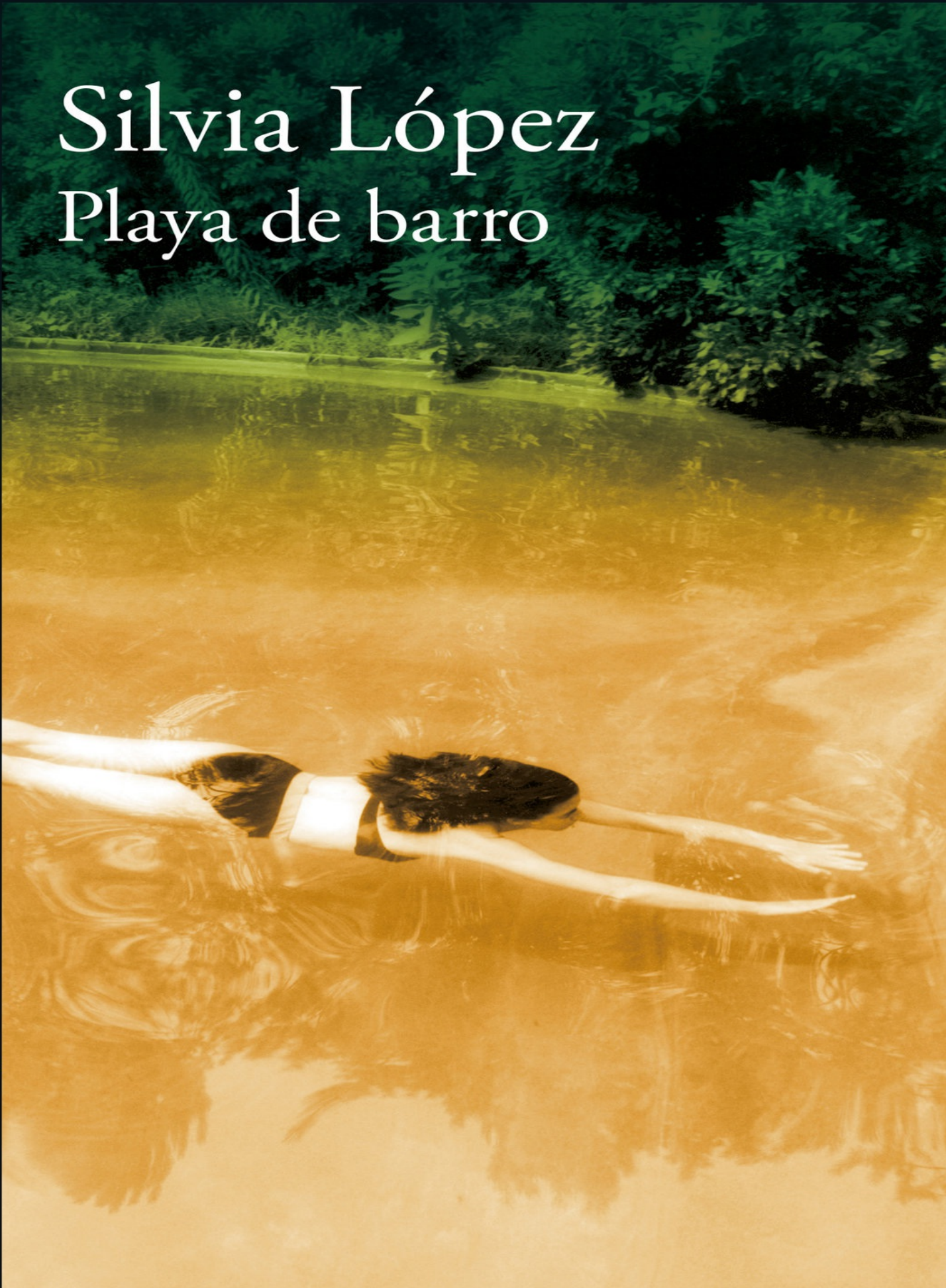


ALEAGUARA


Silvia López

Playa de barro

Narrativa Hispánica



Silvia López

Playa de barro

Alfaguara

SÍGUENOS EN
megustaleer



@Ebooks



@megustaleerarg



@megustaleerarg

| Penguin
| Random House
| Grupo Editorial |

Primera parte

A veces los problemas llegan uno detrás de otro como si se pusieran de acuerdo, y de repente la vida se convierte en un amontonamiento de circunstancias. Lo mío comenzó durante el otoño. Un otoño que parecía igual a los otros, fresco, nublado, ventoso. Lloviznaba, volaban hojas secas, el viento agitaba el río, lo de siempre. En esos días me separé de Juan y el mundo siguió su curso, como si nada. ¿Quién te creés que sos para dejarme así? Mirá vos, el coraje que hay que tener, tendría que escucharte un psicoanalista, a ver qué opina. De todo quería gritarle. Lo hubiera llamado, de no ser por el temor de que me ignorase, porque eso y hundirme en la oscuridad habrían sido la misma cosa. Pero aquello no fue todo, la rueda no se detuvo, siguió girando con la desaparición de Matías. Lo perdí de vista en la estación de tren un lunes feriado. Tenía que decírselo a Juan. Lo siento, lo siento, repetía. La voz me salió rígida y oxidada, como por el rencor. Ocurrió en la estación, mientras esperábamos el tren, fue como si se hubiese esfumado en el aire, como si se lo hubiese tragado la tierra. Utilicé lugares comunes para contárselo a Juan. Lo siento, lo siento. Juan comenzó a hacer preguntas con un tono entrecortado que parecía un mecanismo descompuesto: ¿Dónde está Matías? Como si yo lo supiera. Durante el mes siguiente haría la misma pregunta, mil veces idéntica: Decime, Luciana, ¿en qué momento lo perdiste de vista?

De nuevo, los hechos continuaron por su cuenta y sin participación de mi voluntad. Poco tiempo después, falleció mamá. Yo trataba de usar la razón y recomponerme, pero a la medianoche caía en la cama inconsciente, densa, los

párpados se me abrían como persianas defectuosas. De pronto me despabilaba, lúcida, con esa rara claridad mental que aparece durante el insomnio. El insomnio y su sombra en la habitación y la noche que no terminaba nunca porque Juan y Matías no estaban y no quedaba casi nada de ellos, solamente algunas cosas apiladas en el placar.

Me levantaba al alba, recorría el departamento de punta a punta, lenta, destemplada, con movimiento submarino; veía cómo se iluminaba de a poco el cielo y escuchaba el primer canto de los pájaros. Los pájaros son repetitivos, nunca entonan algo diferente. Había reemplazado la taza de té en el desayuno por unas píldoras de color verde claro, estabilizadoras del ánimo. Píldoras para dormir, píldoras para despertar. Así evitaba optar entre la cama revuelta y el sofá destinado a recostarme boca arriba a mirar el techo. A veces ensayaba el suicidio en la ducha, dejaba correr el agua caliente, cerraba la mampara y respiraba la nube de vapor, como si fuera el gas letal que me haría dormir para siempre. No quería morir, no ese suceso temido y único que es la muerte, pero sí un estado de inexistencia, una manera de no estar en mi departamento. Tampoco quería, aunque entre nubes de vapor era posible, registrar la crónica del final del verano, cuando descubrí que Juan había empezado a salir con una chica.

El día que lo confirmé, tuve el impulso de asomarme al balcón. No había un alma en la vereda, los semáforos titilaban rojos, el cielo era plomizo. Silencio. Las palomas, como siempre, aleteaban en su rincón. Sufrimiento no sentí, la línea que dividía la realidad de su opuesto había comenzado a desaparecer. No pasaban colectivos, no se escuchaban bocinas. Mejor, pensé. En medio de la quietud, cualquier movimiento, un roce, un soplo de viento, podía reavivar el diálogo que pretendía enterrar en el sustrato más hondo de mi memoria, para borrar la tarde aquella cuando la chica de veinticinco llamó a mi casa y dijo:

—¿Me das con Juan?

—No está. ¿Quién habla?

Debe ser una alumna, pensé mientras buscaba la birome para anotar el mensaje. En eso estaba cuando ella, alegre y leve, en vez de decir simplemente su nombre decidió darme un tiro en la sien:

—Habla la novia, ¿no sabés a qué hora va a volver?

Habla la novia. Habla la novia. Se trataba de una oración simple, fácil. Sujeto y predicado. La novia, sujeto. Habla, predicado. Como si hubiera servido de algo el análisis sintáctico, lo mismo que las monocotiledóneas, los logaritmos y todas las demás lecciones inútiles que aprendí. Son raros mis mecanismos mentales; sin darme cuenta, hice el mismo ejercicio que había hecho en la escuela primaria, entré en una especie de trance, viajé mentalmente hasta el aula del colegio y repasé el uniforme, la boina azul, mi banco de madera ubicado junto a la puerta de entrada. Siempre me sentaba cerca de la puerta, con deseos de escapar. Habla la novia. Habla la novia. Qué oración incomprensible, sonaba como un idioma sin ley. Miré la hora. ¿Seis y media de la tarde? Con el teléfono en la mano, adivinando los números, llamé a mi amiga Inés.

Vino enseguida, Inés no andaba con vueltas cuando tenía que decir algo importante:

—Te engaña, Lu. Me enteré el viernes, no sabía cómo decírtelo.

—¿Qué estás diciendo? ¿Lo viste con otra?

—Me lo contó mi sobrina Maite, estudia cine en la misma facultad que esa chica.

—¿Qué chica?

—La que sale con Juan, una de veinticinco.

—¿Veinticinco qué?

—Veinticinco años, Lu.

Le hizo mal decírmelo, le dio dolor de cabeza, durante el desayuno tuvo que tomar una aspirina para recomponerse. Que el destino hubiera juntado a

Maite con la chica de veinticinco parecía una mueca grotesca, uno de esos diálogos teatrales que te dejan con la boca abierta. Dios. Inés se fue a las apuradas. Ni bien escuché el gemido de la puerta, fui directo al balcón. El vacío me tiraba de la manga. Matías se había acurrucado junto al limonero y movía la cabeza para un lado y para el otro, mientras yo seguía repitiendo Habla la novia. Fui a la cocina. No me iba a quedar toda la vida en el balcón. Abrí una botella de agua y tomé unos cuantos sorbos para dejar de repetir la frase, las letras me hacían mal, creí que explotaban en mi garganta. Contuve la náusea, hubiera querido vomitar cada sílaba; me senté en el piso y apoyé la espalda contra la pared. Qué raro parecía todo, dudé de los objetos más cercanos, la heladera y su rugido de animal al acecho; el lavarropas y su ojo gris metálico; la tapa del horno espejada, deformando mi cara. Parecían representaciones, imágenes de un sueño doméstico.

Matías pasó por delante, saltó por encima de mis piernas y trepó a la mesada. Casi no lo reconocí, era como un ser de otro planeta. Matías, por favor, quedate un poco quieto, le dije. No entendió. Hasta un perro habría podido entenderme. Traté de respirar. ¿Cómo era? Aspirar primero el aire, dejarlo entrar, después exhalar. Habla la novia. Habla la novia. Con una frase así no corre el aire. La clave del alivio era pensar en otra cosa. Por ejemplo, el mar. Mientras estuve sentada en el piso de la cocina, un reflejo del cerámico arenado me recordó el último fin de semana largo que habíamos pasado con Juan en un hotel de la costa uruguaya. Cómo me gustaba la rutina, los hechos repitiéndose sin parar, la posibilidad de una escapada de tres días. Matías se quedaba con mamá. Yo vivía la rutina matrimonial como si fuera la mismísima eternidad, algo que nunca dejaría de ser. Mi matrimonio era así, nunca dejaría de ser. Una tarde salimos a recorrer el spa, la pileta cubierta y los espacios que prometen algunos hoteles, como si no alcanzara con el hecho de mirar el mar. El mar. Tiene que haber algo más, tiene que haber una pileta cubierta, hidromasajes, artificios para conseguir la

relajación. Bajamos dos pisos por una escalera y llegamos a un laberinto de saloncitos parcialmente iluminados donde ofrecían tratamientos para mejorar la piel, el pelo, las uñas. Doblamos por un pasillo con olor a cloro y, en una especie de templo azul, apareció la pileta cubierta, el agua tensa y clara. Ambiente perfumado, gasas volátiles, reposeras blancas. Tuve la sensación de que nos internábamos en un sanatorio, creí que nuestra relación se había enfermado. En una estadía romántica nadie piensa en esa clase de cosas. Pero yo sí, mientras flotábamos en el humo de los sahumeros, con ese olor a iglesia que desprenden, pensé en que, en vez de vivir una escapadita amorosa, asistíamos a la etapa terminal de nuestro matrimonio infectado. Sonaban clásicos del piano. Todo eso me hacía pensar en lo perentorio y en lo efímero de las cosas, el noviazgo, el casamiento, el divorcio. El mar. Era algo extraño aquel límite tan claramente señalado: hasta aquí la felicidad, el departamento pintado de color crema, los platos, las tazas acomodadas en un estante de la cocina, los canastos de ropa para planchar. Y más allá, el caos, el descontrol de un final imprevisto.

Al día siguiente fuimos a la playa y descansamos en la arena, echados boca arriba. Según mi sensación, practicábamos para ser los muertos matrimoniales que seríamos dentro de poco. Desde luego, los dos pensábamos en Matías, no necesité corroborarlo. Cuando fuimos padres comenzamos a sufrir una especie de telepatía de la preocupación y la tristeza. Estuvimos en silencio, tirados en la arena, escuchando el ruido del mar, que a veces arrulla. El mar. Secretamente nos preguntábamos por qué Matías, en vez de ser un chico insomne, mudo, insoportablemente inquieto, no podría haber sido un chico común, como los que jugaban en la orilla con un baldecito y un rastrillo. Más tarde dormitamos en la arena y tuve un sueño corto. Soñé que Juan me dejaba.

En algún momento la heladera se tranquilizó y dejó de rugir. Tomé el resto de agua mineral que quedaba en la botella, después intenté levantarme y no pude, me temblaban las piernas. El mar. Conviene creer en las señales. Cuando descubrí la huella de una zapatilla marcada en el parabrisas de mi auto, comencé a creer en las señales. Había ido a cargar nafta y un empleado de la estación de servicio se empeñó en limpiar el vidrio. De repente, una cortina de espuma enturbió mi visión. Me quedé quieta, esperando que el vidrio volviera a la realidad. Qué raro, la huella no se iba, seguía en el mismo lugar, calcada. Concluí, temblando, que alguien se había sentado en el asiento del acompañante y había apoyado su pie en el tablero. El rumor del desastre acababa de llegar. No puede ser, pensé. El auto es algo personal, privado, casi una prolongación de nuestra casa, tiene hilachas de mi ropa, pastillas de menta en la guantera, mis anteojos de sol. Me negaba a creer que alguien hubiese podido descansar sus piernas sobre el tablero de mi auto. Pero alguien había sido. ¿Quién? Tenía que ser una mujer, sin duda, piernas en el tablero nunca sería la actitud de un hombre. Observé con atención la huella y le supuse pies finos, sin asperezas, uñas sin defectos y con prolijas capas de esmalte hechas por profesionales. Después los días transcurrieron y la sensación de haber descubierto algo importante se fue borrando. Tres meses pasaron hasta que hice la pregunta: ¿Quién es? Decime la verdad, Juan, ¿quién subió a mi auto? Decime la verdad, no pretendas engañarme porque me enteré de todo. Juan se sintió acorralado, dijo que era una chica sin importancia. La había conocido de casualidad y la había llevado hasta su casa, nada más, no significaba nada para él.

Así que para vos no significa nada. Para mí, sí, grité, para mí esa chica es poderosa, sus cosas están nuevas y engendran entusiasmo. Y yo todavía no había llamado al pintor para arreglar la pared descascarada; ni al plomero, por la gota que perforaba el escaso silencio que había en la noche; ni al especialista que nos habían recomendado para saber cuál era el verdadero

diagnóstico de Matías. El mar. El mar.

Había, sin embargo, otra señal, la que expresaba Juan cada vez que me miraba con ojos de perro bueno y párpados pesados. Me negaba a creer que se había cansado de vivir conmigo. Habíamos sido felices hasta que construyeron la torre de enfrente y las palomas invadieron nuestro balcón. Incluso cuando adoptamos a Matías fuimos transitoriamente felices.

En aquellos días, Inés hizo sonar varias veces el timbre nervioso de mi departamento:

—Abrí, Lu, soy yo.

Me arrastré hasta la puerta, giré el picaporte, apenas podía sostenerme en pie. Las píldoras para dormir me despertaban mareada. Regresé a la cama. Inés caminaba detrás de mí diciendo que tenía que contarme algo muy importante. Ayer había hablado con Maite, tenía noticias de Juan.

Levantó la persiana, una penumbra rosada, insoportable, invadió la habitación.

—¿Qué día es?

—Domingo, Lu. ¿Matías duerme?

—Sí, es un milagro.

—Hablemos bajito entonces, ¿qué vas a hacer?, son las diez de la mañana, ¿te vas a levantar o pensás quedarte todo el día en la cama?

Caminó hacia la cocina, puso agua para el té y dos rodajas de pan en la tostadora. Al rato, comenzó a perseguirme con una taza en la mano. Yo no quería desayunar, prefería tomar el antidepresivo, para escuchar el relato de mi amiga con algo de distancia, como si fuera un problema ajeno. Me saqué el camisón y lo dejé en el suelo, como quitándome de encima un bicho plantado en mí desde hacía mucho. Abrí el placar, un revoltijo. Saqué del estante una remera sin planchar. Mezclado entre la ropa, descubrí un tapado nuevo. Intenté revisarle los bolsillos y no los pude abrir, estaban sellados con un hilván.

—Inés, ¿te parece conocido este tapado? No me acuerdo de cuándo lo compré, ¿me lo habrá regalado Juan?

Inés mordió el extremo de la tostada y comenzó a hablar sin sobriedad, sin reparos. Sabía cómo y dónde se habían conocido, qué lugares frecuentaban, qué planes construían Juan y su chica de veinticinco. Extremó los cuidados para que la historia fluyera nítida, sin espacios en blanco.

La cosa había comenzado un mediodía en Palermo Hollywood. La chica tenía nombre, se llamaba Dominica. Cansada de salir con jóvenes de su edad que no se comprometían con nadie, desde hacía un tiempo se sentía sola, deprimida, acarreado una especie de ansiedad sin objeto. Juan almorzaba en la barra de un bar con su socio y amigo, Eugenio Marques. Dominica se acercó y pidió un trago. Juan le alcanzó la copa que el barman había dejado a medio metro de distancia. Dominica se lo agradeció. Se miraron, se presentaron. Hablaron de cine y coincidieron. En una visión rápida de la alianza en un dedo de la mano izquierda, simple observación mecánica que anuncia el estado civil a través de un redondel, Dominica corroboró lo que había dicho Maite un minuto antes de que ella decidiera acercarse a la barra: Es casado. No era un obstáculo. Enseguida arreglaron un encuentro.

—¿Dónde?

—No importa, Lu.

Me había picado la curiosidad, o más bien me dolía. Quería saber todo, cada movimiento. Según Maite, verdadera coleccionista de detalles, el día de la primera cita Dominica pasó más tiempo del habitual bajo la ducha, se arregló el pelo, siguió con bastante esmero el proceso de su vestimenta: un jean gastado, camisa blanca, un par de zapatillas recién estrenadas. A cada momento se preguntaba a dónde ir con un tipo casado. Palermo era demasiado expuesto, no podía aparecer por ahí, a la vista de todos. ¿San Telmo? Tampoco, deprimente, lleno de turistas. Que no me lleve a la Recoleta, pensó en voz baja, como un ruego. No quería encontrarse con los

amigos de su padre, viejos acartonados que disimulaban la invalidez haciendo acrobacia con sus bastones. Descartaba una opción aún peor: Costanera Norte, clásico escondite de trampas frente al río.

—No hagas intrigas, Inés, por favor. Decime dónde fueron.

—A un restaurante español de la avenida Belgrano.

Qué horror. Me dieron ganas de vomitar, olía en mi aliento algo feo, metálico, mi dieta de fármacos. Me conformé pensando que Juan debía de oler a paella a la valenciana o pulpo a la gallega. Extrañamente, el hecho me tranquilizó.

Juan era perfecto, inteligente, estable, en tres palabras de Dominica: un tipo hecho. Lástima que, de vez en cuando, Dominica lo descubría con un aire melancólico, leyendo poesía o revisando el teléfono, y pensaba de manera inequívoca que estaba esperando el llamado de su exmujer. Le parecía extraño que, al cabo de una vida al lado de Luciana, se atreviera a mentirle tan descaradamente para salir con ella. Íntimamente, lo censuró:

—No entiendo, por qué se habrá separado después de veinte años —les preguntó a Indalecio y a Maite, sus mejores amigos de la facultad.

—Ni idea de cómo actúan los que estuvieron veinte años con alguien. No los conozco, nunca hablé con ninguno. Ni mis viejos vivieron juntos todo ese tiempo —dijo Maite.

—Yo estuve solamente un año de novio, así que no puedo opinar —dijo Indalecio.

¿Qué podía arruinar un matrimonio tan largo?, se preguntaba Dominica. Se sentía nadie frente a la cantidad de años que Juan había vivido con Luciana. No eran nada unos pocos meses comparados con veinte años. ¿Qué lugar tenía ella? ¿Quién era para él? Sabía que Maite conocía a Luciana, lo supo antes de acercarse a la barra y encarar a Juan, sin problema, solo porque le había gustado su perfil. ¿Qué sabés de Luciana?, le preguntó a Maite, contame todo.

—La conozco pero no tanto, sé que estudiaba Letras y que dejó la carrera para casarse con él. La conocí en un cumple de mi tía Inés.

—¿Es linda?

Tiene algo... contestó Maite. La respuesta daba para pensar, ¿no podría ser un poco más clara Maite? Así que Luciana tiene *algo*. Decir eso era lo mismo que nada, pero también podía ser todo. Cerró los ojos y no paró de imaginarla, seductora, el cuerpo perfecto, la piel increíble y con personalidad. No como la de ella, que para ser increíble había tenido que hacerse dos tatuajes. Maite había aportado lo suyo con su comentario, y ahora Dominica se dirigía a su amigo con una pregunta:

—Indalecio, ¿vos creés que yo tengo *algo*?

Indalecio se acercó y le tocó el piercing que se había puesto en la nariz. Ella sabía que tener un piercing no era suficiente. Tener *algo* era otra cosa. No se dio por vencida. Una noche recurrió a Juan, cuando ya se habían animado a caminar de la mano por Palermo Hollywood:

—Mostrame una foto de tu ex, quiero saber cómo es.

—No tengo ni una, Luciana las quemó.

—¿No tenés una foto en el teléfono?

—No saco fotos con el teléfono, prefiero las de papel.

Dominica lo miró con ojos desorbitados, como si hubiera descubierto una conducta inhumana. Le deprimían las fotos de papel. Su madre tenía un montón. Metidas en una caja hasta ponerse amarillas o pegadas en un álbum, las fotos de papel servían nada más que para juntar tierra y ocupar lugar en el placar. Ocupar lugar, repitió para sus adentros. Y volvió a pensar, esta vez con certeza, que Luciana ocupaba todos los lugares de Juan. ¿Cuántos años tenía? Comenzó a preocuparse por la diferencia de edad, fue una especie de ataque, le agarró de repente, como si la hubiera picado un bicho y no pudiera parar de rascarse. Juan tenía más de cuarenta, ¿cómo iba a ser dentro de diez años? Le gustaban muchas cosas de Juan, más que nada le gustaba gustarle todos los días. No pasaba lo mismo con los pibes de su edad, un mes sí, otro mes no. Una noche fabulosa y al día siguiente ni un llamado. El apogeo y la caída en un par de horas. No sabía qué hacer con esos pibes, no sabía si tenía

que gritar, caerse de la cama, morder, consumir drogas, practicar el amor físico como si fuera una clase de crossfit. Por favor. La vida es muy injusta, pensó, tampoco podía imaginarse viviendo con uno de cincuenta y pico, casi un jubilado.

Pasaron los meses. La edad de Luciana, su forma de ser, de respirar, de dormir, de amar, de reaccionar, se convirtieron en la obsesión de Dominica. Era como si la relación con Juan hubiera pegado una vuelta sobre sí misma y algo nuevo estuviese a punto de ocurrir. Una tarde su conciencia explotó, durante varios segundos Palermo Hollywood fue un desconcertante espacio en blanco, en el ciclo de Alfred Hitchcock habían dado una película que le pareció impresionante: *Rebeca, una mujer inolvidable*. Después de ver esa película no durmió en toda la noche, tenía miedo de que la ex de Juan pudiera convertirse en alguien así, como Rebeca, una de esas mujeres que no desaparecen ni con la muerte. Se había hecho a la idea de que Juan y Luciana habían tenido un matrimonio perfecto, como el de Giulietta Masina y Federico Fellini. Como el de Sartre y Simone de Beauvoir. Ella, en cambio, no había salido con nadie más de cinco meses, la pareja estable le parecía un milagro que sucedía cada tanto. Luciana lo sabía, sabía cómo sostener una relación, cómo hacerse presente, cómo hacerse desear. Qué pésima idea había sido llamarla por teléfono. ¿Para qué tuvo que decirle aquella frase horrible? Habla la novia. Ninguna mujer casada merecía escuchar algo así. Todo eso pensaba. Y a veces se sentía culpable, pero como estaba convencida de que la culpa era un sentimiento antiguo, trataba de evitarla por todos los medios, mentales y físicos: concentración, respiración llevando el aire al estómago, meditación. Todas las mujeres tenían derecho a tener una relación, alguna vez le tenía que pasar a ella. Mala suerte si el tipo era casado. En el fondo, la culpa era de Juan. ¿Por qué había dejado a Luciana después de veinte años?

¡Veinte años! ¿Cómo habían hecho? Juan no le daba ni una pista, ni una palabra al respecto, lo asumía como algo natural. De repente Dominica se iluminó: la fórmula, si existía, la tenía Luciana.

Sus pensamientos y especulaciones crecieron en el curso semestral dedicado al cine de suspenso, cuando tuvo que ver nuevamente *Rebeca*. ¿De nuevo?, no podía ser casualidad. Era una señal, una pendiente por la que podía estar deslizándose sin darse cuenta. Soñaba con Luciana, la veía como una sombra, planificando venganzas en Palermo. Por la mañana, al despertar, repasaba escenas de la película como si Hitchcock hubiera renacido y la convocara para hacer una remake.

Que yo sepa, le decía Indalecio, las pesadillas no tienen nada que ver con la realidad. Luciana no era vengativa, no hacía escándalos, no era una de esas resentidas que llamaban por teléfono mil veces por día para atormentar al marido. No lo amenazaba, no lo molestaba, lo había dejado libre, demasiado libre, como si supiera que algún día iba a volver.

Contame algo de Luciana, solía decirle a Juan. Pero él era incapaz de decir lo que ella quería escuchar, simplemente porque no lo sabía. ¿Y si hablaba con la mujer de Eugenio? Una charla entre mujeres podría aclarar el asunto.

—¿Cuándo vamos a ir a comer con los Marques?

—Cuando quieras, Dominica.

—¿Mañana?, salgo de la facultad a las diez.

—Es tarde, Eugenio madruga.

—¿Y qué? Yo también madrugo, no trabajo, pero estudio. ¿A qué hora se levantaba Luciana? ¿Le llevabas el desayuno a la cama?

Inés contó la historia por dentro, como si raspara con un cuchillo dentado los restos adheridos en el fondo del asunto. Sabía todo sobre Juan y Dominica. Del uno al diez, Maite era la chismosa número nueve. Disimulé la tensión, para que Inés no se privara de decirme nada, y después que dijo todo la despedí sin dramatismo. Chau, mañana hablemos, Inés.

Era domingo. Los domingos solía ir al geriátrico de Villa Urquiza a visitar a mamá. Dios. No podía ir al geriátrico con Matías, su alboroto, sus espasmos de agresividad, el modo de estar todo el tiempo desacomodado en el mundo de alrededor, podía haber hecho estragos entre los ancianos que intentaban descansar. En realidad, con Matías no podía ir sola a ninguna parte. Pasé lo que quedaba de la mañana sentada en el balcón, aquel domingo las palomas tenían un gris antinatural. Me daban náuseas. ¿Qué hora es?, me pregunté. No estoy preparada para que el tiempo pase tan rápido. Regresé al pasillo, era como un túnel, lo atravesé, me detuve en la puerta del dormitorio de Matías y lo encontré golpeando la pared. Se había despertado imparable como siempre, emitiendo rarísimos sonidos que imitaban el gru gru gru de las palomas. Almorzamos un plato de puré. Lavé, limpié, no sabía qué hacer. Matías no paraba de moverse, durante la tarde y la noche de aquel domingo, escuché sus carcajadas, su risa contenía un elemento loco y desenfrenado. A las ocho tomé las píldoras para dormir. El mar. El mar. En la madrugada me desperté con un ruido estruendoso que venía de la cocina. Toque el lado derecho de la cama, frío, abandonado. Me levanté como si hubiera dormido diez horas. ¿Qué rara cosa, qué desplazamiento imperceptible me había

separado de Juan?

Matías, ¿qué estás haciendo?, grité. No contestó. ¿Qué iba a decir? Nunca había dicho una sola palabra. Había subido a la mesada de la cocina, tiraba los frascos de vidrio contra el cerámico arenado y aplaudía en cada estallido; cuando ya no quedaba ningún frasco vivo, se sentó sobre el anafe a observar la maraña exuberante, mezcla de arroz, granos de maíz, azúcar y vidrio partido. Junté todo, separé los granos de maíz para darles de comer a las palomas. Esto no puede estar pasando, pensé. Me dieron ganas de salir a la calle. ¿A dónde? Me propuse tomar un tren hacia el norte, llegar hasta el final del recorrido y regresar a Vicente López en el mismo tren. Era una salida hermética, sin duda mirar paisajes desde la ventana de un tren no era el mejor programa, pero con un chico que nunca para de moverse no hay demasiadas alternativas. Tampoco me iba a quedar toda la vida encerrada en el departamento. Me convencí a medias, tomé impulso y me animé.

Nunca había salido sola con Matías. Todavía era de noche y lloviznaba. Cualquier prenda iría bien debajo del tapado de origen incierto que había encontrado recientemente en el placar del dormitorio. Matías no quería vestirse, luché quince minutos para ponerle la campera. Le lavé la cara, acaricié su carita perfecta, lo peiné. Lo vi frágil, delgado, sus brazos sobresalían como palos de la campera azul. Salgamos, le dije. La puerta del departamento volvió a lamentarse. El pasillo olía como siempre a cera perfumada y desinfectante de ambientes. Qué mezcla espantosa. La alquimia del encargado. No nos cruzamos con nadie, los vecinos dormían, no había guardias en el edificio. Al bajar del ascensor, Matías corrió con los puños cerrados y comenzó a golpear su cabeza contra la puerta de vidrio y a gritar gru gru gru con toda su energía. Logré calmarlo tarareando la canción que le gustaba. Vamos a ver cómo es el reino del revés. Pusimos un pie en el cordón de la vereda y el asfalto humedecido se convirtió de inmediato en un espejo que nos duplicaba, y en aquella duplicación Matías y yo parecíamos dos

desamparados que ni siquiera podían acompañarse uno al otro. Cruzamos la calle. Matías caminaba agarrado de mi mano, se detuvo en la vidriera de la ferretería y señaló una caja de herramientas, todo el tiempo repitiendo gru gru gru. Al pasar por el kiosco le llamó la atención un chupetín enorme, con círculos concéntricos rosados y blancos. No quería moverse de allí, parecía encaprichado con ese chupetín, era como si lo deseara. Raro, Matías nunca deseaba nada. En la cuadra siguiente me soltó la mano y comenzó a caminar cerca de mí. Qué pena me das, Matías. Antes de cruzar la calle cambió la luz del semáforo y sonrió. Cuando él sonreía como cualquier chico normal, me daban ganas de abrazarlo y decirle que lo quería con el alma. Pero enseguida el semáforo volvió a cambiar y Matías se ausentó con la mirada; se fue, nunca se sabía hacia dónde. Entonces yo también me iba, y así era nuestra relación, compartíamos el sentimiento autista de la vida.

Al llegar a la estación lo vi correr en dirección al andén y fui detrás. Miré las vías, brillantes, lisas, paralelas. Los dos miramos las vías. Me senté en un banco, como quien se premia por haber llegado a algún lugar. Matías, vení, le dije. En ese instante pasó un tren a toda marcha, con una luz blanca y poderosa, desprendiendo una ráfaga de calor. Cerré instintivamente los ojos, no sé cuánto tiempo. Cuando los abrí, Matías no estaba. Dios. Algo pasó, mi memoria dejó de funcionar, fue como si se hubiera desactivado, quedaron recuerdos sueltos de aquel momento, una serpentina de imágenes, nada más. Crucé al otro lado del puente. A las cinco y media de la mañana Vicente López era un desierto. Lo busqué por todas partes. Recorrí la estación, las calles por las que habíamos caminado, regresé a la vidriera donde nos habíamos detenido a mirar los círculos del chupetín rosado y blanco, era como el espiral de los sueños. Dios. La mitad de mí misma había desaparecido con él, me sentí extraña, me estaba transformando en otra persona, en una máquina tal vez. La clave era pensar en otra cosa. El mar. El mar. El día comenzaba a despuntar con el cielo encapotado, observé el lento

pasaje de la noche a la mañana, me pregunté por la sucesión de los días y también me pregunté si tenía que seguir siendo la misma persona hasta el final de mi vida.

Regresé a la estación. Trastabillé al bajar torpemente la escalera del puente, me irritó pensar que había tantas cuestiones de ese tipo, tantos puntos diminutos de fragilidad. En la desesperación, necesitaba trasladarme a otra parte o reemplazar la realidad por algún otro elemento. Matías era tan rápido que a esa altura de la mañana podía estar saltando en alguna esquina del barrio. Caminé por el barrio, crucé las calles, revisé los jardines. Miré el reloj. Mi sensación del tiempo se había alterado, cuando sacaba la cabeza fuera del impacto, como saliendo a respirar desde debajo de una ola, comprobaba que los minutos iban demasiado rápido, a una velocidad asombrosa. En mi interior, fabricaba una explicación bastante lógica: el tiempo apremia cuando alguien desaparece. Entonces comencé de nuevo a correr y no paré de correr por calles mojadas, comercios cerrados, casas con jardines intercaladas con bloques de departamentos. Vicente López parecía una ciudad remota, antes de llegar a la avenida Maipú y caer en un bar de mala muerte, una madriguera concebida para albergar borrachos, llamé por teléfono a Juan. Matías desapareció, le dije. Lo siento, lo siento, repetí.

Las primeras charlas con la policía fueron en la comisaría del barrio. Hacían demasiadas preguntas, querían mi descripción de los hechos. No tenía ningún patrón con el que medir el interrogatorio. Además, era horrible responder preguntas, toda mi vida había tratado de evitarlo. Para mí responder es lo mismo que obedecer. No pude decir nada coherente, no me salían las palabras. ¿Qué pasó, señora?, me preguntaban. Eso pasó, Matías desapareció. Resulta incomprensible pero así pasan las cosas, en un segundo, de repente algo se suelta. ¿Por qué tendría que llamar al pabellón pediátrico

del hospital? Perdón, no puedo moverme, disculpen, necesito regresar a mi casa. Quizá encontremos a Matías parado en la vidriera de la ferretería.

Llegó la División Búsqueda de Personas. Varios hombres sin uniforme se sentaron en el living de mi departamento, con aires de sabelotodo. Continuaron las preguntas, cada vez más ilógicas. La idea del secuestro extorsivo se descartó en las primeras horas. También la hipótesis de un perverso que hubiese raptado a Matías con fines sexuales. Y la de un loco que hubiera actuado con algún propósito oscuro. Los polis hablaban todos al mismo tiempo, yo solo escuchaba un rumor de voces y sonidos monótonos. Abrí apenas la ventana, lo que antes había sido una llovizna se había convertido en uno de esos aguaceros que anticipan la llegada del invierno. Las palomas se agitaron. El sonido de la lluvia se mezcló con las voces de la policía. Tenía que pensar en otra cosa. El mar. Cuánto hubiera querido en el momento mirar al menos el río sin toparme con la torre de enfrente, repleta de porquerías en los balcones, triciclos, juguetes, ropa agitándose en los tendederos, macetones recargados y plantas secas.

Juan llegó al departamento. Lo vi atormentado, solo hablaba para responder preguntas, el resto del tiempo hacía silencio, con una expresión dura y desesperada. Se había puesto pálido, demasiado pálido, blanco como una aspirina. Me senté a mirar el techo con la esperanza de que me viera como la primera vez, una desconocida, como me había visto veinte años antes. Ni siquiera me miró. Solamente se acercó cuando sonó el teléfono y nos abalanzamos sobre el aparato. Era Eugenio Marques. ¿Dónde? ¿Cómo? ¿En la estación? ¿Cómo puede ser?, preguntaba. Luciana dice que fue en un abrir y cerrar de ojos, literalmente, contestó Juan. Literalmente. Su voz me pareció un insulto, se había vuelto ajena, impostada.

La policía quiso revisar el dormitorio de Matías. Fuimos con ellos y nos

sentamos, como ajenos que se conocen en una sala de espera. En el dormitorio no había libros infantiles, Matías nunca aprendería a leer. No había juguetes de encastre, Matías nunca habría podido ensamblar una pieza con otra. Se veían juguetes destrozados, pinturitas tiradas, muñecos mordidos, granos de maíz desparramados por el suelo y el oso de peluche asomándose como un preso entre los barrotes de la cama. Dios. Y esas sábanas con dibujos de Batman, me dieron ganas de ponerme a llorar.

A las doce de la noche se fue el gentío. Policías, investigadores, la vecina del sexto, Inés, la pediatra del noveno, el encargado. Juan fue el último en salir; me saludó con distancia, caminó hacia la puerta y la cerró con un golpecito melancólico que hablaba por sí mismo.

Lo siento, lo siento, repetí. Busqué las píldoras para dormir, vacié el frasco, las miré, las toqué, eran suaves, tentadoras, de color verde pino. Bajé la persiana y apagué la luz. En el dormitorio oscuro, durante varios segundos, escuché mi propia respiración pausada, como un latido de otra persona. Fue una percepción breve. Después, nada.

Al mes siguiente decretaron otro lunes feriado, no pasó desapercibido para mí. Al mediodía comencé a sentir la conocida mezcla de náusea y hambre. Hice un esfuerzo y me vestí para ir al restaurante de la esquina. Ansiosos, humo, murmullos. El mozo vino, dejó una bebida y el menú sobre la mesa. Entre hileras de botellas, pude ver mi cara reflejada en un espejo. Siempre había estado ese espejo detrás de la barra, sin embargo, yo lo veía por primera vez. Me miré tratando de reconocirme, vi reflejado el contorno de mi cara, mi pelo revuelto, irreconocible. Me senté junto a la ventana y busqué las noticias policiales en el diario del día. Todo pasa. Nadie escribía sobre la desaparición de Matías. Qué tristeza. Fijé la vista en el asfalto, los coches se acercaban al cordón, mordían un charco, salpicaban la vereda y yo retrocedí en la silla como si estuviera escapando. Me pareció que el mundo estaba bien así, mojado, con el cielo negro de lluvia que se apretaba contra los vidrios. No quería que el espectáculo de la tormenta, la noche apareciendo en pleno día, se destruyera de un plumazo ante el mínimo rayo de sol.

Entraron dos jóvenes y se sentaron en la mesa de enfrente. Pronto van a tener un hijo y van a formar una sola vida lenta, rutinaria, sin gracia, pensé. Almorcé liviano, mastiqué cien veces cada bocado apretando los dientes, con algo de rencor. El menú incluía un almendrado tricolor y un café con crema. Mientras hojeaba el diario, observé el hundimiento de la cucharada de chantillí perdiéndose lenta y oval en el pocillo. Marqué un aviso. La oración: casa en la isla Garza Mora, costa privada, playa, pileta, árboles añosos y aves para descubrir. ¿Aves para descubrir? Sentí la necesidad urgente de

abandonar mi departamento contaminado de recuerdos, sentarme en un muelle, cerca del río y quedarme quieta con los ojos clavados en el horizonte hasta que Juan resurgiera vivo del agua. El río. La lluvia caía como agujas y el helado había empezado a derretirse. El chocolate, más poderoso que la franja de vainilla y que la franja rosada de frutilla, teñía el plato de loza y convertía el almendrado en un líquido marrón. Pasó una paloma revoloteando. En aquellos días las palomas habían hecho un escándalo tremendo en mi balcón. Había cientos de balcones en el barrio pero ellas eligieron el mío. Antes, la felicidad había sido sentarme con Juan en el balcón a mirar el río, pero eso duró poco porque en el terreno baldío que había enfrente construyeron una torre con balcones jaula. Debajo, en lo más bajo, hicieron una pileta azulejada y alrededor plantaron tres palmeras tontas. El conjunto no me habría molestado tanto si la torre no hubiera ocultado la entrada de sol y la vista del río. Era feliz cuando Juan me llamaba para ver el río, como si fuera algo que él mismo había colocado allí. Ahora lo único que había en el balcón era un amontonamiento de palomas picoteando quién sabe qué y desprendiendo piojos. Nos van a invadir los piojos, le dije a Juan el día que descubrí liendres en la cabeza de Matías. Salí inmediatamente a la calle enfundada en el impermeable, con un grado bajo cero. Lo llevé a la peluquería y le cortaron el pelo de manera violenta, le dejaron unos mechones cortos y electrizados. Al verlo, Juan saltó del sofá con cara de desconcierto y me fulminó con su peor mirada de perro bueno:

—¿Qué le hicieron?

—Le cortaron demasiado corto, ¿no?

—Le arruinaron la cabeza, Luciana.

En un instante de complicidad, los dos pensamos que su cabeza estaba arruinada desde antes. A veces, en vez de llorar, nos reíamos de nuestra tragedia. Que Dios nos perdone. Entonces Juan me dijo: ¿Qué vamos a hacer con Matías? No respondí. La pregunta quedó en el living retumbando sola

con la potencia de una voz proveniente de otra parte. Aquel día caí en la cuenta de la desorientación de Juan. Era como si me hubiese pedido que hiciera algo con esa criatura que no se dirigía a nadie, no sonreía a la gente, ni siquiera parecía advertir la presencia de los otros. Desde luego, tenía que ser yo la encargada de hacer algo con nuestro hijo, que no dormía; que, en vez de dormir, golpeaba su cabeza contra los barrotes de la cama como un animalito enjaulado; en vez de caminar, se desplazaba como una monstruosidad amenazante; en vez de comer, tiraba el plato al piso y en vez de hablar, gemía en un idioma incomprensible. Lo único que Matías parecía desear con toda su fuerza era revolcarse en un nido de estúpidas palomas. ¿Qué vamos a hacer con Matías? No contesté. Quedé en silencio, responder no tenía que ser una obligación.

El mozo se acercó a mi mesa:

—¿Otro café, señora?

¿Otro café? La decisión más simple parecía dificultosa. Era rarísimo tomar café en el restaurante, sin Juan del otro lado de la mesa, sin Matías corriendo entre las sillas, llevándose todo por delante. Matías, el saltamontes, imparable, diferente. En la mitad de la noche Juan se levantaba, iba al dormitorio de Matías y se acercaba a su cama, intentando abrazarlo. Pero él no se dejaba abrazar, solo quería moverse, ansioso, de un lado a otro. Una madrugada saltó de la cama al piso, corrió hasta llegar al baño y abrió la ducha. Qué extraño, Matías no sentía nada bajo el agua caliente, no le quemaba, no se conmovía. Otra noche fue a la cocina y rompió media docena de tazas de porcelana que Juan había heredado de su madre. Aquella noche padre e hijo se miraron con odio. En esos días lo llevamos al instituto para niños con problemas mentales y Juan se sintió aliviado de dejarlo allí toda la tarde. Pero a las seis había que retirarlo y enfrentarse a otra noche agotadora, interminable. A veces lo envolvíamos en una manta y lo llevábamos a dar vueltas en auto, nos deslizábamos a media marcha por la ciudad, entretenidos

con las luces de los faroles que entraban por las ventanillas y pasaban sobre nosotros como una caricia. De esa manera lográbamos que Matías se quedara un rato quieto, sentado en la sillita obligatoria, con los ojos muy abiertos, mirando las luces y balanceándose apenas, como si quisiera agarrarlas.

—Un hijo es para siempre —había dicho mamá.

Juan no se quedaba atrás con sus apreciaciones definitivas:

—Así es Marta, vamos a estar toda la vida sin dormir.

Yo no sabía cómo reaccionar cuando mamá y Juan decían esas cosas.

—Paciencia —dije.

—¿Ciencia? —preguntó mi madre.

—No dije ciencia, mamá, dije paciencia.

—Perdón, querida. No escucho bien, ¿consultaron con el doctor?

—¿Por tu hipoacusia? —preguntó Juan.

—Por Matías, querido.

La primera en hacerme saber que Matías no era como los demás chicos fue la pediatra que vivía en el noveno piso. Tu hijo no es normal, me dijo un día mientras bajábamos en el ascensor. Nos recomendó un especialista. Le pedimos un horario, fuimos con miedo, no sabíamos qué podría decirnos aquel doctor, ¿qué diagnóstico, pronóstico, qué número de noches seguiríamos sin dormir? Quizá toda la vida como había dicho Juan. Dios no lo permita, pensábamos. Ni bien llegamos al consultorio, Matías tomó envión y saltó sobre la camilla. Juan y yo nos miramos nerviosos y nos tentamos de risa como adolescentes desubicados. El médico hacía preguntas y Juan forzaba las respuestas para que todo pareciera normal, decía que Matías tenía trastornos del sueño. Yo no me animaba a pedirle al doctor que le recetara pastillas para dormir. Le conté que Matías era adoptado, ¿podría ser esa la causa de su manera tan extraña de ser? El doctor le daba vueltas a una lapicera, no se animaba a decir que a Matías el cerebro lo había traicionado y que no mejoraría nunca. Apenas pudo sugerir una resonancia magnética.

¿Para qué, doctor? ¿Para observar su cerebro en rebanadas y afirmar que sufre horribles trastornos que nos obligarán a tenerlo cada día más en cuenta? Matías, mientras tanto, saltaba desde la camilla al suelo y reptaba sobre la alfombra emitiendo su gru gru gru, más parecido a la expresión de las aves que a la necesidad humana de hablar. ¿No pasará demasiado tiempo con las palomas?, nos preguntábamos. Habíamos probado varios métodos para ahuyentarlas, alambres, redes, fumigaciones. Nunca enrejamos el balcón, nos parecía el colmo. De vez en cuando las palomas se iban y después de un tiempo regresaban, angurrientas, grises, con su horrible picoteo en el suelo, cuando en el suelo del balcón nunca había nada. Matías les sonreía con una risa mecánica que a veces se convertía en carcajada. Y aquella carcajada era mi tormento. Su carcajada y la polvorienta luz de la tarde, cada vez que la torre de enfrente ocultaba el sol.

El mozo repitió la pregunta:

—¿Otro café, señora?

Una tarde llegó a mi departamento un oficial de policía con una lista renovada de preguntas incontestables:

—¿Por qué no salió con el auto, señora?

—Quería pasear en tren, mirar por la ventana.

—¿Cómo se le ocurrió ir a la estación con su hijo a las cinco y media de la mañana, cuando todavía era de noche?

Hice silencio. No hay día ni noche con un chico autista, hubiera querido decirle al oficial, pero la palabra autista me desmoronaba. No contesté, contestar no tenía que ser algo forzado, ni siquiera en esas circunstancias. Se fue enseguida el oficial, cansado de escuchar la misma frase: Desapareció, ¿es tan difícil de entender?, las cosas pasan así, de repente. Cerré la puerta y me metí bajo la ducha, caía el agua sobre mi cabeza y resonaba como un mal pronóstico. Me vi en el espejo del baño, parecía un espantajo, el color de mi cara había desaparecido y me había puesto verde, verde pino, igual que las píldoras. Al salir de la ducha hice un montoncito con la toalla de mano y limpié la superficie del espejo empañado para comprobar si de verdad el color de mi cara había cambiado tanto, si realmente me estaba transformando en otra persona. ¿Tenía que ser siempre la misma? El día anterior, en el espejo del restaurante, no me había visto de color verde pino, solamente me vi pálida y con el pelo revuelto.

Tendí la cama, busqué el escobillón, barrí el dormitorio y abrí las ventanas. No era demasiado pesimista suponer que la primavera estaba llegando, en pocos días no quedaría nada del invierno y volverían las mañanas soleadas.

Atravesé el pasillo, mi túnel, en dirección a la cocina. No importaba que estuviera todo abierto, el túnel era oscuro siempre. Para desayunar encontré lo único que había en la heladera, un yogur próximo a la fecha de vencimiento. Nada era igual. La heladera había perdido por completo su razón de ser, era menos que un espacio vacío. Había llegado el momento de ir al supermercado, me obligaba a comer algo. Dios. Ignoraba si alguien sabía de verdad lo que significaba, al menos en esta parte del mundo, vivir sola después de haber cumplido cuarenta años. No quedaba más remedio que drogarse con pastillas, refugiarse en lo profundo de la casa, en el interior del interior. Subir al ascensor, por ejemplo, llegar a la planta baja con olor a desinfectante de ambientes, aunque fuera de verbena, lavanda o flores silvestres, me daban ganas de vomitar. Salir a la calle era lo mismo que caminar por el borde de un precipicio y mirar las rocas desde lo alto y el mar que las golpea. El mar. Qué desolación sería encontrarme con los vecinos y escuchar sus preguntas. ¿Encontraron a Matías? ¿Se sabe algo? La gente tenía la costumbre de preguntar, al principio lo harían con preocupación; después, por compromiso, proyectando las palabras hacia una formalidad correcta. ¿Alguna noticia de tu hijo? Como si yo tuviera la respuesta, como si lo hubiera escondido en un placar.

Después de ducharme, tuve un sentimiento lamentable. Lo que nunca me había interesado, el detalle costumbrista de la vida, se presentó de repente ante mí con una nostalgia arrolladora. Un chico de la mano de sus padres, una pareja en el cine, las noches sin planes, el domingo a la tarde con la voz del relator de fútbol. Extrañé todo. Y también a Matías, recordé el día que lloré desesperadamente porque se había terminado el maíz, y le acaricié la cabeza hasta que se quedó dormido. Extrañé las visitas a la casa de Eugenio Marques. ¿Por qué?, no tenía ningún motivo para extrañar a los Marques.

Nunca había logrado conversar más de dos palabras con la mujer de Eugenio, Agustina solo sabía hablar de las virtudes del limón, la importancia del lavavajilla y el dolor de cintura. En fin, comer con ellos era algo espeso, intragable. No sé por qué comencé a pensar que aquellas reuniones habían sido entretenidas y gentiles. Gentiles, qué palabra. Sonó el teléfono, me sobresaltó, se había convertido en un aparato sospechoso, poco digno de mi confianza. Después de una búsqueda intensa, lo encontré debajo de la cama, lo observé algunos segundos, los últimos llamados habían sido malas noticias. No quise levantar el auricular. Abrí la puerta del dormitorio y miré el pasillo. Al final se veía el balcón y las palomas revoloteando. Estuve un rato ahí, parada en la puerta de la habitación, sin saber cómo habían sido mis mañanas anteriores. ¿Qué tenía que hacer después de desayunar? No sabía qué hacer hasta que surgió la idea de quemar los libros de la colección Robin Hood, solo para lastimar a Juan. Les prendí fuego. Fue fabuloso, las letras se achicharraban y ardían. Lo disfruté. Que Dios me perdone. Tiré los restos al vacío y las palomas aletearon, los pájaros de cuello rojo se agregaron al alboroto, como si pertenecieran a la misma familia de aves, y salieron todos juntos a volar. Volaron con las tapas amarillas de la colección Robin Hood, con *El último de los mohicanos*, *Los caballeros del rey Arturo*, *Las aventuras de Marco Polo*. Se detuvieron en las palmeras de la torre, tomaron agua en las piletas azulejadas y vieron caer las cenizas y las hojas quemadas descendiendo lentamente desde el séptimo piso hasta llegar a la vereda. Yo, mientras tanto, caminaba de un lado a otro por el balcón, miraba el cielo, me inclinaba insegura sobre la baranda. La tapa de *El príncipe valiente* había quedado intacta, colgando de un techo. Cuando entré, la caja de pastillas para la emoción, vacía en sus tres cuartas partes, me esperaba en la mesita ratona.

En vez de ir al supermercado, al mediodía regresé al restaurante y lo

primero que hice fue revisar el diario, los titulares daban las noticias de siempre. Nada sobre la desaparición de Matías, ni un renglón. Me senté a comer y busqué en mi cartera el aviso que había recortado el día anterior. La oración: costa privada, playa, pileta, arboles añosos y aves para descubrir. Miré la calle a través de la ventana, todo me parecía falso. La lluvia, un montón de hilos de nailon. El cielo, un techo acanalado. Almorcé sin ganas, tratando de pensar en otra cosa. Playa, río. No pedí postre, tampoco café. Salí a la calle y caminé hacia la esquina apretando el aviso. Lo salvé de la lluvia, lo atesoré, lo cuidé. Corrí para guarecerme y me refugié en la entrada de la torre que había tapado el sol, levanté la cabeza y miré hacia arriba, las palomas y los pájaros de cuello rojo ubicados en hilera sobre la baranda habían invadido por completo mi balcón.

—¿Otra caja, Luciana?

—Sí, por favor.

Los ojitos de la farmacéutica me contemplaron con preocupación:

—¿Estás segura?, la semana pasada te vendí una de veinte comprimidos.

Necesitaba esas píldoras, no tenía otra manera de sobrellevar la situación:

—¿Me darías un vaso con agua?

Más tarde pasé por la inmobiliaria que anunciaba el aviso y me dieron una carpeta con papeles firmados por un tal Cofres, el propietario de La oración.

—¿Todo en orden, Luciana? —preguntó el agente inmobiliario.

—Sí, todo en orden, me gustaría conocer la casa.

—El jueves a las nueve de la mañana, ¿le parece bien?

—Perfecto.

—A las nueve en el muelle, entonces.

—Allí estaré.

Regresé al departamento con una carpeta que jamás leería. ¿A las nueve había dicho el agente? ¿De qué día? Los días saltaban como locos, del martes al viernes, de marzo a julio. Llegaba septiembre, el Delta debía de estar invadido de fragancias.

El jueves amanecí temprano, tomé dos píldoras, una para controlar las emociones y otra para despertarme con buen ánimo. Me vestí, desayuné y subí al auto. La huella seguía en el vidrio. Puse el motor en marcha, parecía un acto repetido, pero todo era nuevo porque Matías no estaba. Costa privada, playa, árboles añosos, aves para descubrir. Aceleré. Existía tal vez entre mis

confusos motivos la intención a corto plazo de conmover a Juan. No era un propósito falso, tampoco completamente verdadero. En el fondo, apreciaba la idea de abandonar Vicente López, siempre había querido alejarme, andar por el mundo, ser una escritora que da conferencias en distintos países, azafata de avión, periodista internacional, viajante de trenes nocturnos, esos que iluminan la noche al pasar entre las montañas y tienen un comedor antiguo donde sirven comida en platos de porcelana.

A las nueve estuve en el muelle.

El río a mi alcance. Había acertado el día y la hora de llegada, lo supe cuando el agente apareció en su moto, acompañado de una ráfaga de viento:

—Qué puntual, Luciana. Lamento decirle que la lancha colectiva no llega hasta la isla Garza Mora, tendremos que ir en la lancha taxi.

Mejor, pensé. No soportaba nada que fuera colectivo, las personas eran un factor de desconcierto y malestar, pocos respetaban mi necesidad de silencio. Tuve miedo de que el agente inmobiliario comenzara a hacer preguntas durante el viaje, hablara maravillas de la casa y la playa, o intentara conversar sobre el mal del sauce, los peces, las virtudes del mimbre y todas esas cosas del Delta.

—¡Lunooo! —gritó.

Un hombre pequeño caminó lentamente hacia nosotros. Luno, el taxista, era un chino esmirriado, con ojos entrecerrados, sombrero cónico y un par de botas de goma que le llegaban hasta las rodillas. No representaba ninguna edad.

—Yendo —contestó.

—Vamos a la isla Garza Mora —dijo el agente inmobiliario cuando Luno se acercó a nosotros.

Luno pensó un momento, como si vacilara. Pero después dijo:

—Suban.

La mañana era fresca. Subimos a una lancha precaria, de color celeste desgastado. Partimos. Al rato desaparecieron las torres, avenidas, la ciudad entera. A lo lejos vi mi auto detenido en la puerta de un bar. Pasaba por la esquina una pareja de adolescentes, detrás había un grupo de perros callejeros. Observé el cuadro con melancolía, como si estuviera despidiéndome de la civilización.

El puerto comenzó a quedar atrás. Atravesamos el canal principal, donde el río se bifurca y se pierde en aguas dudosas. Me zumbaron los oídos, sacudí la cabeza. ¿Hasta qué punto mi situación había cambiado? Durante la travesía del mismo río que tantas veces había contemplado desde mi balcón, sentí que existía verdaderamente la alternativa de transformarme en otra persona. No lo iba a lograr así nomás, lo supe cuando una bandada de pájaros revoloteó a nivel de mis ojos y sin querer volví a pensar en mamá, en su muerte. Y en la orfandad. Mamá me pedía que hiciéramos una excursión al sudeste asiático, quería pasear por el Mekong y comprar frutas en un mercado flotante. ¿Cómo serán esas frutas?, se preguntaba. Mi madre tenía curiosidades de escritora. ¿Y los sonidos, Lu?, ¿cómo serán los sonidos del Mekong?

Por suerte el agente no decía una sola palabra. La dueña de la inmobiliaria le había hecho una advertencia: Luciana busca un paraíso. Y en el paraíso no hay voces, cantan los pájaros, el cielo es delicado, los árboles hacen su murmullo solo en caso de tormenta.

Cincuenta minutos después, el enjambre venoso del Paraná se convirtió en una selva tupida y, en vez de pedirle al taxista que diera la vuelta porque alquilar una casa en aquel lugar era un despropósito, acomodé las circunstancias a mi modo, miré la huella espumosa que dejaba la lancha y sentí que el pasado se hundía en un surco de burbujas. Gracias, pensé. Entre

los árboles que acechaban y los pájaros que aturdían, tuve la sensación de que Juan y su voz, la más extraordinaria voz que había oído, se extendían en el paisaje hasta perderse.

El agente inmobiliario dormitaba. Nos acercamos a la parte más espesa, donde el río hace un codo y se juntan las orillas. La lancha apenas podía abrirse camino entre el follaje. El estrecho canal desembocaba en una bahía.

—¿Dónde estamos? —pregunté.

Nadie contestó. Doblamos en un recodo melancólico y poco frecuentado, el confín de una caverna de sauces. Unos pájaros que no vi delataron nuestra llegada con graznidos exagerados. Fue lo último que escuché, antes de que el taxista chino respondiera, gangosa y pausadamente como si se enredara en las palabras:

—Recodo del sauce.

—¿Cuánto falta para llegar a La oración?

Después de un rato, Luno contestó:

—Poco.

El recodo del sauce era un lugar inquietante y brumoso, más espacial que temporal. Tuve la sensación de que el tiempo corría por debajo del agua. Me quité el reloj y lo guardé en la cartera. Todo era quieto, sereno. Me había liberado del tiempo, había ocurrido ese milagro.

Avanzamos. La lancha celeste apenas se movía. Vi la playa, era de barro. Mejor, pensé, había perdido la ambición de arena blanca y mar azul. Qué distinta podía ser la vida sin el gru gru gru de las palomas. No obstante, la llama piloto que mantenía vivo el deseo de matarlas pluma por pluma seguía intacta dentro de mí. Una sola vez había podido darme el gusto de pisar una

paloma con el auto, la dejé aplastada en el asfalto, era una enorme, gris tornasol como casi todas las de su especie.

—¿Hay palomas por acá? —pregunté.

—No palomas —contestó Luno.

Si bien el tiempo parecía detenido y espeso, comprobé que la casa no se encontraba a cuarenta y cinco minutos del puerto como había dicho la dueña de la inmobiliaria.

—¿Falta mucho? —volví a preguntar.

Esta vez el taxista contestó con una voz que parecía salir de otra región, situada por encima de su cabeza:

—Nada.

El agente inmobiliario despertó repentinamente:

—Quiero decirle algo, Luciana. Algunos creen que los agentes inmobiliarios hablamos por hablar, pero no es así. Le aseguro que La oración es perfecta.

—¿No es un poco solitario todo esto?

—Nada solitario, el señor Cofres y su mujer, los dueños de La oración, viven en la misma isla. Además cuando uno quiere estar tranquilo no hay que andar con vueltas, Luciana, ¿se imagina durmiendo o tomando sol en su playa, mientras desfilan lanchas turísticas con un grupo de curiosos sacando fotos?

—No turismo —agregó Luno.

—¿Y qué me dice de la vegetación?, este paisaje no se ve en cualquier parte.

Los sauces eran delgados y temblorosos como niños desnutridos.

—¿Y los pájaros? ¿Qué me dice de los pájaros?

—Los escucho, pero todavía no vi ninguno.

El taxista repitió:

—No palomas.

Avanzamos por la zona neblinosa. Ni un soplo de viento. Los sauces caían sedientos al agua, parecía que habían alcanzado el máximo de inclinación, el límite de su destino. Entre los cañaverales colgaban barbas de viejo, lánguidas como un artificio y en las orillas brotaban lirios rígidos como si intentaran ir al cielo. Qué silencio extraordinario. Nunca había escuchado un silencio así. Ni un ruido, ni una sola insinuación de vida, la Tierra había dejado de girar, la Tierra, sus objetos y sus criaturas, el silencio se propagó por todas partes y también la neblina. La vida se había convertido en otra cosa aquella mañana, perdida entre todas las mañanas, hice un sollozo mudo dentro de mí cuando el taxista apagó el motor y la lancha celeste se deslizó hasta La oración, como atraída por un hilo invisible.

La lancha que me había sacado del mundo conocido se acercaba lentamente a la orilla.

La casa estaba ubicada entre la playa y el bosque, tenía un aspecto de morada antigua, de lujo esfumado. La miré de refilón, no sufría brechas ni desmoronamientos del revoque ni salientes del ladrillo, apenas una pintura lavada. La puerta estaba abierta. El agente inmobiliario había comenzado a hablar; era su momento, señalaba las virtudes de la construcción, qué amplitud, qué iluminación. No me interesaba, qué importancia podía tener si la alacena era espaciosa, el living tenía almohadones mullidos o la pileta de la cocina había sido recientemente enlozada. Yo no buscaba grietas en la piel del mobiliario, ni defectos de construcción, quería solamente conocer el clima, la atmósfera del lugar.

Desde el piso de arriba llegó el ruido de unos pies descalzos caminando sobre tablas de madera. Era Ernesto, el casero, un uruguayo amable y respetuoso. Sentí un cálido estremecimiento cuando se presentó y nos dimos la mano, corría un aire de familiaridad entre nosotros, como si nos conociéramos desde antes.

—Bienvenida —dijo mientras hacía girar la perilla de un ventilador adosado al techo que daba vueltas con una lentitud poco común—. ¿Le muestro la casa?

La sala parecía uno de esos lugares donde ocurrieron cosas, un caserón restaurado a último momento, antes de ser presentado al nuevo habitante; la delataba una escalera crujiente y un ángulo ocupado por una lámpara de pie que trataba de ocultar la lepra de la humedad. Frente al ventanal, un sillón victoriano tapizado de color damasco, el lugar perfecto para recostarme a

mirar el techo, pensé.

Subimos al dormitorio. Amplio, blanco, sin muebles. Solo un colchón en el piso, medio oculto en una maraña de tules que colgaban del techo. La ventana me pareció lo mejor del lugar, filtraba una luz apacible y desde ahí se veían la playa, las copas de los árboles, los primeros brotes que reparaban el verdor deslucido por el invierno. El agente inmobiliario, ¿no podía callarse la boca?, se sentía obligado a dar explicaciones:

—Qué detalle, los Cofres colocaron estos tules para espantar los mosquitos.

El casero se limpió las manos sucias de pintura en el delantal y lo miró con desaire, como si a él también le perturbaran los ruidos, como si la casa funcionara siempre en silencio.

—¿Para qué tantos tules?, si con un repelente alcanza —pregunté.

—Acá hay mosquitos todo el año, señora —dijo Ernesto.

Todo el año, repetí, pensando que después de la primavera llegaría el verano y más tarde el otoño, el buen tiempo no sería tan frecuente. Entonces comencé a imaginar tormentas y ráfagas de viento, el destello plateado de la lluvia, las nubes avanzando sobre mi cabeza. Julio, agosto. Daba miedo la lluvia cerca del río, me vi en la punta de un mástil con el cuerpo doblado hacia delante, huyendo en dirección a la ciudad, afrontando el viento. Todo el año. Todo el año. La oración parecía un lugar ideal para esperar la sudestada y descansar para siempre en el fondo del río. ¿Qué iba a hacer en ese páramo?, no llenaría el tiempo haciendo encajes, ni bordando punto cruz en los manteles, seguro que no. El agente dijo que detrás de la casa había un jardín y pasando el jardín había un invernadero. Qué extraño, sentí como si en ese momento me hubieran restituido algo, salimos del dormitorio, y bajé con entusiasmo la escalera, caminé por la sala, toqué el sillón al pasar, era suave. Un ventanal enorme recortaba las mejores vistas de la playa, noté que el río había crecido. Caminé hacia el fondo de la casa con la esperanza de

encontrar un rincón familiar.

El jardín no se parecía en nada al que mamá había cuidado con tanto esmero en nuestra casa de Vicente López, lo superaba porque detrás había un bosque. Lo ajeno que me resultaba todo. Atravesamos una hilera de juncos, lirios y helechos; una pileta de natación sin agua, invadida de hojas, abandonada. A esta pileta le falta una mano de pintura, dijo el agente, dirigiéndose al casero, pero cómo florecen los lirios, agregó para compensar, se nota que a la señora Cofres le gustan las plantas.

Después de la recorrida volvimos a la playa.

—Lunooo —gritó el inmobiliario.

El taxista se quitó el sombrero cónico, bajó de la lancha y caminó por el muelle hacia nosotros. Tenía un gestualidad triste, vulnerable, cada vez que hablaba entrecerraba los ojos chinos.

—¿Cuánto le costaría a la señora Luciana traer sus cosas?

Luno lo miró como si desconociera las palabras, contestó como siempre después de un larguísimo minuto:

—Poco.

¿Cuánto iba a costar el alquiler de La oración? Por suerte mamá me había dejado algo de dinero. Fue previsor, de los pies a la punta plateada de su lapicera Parker, y yo tenía la oportunidad de agradecersele cada vez que su espíritu aparecía en mis noches. Gracias, mami. Nunca te voy a dejar sola, hijita. Nunca te va a faltar nada, me decía. Antes de internarse en el geriátrico de Villa Urquiza, pasábamos horas conversando en el jardín de su casa. Mamá no quería que observaran su desaparición como si fuese un evento. Algún día vas a sentir la experiencia de la vejez, hija, lástima que Matías nació enfermo y no va a poder cuidarte. Tenía esas cosas mamá, sus palabras no eran del todo maternas, por eso quise alejarme de ella y a los catorce años hice el primer intento, nadie se enteró. Mamá vivía en su escritorio, en el mundo silencioso de su hipoacusia, rodeada de cuadernos, libros y papeles de seda mecanografiados. Una tarde la saludé con un beso de despedida y salí a andar en bicicleta con deseos de no regresar, bajé la barranca de Vicente López conduciendo con una sola mano, llevaba una blusa azul, al viento, alada. Quería irme lejos, no sabía a dónde, todavía no había cumplido quince, ni siquiera había elegido el vestido para la fiesta. Entonces resolví esperar, algún día me iba a ir para siempre de la casa de mis padres. No pasó tanto tiempo. A los veinte dejé la carrera de Letras y me casé con Juan. Qué rápido pasaron los años.

Recién ahora con la muerte de mamá comprobé que los escritores, aunque estén muriéndose, tratan de hacer puntuaciones originales, fallecen en prosa, agonizan en verso. Dios. No hay nada peor que estar enfermo de literatura,

mamá me había contagiado esa especie de bicho. Pero yo todavía no había podido escribir de verdad, sentarme y hacerlo, escribir había sido mi sueño. En la isla iba a tener tiempo para escribir, lo único que tenía que hacer primero era olvidar. Por ahora no podía, la nota que Marta había dejado sobre la mesita de luz no paraba de resonar en mi cabeza. Me despido, Luciana, cruzo el puente que permite unir lo que Dios hizo por separado, desde alguna parte levanto la mano y te saludo. Nos veremos, mamá. Por Dios. Marta no descansaba ni en la muerte. Si la muerte fuera un sueño, ella habría ganado un Premio Nobel, filmarían sus novelas, le harían reportajes, tendría una hija escritora. Una hija no tan distinta de ella, la persona adecuada para escucharla, tomarle la mano, escribir el final del libro que dejó sin terminar, resolver el enigma de la vejez y la soledad a través del armonioso espejo que formarían entre las dos. Cuánta ambigüedad había en mis sentimientos. La había querido, habíamos sido unidas. Nuestra relación se complicó cuando dejé de escribir. Un día en vez de decir mamá, comencé a decirle mamá Marta. Aquello la enfureció. Me preguntaba por qué la llamaba de esa manera. Nunca quise explicárselo, era mi secreto que de vez en cuando mamá fuera una madre, pero por lo general fuera una mujer llamada Marta. La había visto envejecer, arrugarse, perder peso y volverse cada día más fuerte. Cuando la interné en el geriátrico de Villa Urquiza pesaba veintinueve kilos, no parecía humana. Tan inmaterial la vi, casi una deconstrucción de sí misma. Sin embargo, ella seguía hablando con una lucidez aterradora. Intentaba hacerme creer que la ancianidad era un progreso, desentenderse de la sustancia era lo mejor que le podía pasar a un ser humano. Claro, pensaba yo, los espíritus no son criticables, no se equivocan, lo que ellos dicen se considera verdadero y profundo. Un espíritu nunca se pondrá en contacto con los mortales para decir cualquier cosa, qué frío, qué humedad, qué vamos a comer al mediodía; los espíritus dicen cosas importantes, tienen estirpe, ganaron el respeto que se les otorga. Será por eso que me perturba tanto la

sensación de tener un cuerpo. Quisiera ser un pez. Si al llegar a la isla Garza Mora hubiera podido ponerle otro cuerpo a mi espíritu, habría elegido uno alargado, comprimido, veloz, con dos aletas en el dorso y una coloración ligeramente plateada, como tiene el pejerrey.

—¿Cuál es el precio final? —pregunté.

—Diez mil por mes, más cinco mil por el casero, en total son quince mil —contestó el inmobiliario.

—Me parece bien, firmemos cuanto antes.

Ahora sí, el agente se había puesto eufórico y no paraba de hablar. Comenzó a decir que en verano se podía comer en la playa casi todas las noches.

Tuve miedo de morir al aire libre.

Recorrí la casa una vez más. Regresé con Ernesto a la planta alta y nos detuvimos frente a la ventana del dormitorio; escuché un sonido, como si alguien respirara cerca de mí. Yo sentía un temor reverencial por los espíritus, pensé que mamá podía andar por ahí, su retorno podía ser tangible. Me había acostumbrado a sus continuas resurrecciones, y de vez en cuando creía percibirla, en un rincón, una nube, un contorno. Me quedé quieta, mirando el verde y un fragmento del canal. Nada. Nadie. Solo la lancha celeste atada al muelle. ¿El casero había escuchado lo mismo que yo? En ese instante, no sé por qué, recordé un sueño. Mamá recostada en la cama de Matías, cubierta por un acolchado de plumas, igual que un pichón en su nido. Recién muerta. Gané un premio, decía, con voz de difunto triunfante. Pobre mamá, durante el último año la cuidé, alojé cada signo de su debacle, su piel blanquísima convertida en la envoltura transparente de un esqueleto; cepillé su pelo, pinté sus uñas que parecían jóvenes, las limé, fui meticulosa con el pincelito cargado de esmalte rosado. Qué pálido, murmuró. Ella necesitaba un color intenso, para que las uñas tuvieran carácter, personalidad. Mamá no escuchaba casi nada, pero decía cosas filosas. A veces me dirigía su mirada

intacta pidiendo alivio, habíamos convenido que el alivio sería reemplazar la papilla y los licuados por un cuarto de helado. Iba a visitarla los domingos, al geriátrico de Villa Urquiza, un moridero como todos los geriátricos. En una de las visitas la encontré tendida en el suelo, con un camisón que no era suyo, arañando la pared como si quisiera trepar, diciendo cosas incomprensibles. El sol proyectaba formas complejas en aquel dormitorio compartido, donde mamá Marta y una mujer italiana convivían sin atisbos de vinculación. Un domingo, otro domingo. Yo le pintaba las uñas, le llevaba helado. Juan venía conmigo y me esperaba en el auto con Matías. Mamá, la que había sido mi mamá, no existía más pero tampoco se había ido del todo. Aquel domingo, cuando la vi arañando la pared, la tomé de los hombros, eran tersos como una esfera de porcelana, logré sentarla, la recliné sobre una pila de almohadones en un borde de la cama, le acaricié la frente. Bajé la persiana, molesta el sol, dijo. Después se quedó dormida. Caminé en puntas de pie tratando de no hacer ruido y bajé la persiana. Quería irme sin sentir que la abandonaba, sin calcular que en cualquier momento volvería a reptar por el piso y a arañar las paredes como un animalito recién nacido. Cuando dejé la habitación, las dos mujeres dormían. Me fui con un respeto velatorio y a las tres de la tarde soleada las dejé en la penumbra. Al salir a la calle me sentí muy joven, podía desplazarme, caminar, ver el sol. Qué desproporción injusta.

—Lo que es la vida —dijo Ernesto con la mirada atenta al río—, uno no se encuentra todos los días frente a un lugar así, es extraordinario lo que se puede revivir en esta ventana, ¿no le parece?

Me quedé absorta, balbuceando:

—Sí, claro.

El agente abrió la puerta de la habitación:

—¿Vamos, Luciana?, la lancha está lista.

Ahora tenía que desarmar el departamento, desprenderme de las cosas que había acumulado durante veinte años. Papeles, ropa, libros. Quería regalar hasta los floreros, con agua y todo. Vacíé alacenas, placares, bibliotecas. La colección Robin Hood no ocupaba ningún lugar en los estantes. Gracias a Dios. La pila de revistas de autos importados corrió la misma suerte, las quemé. En medio del revoltijo, con ojos de esposa abandonada, vi que faltaban los libros de poesía. ¿Juan se los había llevado? El odio y el dolor se mezclaron dentro de mí como una pasta sucia. Que se los lleve, pensé. ¿Por qué tenía que doler tanto?, me preguntaba. No sabía si era miedo a la soledad o falta de valentía. Lo único claro era que cuanto más me lastimaba la separación, menos me dolía la ausencia de Matías.

—Te vas ahora mismo de esta casa —le había dicho a Juan.

—Dejá de gritar, Luciana. Me voy —dijo con aire de entusiasmo.

—Mirá vos, qué fácil, así que lo tenías en mente.

—No lo tenía en mente, pero no parás de echarme.

Se fue murmurando cosas, que no volvería, que se iba para siempre. Hablaba poco y nada, pero le gustaban las frases definitivas, esas que se dicen con la boca pastosa. Salió. Aquel día percibí más claramente que nunca el chirrido de la puerta. Desde el balcón, vi la silueta de los árboles y a Juan cruzando la calle con el hombro inclinado, en un andar lento, conforme. ¿Con qué derecho? Se fue y no pude revertirlo, un segundo duró el deseo de alcanzarlo. Si lo llamaba, a lo mejor volvía. Lástima que en ese momento me distraje con un coche que pasaba salpicando a un perro y no hice nada, me

quedé quieta en el lugar, mirando al perro mojado.

Qué asombrosa capacidad había desarrollado para modificar mis estados de ánimo, ocurría algo en un segundo y al rato lo contrario. ¿Perdonar?, lo pensé. No venía al caso. Necesitaba experimentar el rencor en su forma más pura. El rencor me parecía una respuesta digna, hecha a la medida de la traición. Sin embargo, cuando Juan dobló en la esquina de la calle Melo, la inminente separación perdió importancia y aparecieron nuestras horas felices, delante de mí, como fotos en el aire. El día de nuestro casamiento, el viaje a Roma, esas cosas. Roma. Hablar de hijos en aquel viaje me dejó perpleja, no pensaba tener ninguno. Solo quería pensar en nosotros. Nosotros mirando el río, desayunando en la confitería París. Un día adoptamos a Matías. Mientras Juan se alejaba por la calle Melo, reviví aquella decisión, la elección del bebé, el más lindo, el más rubio, un niño menudo, frágil, con ojos brillantes. Y su piel, tan delicada, tan suave. La belleza es la octava maravilla, decía no sé qué escritor, solo los superficiales no juzgan por las apariencias, el misterio del mundo es lo visible. Tiré los portarretratos, quemé las fotos, sin arrepentimiento. Regalé todo lo que encontraba a mi paso. Arranqué el cortinado, envolví los candelabros de mi suegra. Y después, como un artista que pone la firma en la obra recién terminada, los dejé junto al tacho de basura. Qué alivio respirar el aire cargado de vacío. Pero parece que las cosas en desuso nunca terminan de desaparecer. En un rincón del placar encontré ropa de mi infancia, un guardapolvo, una caja de pinturitas sin abrir, el vestido amarillo, fané, que había usado en mi fiesta de quince. Lo llevo, dije. El día de la mudanza aparecieron más cosas sueltas cuyo sentido ignoraba, un rollo de papel con nubes, un teléfono. Acomodé la ropa de Juan en una valija y la llevé a la baulera, no quería dejar ni un alfiler en el departamento. Quería representar su vacío, convertirme en su pozo negro. Recuerdo que el viento entraba por el balcón y arrastraba el polvo hacia la calle y yo pensé que arrastraría también la historia que había quedado dentro. La imagen me

estremeció, vi mis escenarios cotidianos cayendo al vacío desde el séptimo piso. La historia destrozada en la vereda. No importa, dije. La vida cabe en un flete, como mucho, en un camión de mudanza.

Cerré las persianas y la casa quedó a oscuras. Frío, sentí frío. Había regalado los abrigos, conservé solamente el tapado nuevo. Me lo puse sobre los hombros y recorrí el departamento una vez más. Quedaba casi nada. Qué agradable, pensé. No pude desprenderme de los frascos vacíos de perfume, para bien o para mal, decidí llevarlos conmigo a La oración, los guardé en la lata que alguna vez había funcionado como una alcancía. Mamá me había obligado a conservarlos, para revivir acontecimientos preciosos, decía, había que oler el perfume que habías utilizado en aquella ocasión. Cada tanto yo destapaba algún frasco y olía el resto concentrado y amarillento que quedaba en el fondo, y viajaba a los buenos momentos, medio narcotizada por la fragancia. En plena mudanza destapé un frasco con forma de manzana y recordé a Matías cuando era bebé, pude verlo, redondo, impersonal, como todos los recién nacidos, el pelo rubio como cresta de canario. El oso de peluche había quedado arriba de su cama, en el mismo lugar, asomado como un preso entre los barrotes. Dios. Un día Matías hizo una cosa horrible, había pasado la tarde en la casa de mamá, jugando con el osito en el jardín, y de pronto comenzó a destrozarse la ligustrina y las hortensias, doblando los dedos como pinzas, con la regularidad de una máquina. Cuando fuimos a buscarlo encontramos el jardín todo pelado, no quedaba una sola planta viva.

—Pobrecito, no lo hizo a propósito —dijo mamá.

Juan enseguida reaccionó:

—No necesita que lo apañes, Marta.

—Qué suerte que ya no necesita usar pañales —dijo mamá.

Cuando entré a la habitación y vi el oso entre los barrotes, me puse a llorar. Matías no estaba en ninguna parte. La policía todavía investigaba su desaparición, la cadena de pruebas, la estación vacía, los ojos cerrados de la

madre, la ausencia del padre.

Sonó el teléfono. Era Luno, el taxista.

—Disculpe, Luno, ¿podríamos dejar la mudanza para mañana a la mañana?

—le pregunté.

—No mudanza a la mañana.

—¿Al mediodía?

—No mudanza hasta las tres.

—Perfecto, mañana a las tres voy a estar en el muelle.

Parecía un mal sueño. Soltar, soltar, se había puesto de moda esa palabra vacía. ¿Soltar? Mientras terminaba de envolver el juego de platos, entrecerré los ojos y pensé que Juan en ese mismo instante podría estar paseando con su novia por Palermo Hollywood. Un día los seguí, tenía derecho. Al fin y al cabo cualquier triángulo existe gracias a un dúo previo: se duerme en camas de dos plazas, se viaja en base doble, el agua tiene dos átomos de hidrógeno. Estacioné detrás de una cuatro por cuatro y me escondí. Temblaba por dentro. Juan y la chica de veinticinco se habían sentado a comer, sobre la mesa había un ramito de lavandas. Dios. Qué impactó me produjo la sencillez de aquella copa con flores, y ellos dos en la vereda, hablando quién sabe de qué. Juan miraba el menú. Su novia tuvo un gesto razonable, lo leyó en voz alta. Lógico, Juan no ve nada sin anteojos, cuando no los lleva puestos, lee en la penumbra. Llegaron las bebidas a la mesa. Brindaron. Tan agudizados estaban mis sentidos, que me pareció escuchar el roce cristalino de las copas. Chin, chin. Al rato, la moza que los atendía se acercó a la mesa con dos montañas de hojas verdes. En el plato de Juan, supuse el amargo picante de la radicheta que sabiamente solía mezclar con zanahoria rayada. En el plato de la chica, lo esperable: parmesano por encima de la rúcula. Observé cada movimiento, no vi manos enlazadas, vi algo peor: Juan tomaba agua mineral. ¿Desde cuándo? ¿Hasta dónde lo había influenciado? Me incliné a llorar sobre el volante y la bocina sonó y sonó como una alarma en el desierto. Me distraje con una canción que pasaban en la radio. Quisiera ser un pez, decía el estribillo. Ser un pez, eso era lo que yo necesitaba, desconocer mi naturaleza

y todo lo que estaba sucediendo en Palermo. Para entonces, la chica de veinticinco había adoptado una postura bastante incómoda, se hamacaba con las piernas flexionadas y los pies apoyados sobre la silla de Juan. La zapatilla era la misma, la de la huella.

Mientras los espiaba, sonó el teléfono. Lo busqué en el interior de la cartera, lo atendí a las apuradas, pensando absurdamente que el sonido me podía delatar. Era la empleada que había cuidado a mamá. Dios. Se le había ocurrido hacer rendición de cuentas, llamaba para decirme que Marta había dejado un sobre para mí, con el recibo de la última compra que había hecho en el supermercado: calabaza, un paquete de arroz, media docena de pañuelitos de crema. Morimos sin intimidad, pensé, se ven las manchas de tu camión, las horquillas que te pusiste en el pelo, la última compra que hiciste en el supermercado. Antes de internarse a morir en el geriátrico de Villa Urquiza, mamá Marta había comprado pañuelitos de crema. La empleada seguía hablando. La señora Marta dejó un libro sin terminar, decía, le falta el último capítulo, se lo dejó con una nota en el cajón del escritorio, Luciana.

—¿Qué dice la nota?

—¿Se la leo?

—Sí, por favor.

—Dice: Luciana por favor terminá la novela, le falta un capítulo, no le hagas un final redondito, dejalo incierto, que se parezca a la vida.

Incierto, incierto. Enseguida puse en marcha el motor y me alejé de Palermo a toda velocidad.

Cuando regresé al departamento no tenía fuerzas para nada. Ante la desaparición de Matías, pensé que Juan, su chica, la botellita de agua, la mesa con flores eran cuestiones insignificantes, trivialidades. Cómo necesitaba ordenar mis sentimientos. ¿Qué era lo primero? ¿Por quién tenía que llorar?

¿Por mamá? ¿Por Matías? ¿Por Juan? No hay orden lógico de lo perdido cuando se pierde todo a la vez. Por eso, en vez de llorar, terminé de embalar mis cosas y me acosté a dormir. La luz había dejado en el dormitorio una mancha crepuscular que fue desapareciendo de a poco. Me hundí en un sueño de nueve horas.

La mañana siguiente fue breve, no pude entrar en el dormitorio de Matías, quedó intacto, no toqué nada. Terminé de desarmar el resto de las cosas con entusiasmo y con un poder de convicción capaz de conmover el corazón del encargado. Qué raro. Ni bien lo llamé subió a ayudarme. Aproveché para seguir regalando. ¿Qué hago con el edredón? Esto es para usted. Que lo disfrute. Otra frase vacía que todo el mundo repetía. La moza que llegó a la mesa de Juan con una montaña de hojas verdes, también la dijo. Que lo disfruten. Lo adiviné en sus labios.

¿A las tres en el muelle? Si seguía dando vueltas iba a llegar tarde. Terminé de embalar, juntar, tirar. Llegar a la planta baja con mis cosas fue fácil, llevaba solamente la mesita de luz, una valija liviana, un bolso, la lata de perfumes y dos canastos que entrarían sin esfuerzo en el baúl del auto.

El encargado supo acomodar todo y me saludó con un adiós ligero, como si me estuviera yendo de vacaciones:

—Páselo bien y descanse, Luciana.

Vicente López empezó a alejarse de mi campo visual. Adiós. Se iba con mi vida anterior, la cocina, los platos, las sartenes de teflón y el sillón para mirar el techo, se iba todo por el espejo retrovisor. Manejaba a una velocidad lenta, casi fúnebre, mirando a ambos lados de la calle, casas aprisionadas, edificios, árboles. Había un camino, ¿era capaz de seguir ese camino hasta convertirme en otra?, había puesto la decisión en marcha, era algo poderoso iniciar el acto que había deseado toda mi vida. Ser otra. ¿Cómo sería? Nacer de nuevo,

saltearme algunas normas, volver a escribir. El entusiasmo es un estado incomprensible cuando uno no está completamente entusiasmado. Por eso fue que me invadió la desazón, no tenía ganas de apretar el acelerador. Una a una, fui repasando las decisiones que había tomado, casi todas equivocadas. Abrí la ventanilla. Alguna vez hay que dar el salto. ¿Había estado preparándome todo el tiempo para esto? ¿Leyendo novelas, escribiendo y mirando películas, pensando un montón de destinos, para irme cuando ya se habían ido todos y no tenía nada que perder?

Llegué al puerto. Luno me esperaba en el muelle, saludando con leves movimientos de cabeza, como diciendo siempre sí. En su lancha sonaba con interferencias un programa vespertino de música popular. Cómo me deprimen las radios sonando bajito. Últimamente me deprimía casi todo. Me asombró que aquel taxista diminuto y doblado como un junco desplegara una fortaleza escondida al cargar mis canastos, la valija. Lo admiré. Cuando una mujer separada busca refugio, cualquier desconocido puede ser su rescatista. Soplaban un viento ligero, el sol comenzaba a esconderse. Y partimos, solos, erráticos, fuera de hora, Luno y yo por el río.

No importaba si era chino, conocía suficientemente a los hombres como para no cuestionar su tendencia a reparar motores descompuestos, aunque no tuvieran la menor idea de cómo hacerlo. La lancha se había detenido, pasó una hora o más, y yo seguía quieta en mi asiento tratando de dominar la impaciencia que sufría cada vez que algo cambiaba el rumbo de mis planes. Tuve que controlarme para no molestar a Luno con preguntas, para no decirle ¿por qué no revisaste el motor antes de salir? Para no gritar ¿justo hoy tenía que pasar esto? Había dejado de proferir interpelaciones sarcásticas y reproches de todo tipo. Los había agotado con Juan. Mantuve la calma, miré el río, el fabuloso paisaje, el esplendor natural del recodo del sauce, donde todo era inmóvil, como si coagulara. Hasta que el motor dejó de funcionar, la lancha se había deslizado tranquila y celeste por el canal, como con orgullo. En el camino observé terrenos costeros, la cara rústica de los isleños, vi pasar un pejerrey y pensé instalar una caña de pescar y satisfacerme de la espera. Quisiera ser un pez. De a ratos me imaginaba en La oración, frente a la ventana del dormitorio, llevando a cabo lo que nunca había podido: una conversación con mamá, había dejado su libro sin terminar, mamá siempre tenía algún encargo para mí. ¿Qué le pasa a este maldito motor?, decía por dentro. Para controlar la ansiedad tuve que recurrir a un frasco vacío de perfume y viajar a la última primavera, cuando Juan y yo todavía vivíamos juntos.

—¿Cómo va ese motor, Luno?

Luno ahorrraba palabras, dejaba la última sílaba en el aire y contestaba de

manera automática, como una máquina que despide información:

—Mal.

Bajó la temperatura, el paisaje fue adquiriendo la tonalidad rojiza y tétrica del atardecer. Tuve frío y me abrigué con el tapado nuevo, busqué las pastillas de menta que llevaba en la cartera y encontré el teléfono, sin señal. Bien, no tenía que llamar a nadie, nadie me iba a llamar. Era libre, nueva, sin compromisos. Me relajé en el asiento de madera, entrecerré los ojos, comprendí la distancia que había emprendido. Que me lleve la corriente, pensé, que desaparezcan en la neblina todos los intentos y el esfuerzo. No forzaré nada, no haré planes, no tendré apuro, no haré nada por los demás.

Tuve miedo de morir sola.

El taxista luchó con el motor hasta darse por vencido. Se quitó el sombrero, encendió la luz débil de una linterna, subió el volumen de la radio, sacó de su bolso una botella y me ofreció un vaso de vino tinto. Había que ser hábil para sostener aquel vaso plástico y blanduzco, parecía de gelatina.

—Gracias, Luno, ¿qué le pasa al motor?

—Malo.

—¿Nos vamos a quedar acá toda la tarde?

—Nos lleva el río.

Luno manejaba un vocabulario limitado, oraciones breves y desprovistas de ornamento. Manteníamos un silencio amable, tomábamos sorbos de vino, escuchábamos la radio y el canto de los pájaros. El río se había puesto de color pardo y comenzaba a alzarse contra las orillas. En otra ocasión le hubiera preguntado al taxista si no pensaba pedir ayuda, si acaso suponía que el motor se iba a arreglar solo. Pero no dije nada, me quedé en mi asiento, apreciando la quietud.

—¿Usted dónde nació, Luno?

—Hong Kong.

—Ah, ¿cómo es Hong Kong?

—Alto.

Disfrutaba la última fase de la tarde, no pensaba en los espíritus, no estaba pendiente de sus apariciones y desapariciones. Se veía casi nada en medio de la bruma. Mientras tomaba el tinto, creí que me adormecía, aprovechaba al máximo cada minuto de somnolencia, había pasado demasiadas noches despierta; noches donde me acostaba y al instante me despertaba, como por acto reflejo. Matías me había acostumbrado así. Matías nunca pudo dormir una noche entera, nunca tuvo un sueño verdadero. Cerré los ojos, corriente abajo, en mi duermevela imaginé el delta del Mekong desde lo alto, como si fuera un enorme dragón con nueve colas, y a mamá Marta trepada en su larguísimo cuello. Marta Fernández estaba viviendo una experiencia insólita después de su muerte, mientras su espíritu omnipresente sobrevolaba el río, encontró a su hija durmiendo en una lancha celeste.

—Qué irresponsable sos, Luciana. ¿Se puede saber por qué te fuiste del departamento? La novia de Juan va a ocupar tu lugar, le estás dando demasiada ventaja a esa chiquilina.

—El departamento es un pozo negro, mamá.

—¿Un paso negro?

—Pozo, mamá, dije pozo negro.

—No seas irrespetuosa, Luciana, la única que tiene autoridad para hablar del pozo negro soy yo, que ya estoy muerta.

No estaba para escuchar las ironías de mamá, siempre elevada por encima de las cosas. Sin embargo, pensaba en ella como si en lugar de estar muerta se hubiese ido de vacaciones sin un pasaje de regreso. ¿Habría vida después de la muerte?, aunque la hubiera, mamá no debería darme consejos. Dios, pensé, en este momento tendría que rezar un padrenuestro. En eso estaba, cuando escuché ruido de motores y vi llegar un gomón con dos personas vestidas de negro. Solté el vaso. Una luz potente alumbró la figura del taxista, que con voz temblorosa, las manos en alto y la mirada oblicua clavada en

suelo, me dijo:

—Haga lo que digan.

¿Ladrones? Pero sí, qué importa, que se lleven todo y que lo vendan, pensé. La lancha se movió apenas, por el oleaje. Me incliné para esquivar una rama y escuché un disparo. Una bandada de pájaros se agitó, la tarde terminaba, se filtraban las últimas luces cuando vi al taxista caer tras el sonido, el vaso de tinto derramado y la linterna de luz débil rodando por el suelo.

—Muriendo —dijo Luno.

Escuché otro disparo.

Pensé otra vez en mamá, parecía que me llamaba desde lo alto, montada en el dragón. Nos veremos, hijita. Por un segundo imaginé con deleite que un tiro bien dado podría enviarme al otro mundo y adiós. Adiós mamá, Matías, Juan y Dominica. Adiós a todos. El aire se había aquietado y el agua se veía cubierta por una mancha aceitosa que le daba un lustre de acero al rojo vivo. Aspiré una bocanada de aire y salté, me hundí en el río. ¿Era eso el final? Tanta historia vivida para terminar en un charco de color jarabe. El contacto con el agua fría fue lo mismo que recibir una dosis de anestesia, inmediatamente dejé de sentir. Un robo en la mitad del río parecía algo demasiado absurdo para ser real, tal vez era un hecho más en la cadena de tragedias. Nadé. Nadé como cuando tenía doce años y practicaba natación con mis patas de rana, en la pileta del club. Había sido buena nadadora, la técnica que me faltaba la compensaba con energía; sabía recorrer distancias largas a un ritmo constante, sin detenerme, por debajo del agua, sin salpicar. Al final de una exhibición tuve el presentimiento de que saber nadar algún día me serviría para algo. Es rara la vida, pensé en el aturdimiento de las brazadas, mientras movía mis piernas como una autómatas. La vida y sus vueltas. Lo que había buscado desde la infancia, eso desconocido y novedoso de lo que tenía tantas ganas, lo iba a encontrar yendo hacia delante.

Mientras tanto la luz de la linterna me buscaba. Nadé hasta llegar a la superficie, tomé aire, volví a hundirme. Había perdido los zapatos, el tapado y casi todo lo que llevaba puesto. Toqué el fondo barroso, rompí el equilibrio del agua, cada tanto soltaba un milímetro de aire como si estuviera desprendiéndome de un tesoro invaluable. Si sobrevivo, pensé, jamás olvidaré esta tarde. Nunca más voy a desear mi inexistencia, solo desearé la de Juan. Nadé con toda mi fuerza, sin deudas de oxígeno. De vez en cuando volvía a la superficie y respiraba. En un momento miré hacia delante y a la distancia vi la playa de barro y el muelle. Cuando las cosas comenzaron a ir realmente mal con la respiración y el cansancio, pensé que podría permanecer bajo el agua y de nuevo, adiós. ¿Cómo sería estar muerta? ¿Me acostumbraría? ¿Conversaría con los vivos, les haría reproches? No quería morir y parecerme a mamá. Si existía otro mundo después, sería una versión todavía peor. Esas cosas decía en mi mente, mientras nadaba. En el trayecto ocurrió algo extraordinario, fui atrapada por una especie de ensueño. El sol caía, en la suciedad del agua creí encontrar la imagen de mamá y la de Juan, como si estuviera delante de sus fantasmas. Cuchicheaban entre las algas, hablaban de mí, igual que la última vez, en el geriátrico de Villa Urquiza.

—Estoy preocupada, Juan. Luciana quiere vivir cerca del río, dice que antes de quedarse sola en el departamento preferiría convertirse en pejerrey.

—Tu hija quiere ensayar otra vida, Marta.

—¿Otra qué?

A Marta la hipoacusia no la dejaba en paz. Siempre le daba un sentido distinto a las frases, sus conversaciones se dirigían hacia cualquier parte.

—Otra vida, Marta.

—¿Cómo va a hacer otra vida sin terminar la que tiene? Si ni siquiera terminó la carrera de Letras, ni una palabra pudo escribir, pobre hija. No la imagino viviendo en el Delta. ¿Sabías que ahí se mató Lugones?

—Se las va a arreglar.

—¿Se va a enojar? ¿Conmigo?

Marta acomodó el audífono, agachó la cabeza, el mentón contra el cuello, las cejas sombrías, y me miraba a través del agua, como diciendo:

—¿Por qué estás enojada conmigo?

No contesto preguntas, es momento de sobrevivir, pensé mientras regresaba a la superficie. Una brazada, otra brazada, mis pies tensos se sacudían a toda marcha. Respiraba, guardaba el aire. Se las va a arreglar. Se las va a arreglar. Esa frase agria, de doble filo, era como decir: Que se arregle. ¿Y ahora qué va a pasar?, me preguntaba. Qué extraño era escuchar el eco de mi propia pregunta. Las cosas son de esta manera, a partir de hoy trataré de ser la que no pude ser. Voy a escribir, lo prometo, si sobrevivo voy a escribir. Nadé hacia lo hondo, la sensación no era completamente desagradable, al menos no estaba en el sillón del living, mirando el techo. Ni en el balcón, escuchando a las palomas. Estaba en el río, perdiéndome en esa sustancia viva. Si Juan supiera que estoy en peligro, ¿vendría a rescatarme? No. Lo único que le importaba a Juan era complacer a su novia con almuerzos orgánicos en Palermo Hollywood. ¿Qué clase de mujer podía contentarse con eso? Una de veinticinco, desde luego, con el futuro sin límite. Volví a asomarme a la superficie, respiré profundo, al salir de la zona brumosa pude ver la playa envuelta en un pálido resplandor, con un resto de sol que quedaba en la tarde.

No me siguieron, si eran ladrones se conformaron con lo que había en la lancha, mi mesa de luz, los frascos vacíos. ¿Si abrían esos frascos iban a conocer mis recuerdos? Que se los guarden, que se conviertan en los recuerdos de otro. Cuántas cosas pensé mientras descansaba en la playa, en esa especie de coma, despertando de un sueño en el que las figuras se mezclaban, alguien tenía la cara de Luno y la ropa de Matías. ¿Qué los unía?,

la tragedia, el silencio, vaya uno a saber. Me rodeaba un grupo de sapos, estarían allí desde el origen, parecían los encargados de recibirme. Qué soledad. Cuando llegó el casero y me cubrió con una frazada, sentí el consuelo del que regresa al lugar querido. Me levanté, temblando en un cuerpo resbaloso, sostenida en un hálito de triunfo, y de nuevo tuve que escuchar preguntas. ¿Qué le pasó, Luciana? ¿Cómo se siente? Abrí un momento los ojos y los volví a cerrar como si no valiera la pena tener ojos. Me dejé deslizar en el barro, encogí las piernas, me cubrí con la frazada.

—Gracias.

—Merece, señora. Entremos, le voy a preparar un café.

Sonó como el cántico de los ángeles, como un soplo de esperanza en las almas condenadas. Comencé a relatar los hechos, en detalle, al estilo de Inés. Conté todo lo que había ocurrido en el recodo del sauce. Hablé de los pájaros invisibles y del paisaje extraordinario.

—Haga un esfuerzo, entremos.

—No me pida eso, no puedo hacer ningún esfuerzo. Me separé, mi hijo desapareció, murió mi madre, algo mío arrasa con todo.

Ernesto se sentó a mi lado, nos quedamos en silencio, mirando el río. Por supuesto, se hizo de noche. Había sido una seguidilla tremenda, zambullirme en el agua marronosa, respirar, sobrevivir. No tenía que contestar preguntas, no tenía que tener hora fija para nada, no tenía nada que hacer, solo tirarme en el sofá de color damasco a esperar la sudestada. Pero qué extraño rumbo tomó mi mente. De pronto, pensé que era lindo que se hiciera de noche en la isla, imaginé que me sumergía vaya a saber en qué territorio, donde la primavera despuntaba y al fin entraba a mi nueva casa, a tomar café y a escribir, hacer un poco de ficción con lo que me quedaba. Mañana vería pasar el oleaje, miraría de cerca el río. Me levanté, como tomando posesión de la playa, entré a La oración y los días pasaron en un santiamén.

Segunda parte

Las primeras noches las pasé espiando a través de los tules, tejiendo la lana oscura del miedo. Cerraba los ojos y pensaba en los disparos, la luz que me había perseguido, la mancha roja donde me hundí. Cada vez que lograba dormir un poco, tenía una pesadilla recurrente: Luno había ingresado a mi lista de pérdidas como un ser querido, se había mezclado con Matías y formaban una sola rarísima persona. No podía distinguir los rasgos con claridad, la figura no se concretaba del todo, quizá porque recién estaba comenzando a existir. A veces era Matías en el cuerpo de Luno, deformado y borroso, otras veces era Luno con el pelo rubio y la ropa de Matías. Una tarde salí a caminar por la playa y sentí una proximidad diminuta cubierta de lodo y tuve miedo de que aparecieran flotando por ahí, cerca del muelle. No entendía la desaparición ni la muerte, no había aceptado que siempre hay un año, un día, un momento, donde la cosa gira y cambia toda la realidad. No estaba conforme con la realidad, la autenticidad, lo verdadero a toda costa. Nunca había estado conforme. Y ahora menos. Ahora no había nada mejor que aprovechar lo que pasaba de noche en la isla y escribir. Escribir algo de todo eso que no me dejaba dormir en paz.

Tenía una sospecha, la causa probable de mis pesadillas podía ser la ventana del dormitorio, me convocaba, me obligaba a prestarle atención. Al principio era una especie de sonido, ni siquiera eso, era la presencia de una voz. La sentí el primer día cuando subí con Ernesto al dormitorio en medio del silencio. Según él la abertura conectaba directamente con el más allá. Daba risa. Nunca había creído en el más allá, creía un poco en los espíritus,

eso sí, esporádicamente. Pero ahora que intentaba vivir sin explicar nada y sin definiciones, no despreciaba la existencia de otras instancias menos costumbristas, menos lógicas.

Estaba llegando la primavera; los pájaros, el río, el cielo inmenso no terminaban de acompañarme como yo quería. Tenía que recurrir a las píldoras verde pino; no bien comenzaba el efecto, flotaba dentro de mí misma y veía las cosas perfectamente afuera, tal como eran, lejanas. Los sonidos de mamá, su voz un poco grave, arrastrada. Mientras llegaba el sueño, encendía la luz y escribía preguntas. Si pasaban al papel, se me iban de la cabeza. ¿Juan me había dejado por Dominica o había intentado hacer algo distinto para terminar con la rutina? La rutina nos había estropeado la vida, el matrimonio con hijos requiere costumbres, prolijidad. Cosas que hacer. Cosas que hacer. ¿Qué vamos a hacer con Matías?, me preguntaba Juan, balbuceando para adentro. La respuesta se nos vino encima un lunes feriado.

Una madrugada comencé a escribir sobre el lunes feriado. Cómo me molestaba la duplicación perversa del domingo, como si no alcanzara con un domingo entero, colmado de gente en los lugares públicos, chicos gritando en las plazas, relatores de fútbol en la radio, facturas a la tarde y a la noche empanadas o pollo al espiedo. ¿Tanto había cambiado?, ¿no había creído cuando era chica que los feriados estaban hechos para ser feliz? En la isla no había feriados, no se sabía ni qué día era, las píldoras verde pino borraban hasta el almanaque. ¿Qué vamos a hacer con Matías? Desde luego, nunca contesté la pregunta de Juan. A cada rato tenía que explicarle por qué no me gustaba responder, mil veces le dije que responder era una forma de sometimiento. En el fondo, Juan nunca me había aceptado, ciertas cuestiones de mi personalidad no entraban en su cabeza.

Me despertaban los pájaros, el amanecer modificaba por completo el

panorama de la noche. A las seis, sonaba la gran masa coral, una orquesta de jilgueros chillando su hambre y de zorzales cantando a lo loco. Las cotorras, aferradas a lo más alto de los eucaliptus, gritaban como si en ese grito estuviese la vida. Resultó cierto el aviso del diario, en la isla había aves para descubrir, llegaban de a miles. Las palomas no daban señales de vida. Quienes encontraban repulsivas a las palomas habrían sentido asco si hubiesen visto las que anidaban en mi balcón.

—Ernesto, ¿sabe que mi hijo jugaba con las palomas como un gato con su ovillo de lana?, a cada momento me pedía granos de maíz para darles de comer.

—Son una plaga, peor que las ratas.

—¿Acá hay ratas? A mí no me molestaban hasta que alguien dijo que las palomas eran ratas voladoras.

—A mí lo que molesta son los claveles del aire, no los puedo soportar, vivo arrancándolos.

El casero tampoco contestaba de inmediato las preguntas, compartíamos ese rasgo. A los dos nos gustaba el atardecer, la sensación de transportarnos a otro mundo cada vez que abríamos la ventana del dormitorio. Ni bien me instalé en La oración, Ernesto me trajo de regalo un cuaderno de tapa dura y un par de biromes para que pudiera escribir lo que pasaba en aquella ventana. Ernesto no era nada entrometido. Parecía observar el desorden y las tareas de reparación como una montaña que nunca dejaría de escalar. Un día mientras barnizaba el muelle, se metió en el agua hasta las rodillas y sujetando un objeto embarrado me llamó a los gritos:

—Luciana, acá encontré algo.

Era mi lata de perfumes. Los recuerdos enfrascados parecían flotar en las manos de Ernesto, como algo a punto de levantar vuelo. No podía creerlo, tuve que abrir bien grandes los ojos para saber si era verdad lo que estaba sucediendo. No sé qué sentí al recuperar los frascos, ahora podía repasar la

mejor parte de la vida, siempre hacia atrás. Con tanta euforia, no sabía qué recuerdo buscar, tal vez abrir primero el frasco con forma de trapecio, para regresar a la adolescencia. Fabuloso. Me acomodaba en aquel recuerdo como en una cama recién hecha. Lo que con más intensidad añoraba era salir con mis amigos de la adolescencia, nada me había dado tanta felicidad. Era ahí, no en un departamento con balcón a la calle, ni en una casa cerca del río, era en aquella reunión de amigos irreverentes donde mejor había funcionado mi felicidad. Siempre los imaginaba, almorzando en La Nelly o tomando café en la confitería París, al sol, despreocupados. Espejismos como ese podían durar horas. Cómo son las cosas, justo cuando había comenzado a preguntarme si era posible vivir sin amigos, llegó el propietario de La oración y me habló de la Sociedad.

El movimiento que había alrededor me llenó de intrigas. Cofres había aparecido por detrás de la casa, ¿de dónde venía? Yo había pensado que la única manera de llegar a La oración era a través del río. Pero había otra entrada, el bosque conectaba mi casa con la del dueño. Dos casas y una cabaña en la misma isla, me sentí acompañada. Cofres traía un bolso con ropa y un tarro con masitas caseras preparadas por Griselda, su mujer. Nos presentamos. Lamentaba lo del asalto:

—Seguro que fueron los piratas del río.

—Luciana tiene miedo de que vengan a buscarla —dijo Ernesto.

—Nadie va a venir a buscarla —aseguró Cofres.

La frase me exhibía en cuerpo y alma.

Nadie iba a venir a buscarme. Les pregunté si tenía que hacer la denuncia y respondieron al unísono:

—No hace falta.

—No vale la pena.

La cuestión quedó ahí, suspendida en el grito de las cotorras.

Ernesto fue a la cocina y regresó con tres tazas de café. Todo muy familiar.

Qué alivio sentí cuando dijeron que no valía la pena hacer la denuncia. No quería hablar de nuevo con la policía, había tenido que soportar demasiados interrogatorios cuando desapareció Matías. ¿Por qué había salido a las cinco y media de la mañana? Porque el chico no dormía, oficial. Cinco y media es una hora razonable para salir a la calle cuando uno no durmió nada y la noche le explota en la cabeza. Traté de dejar atrás los recuerdos. Creo que lo logré. La llegada de Cofres fue como si hubiera cerrado la puerta al resto del mundo. Se había sentado en una reposera y comenzaba a armar un cigarrillo:

—¿Quiere una pitada, Luciana?

—¿Para qué sirve? —le pregunté.

Cofres retuvo el humo, después contestó:

—Para apreciar mejor los paisajes y dormir toda la noche de corrido.

Era extraordinario lo que estaba sucediendo. La nueva versión de mí fumaba. El día era luminoso. Como en sueños, miraba el río, su vaivén constante, a través del humo más impuro que jamás haya soltado un cigarrillo. Los pájaros parecían inmóviles en el aire. De pronto el paisaje se hizo pleno, nada del otro lado, excepto el cielo y la bahía.

Cofres dijo que detrás de la casa, pasando el jardín de invierno, había un camino que conducía a la mejor parte de la isla, donde vivían él y su mujer. ¿Vamos?, nos preguntó. Ernesto saltó de la reposera. Yo me puse un soplo de repelente y caminamos los tres hacia el bosque. Todo trascurría con lentitud inusual. Cómo divagaba mi mente aun en situaciones donde tenía que estar lúcida para tomar decisiones o saber a dónde iba. En mi cabeza, a cada rato volvía a escuchar a mamá:

—Luciana...

—¿Qué pasa, Marta?

—¿No vas a denunciar la muerte del taxista?, ese pobre chino murió en tu

lugar.

No quise hablar, me sentí culpable. Yo, que de chica amaba hacer composiciones más que nada en el mundo, en la secundaria había tenido que escribir sobre la culpa y solo pude mentir, de la primera a la última palabra, diciendo cosas que otros creían. Por ejemplo, que la culpa era un asunto exclusivo de la gente mala. Me propuse escribir algo sobre la culpa, cuando se hiciera de noche, sin falta.

Nos metimos en el bosque. Era un día ventoso, anduvimos entre árboles, ramas sueltas y hojas secas. Cofres dijo que había que tener cuidado con los cimarrones y con las culebras. Callate la boca, quería gritarle, ¿quién te creés que sos para asustarme así? No soy la que vos pensás, no soy una miedosa, no soy una separada sin hijos, no soy una huérfana. Para juntar fuerzas le daba otra pitada al cigarrillo y me envalentonaba. Y al verme en la mitad del bosque con dos desconocidos, sentí que me brotaba un alma nueva. Qué increíble, hasta lo más ajeno podía volverse familiar. Vamos bien, pensé. Esta noche voy a escribir sobre la culpa y el bosque, aunque después tenga que dar vuelta la hoja para volver a mi tema, la desaparición de Matías, el deseo de ver a Juan envejecido, arrastrando los pies, vestido con un traje arrugado y una camisa de blancura perdida. A Dominica también quería describirla, caminando delante de Juan, turgente, joven, con ánimo de amar. Matías era difícil de describir, lo imaginaba mezclado con Luno. Luno y Matías, el dúo fantasma. No llegaban a ser espectros de verdad, de esos que se muestran aterradores, porque eran cercanos y no daban miedo, solo conseguían impresionarme un poco.

Hay tiempo para todo, dijo Dominica, incluso para ponerse en pausa, cualquier actividad se suspendía cuando pensaba en Juan. No podía hacer nada por pensar en él, ni estudiar ni mirar películas, nada. Solo concentrarse en un punto. ¿Por qué salir con el marido de otra se considera una mala acción? Hay códigos, decían sus amigas. Obvio que el bien de una no podía venir del mal de la otra. ¿Se sentía culpable de haberle arruinado la vida a Luciana? Mejor respirar, meditar, pensar en positivo, no generar negatividades, como decían en El arte de vivir. Que Matías aparezca, que Luciana esté bien, que no le dé algo en el cerebro y nunca más pueda hilar dos palabras. Todo eso de los buenos deseos le estaba llevando un esfuerzo enorme. Y no terminaba nunca, además de meditar y pensar en positivo, tenía que ocuparse de Juan. Ganárselo. Ganárselo como había hecho Luciana. ¿Cómo había hecho? Llamó al mozo y pidió una limonada. Se sentía mejor, acomodada de costado en la silla con los pies apoyados en otra silla. Se le estaba escapando un detalle, la cosa era así: Luciana siempre iba a tener influencia sobre Juan, eso lo había observado en sus padres y en todos los matrimonios que había conocido. La cuestión era saber qué clase de influencia podría tener ella. Por ahora Juan estaba fascinado. ¿Cuánto le podía durar la fascinación? Andá a saber. Cuando descubrió el valor de los veinticinco años en el relato ilustrado de sus amigas de la facultad, le dio un poco de envidia. Decían que la clave para armar algo en serio, era encontrar un tipo más grande. No tan mayor como un padre. No más de quince años mayor. Quince era el límite. Siempre existía la posibilidad de que fuera

casado. Maite se lo dijo ni bien entraron al bar, antes de que ella se acercara a la barra para hablar con Juan. Es casado, lo conozco, es el marido de una amiga de mi tía. Hasta Indalecio, que nunca opinaba, le dijo que no se metiera en problemas. Pero a ella no le importó, se topó con la mirada censurante de su amigo y la atravesó como si fuera de vidrio. Le parecía un detalle que Juan fuera casado. En los hechos, el asunto le pasó desapercibido hasta que un sábado a la tarde su madre la escuchó hablando por teléfono y le dijo, como al pasar: Dominica, no juegues a la casita robada.

Se quedó muda, guardó el teléfono en el bolsillo y se encerró en su dormitorio. Casita robada. Tenía que animarse, concentrar la energía, quedarse todos los fines de semana sin salir hasta que Juan se separara de Luciana. Dos horas más tarde, enroscada en la cama, seguía dándole vueltas al asunto de quedarse el sábado a la noche en su casa. Nunca había hecho esa locura. No era fácil renunciar a la noche del viernes, anular la cerveza con amigas, la felicidad que sentía cada vez que había una fiesta. Si renunciaba a todo eso, tenía que ser por algo que valiera mucho la pena. Ahora era viernes y se esforzaba por no girar la cabeza para no mirar hacia afuera, para no ver el rectángulo de cielo nocturno, el único cielo que se podía ver desde su cuarto, a menos que se parase en la silla del escritorio. Casita robada. Vivía esperando el llamado de Juan, todo el tiempo quería oír su voz, la mejor voz que había escuchado en toda su vida. Por eso aceptó ir a comer con él al restaurante de la avenida Belgrano, en vez de dar la vuelta y seguir de largo como le habían dicho Indalecio y Maite, como le diría su madre, su padre y el resto de sus parientes.

Aquella noche, cuando salieron del restaurante, anduvieron de la mano una cuadra y media. Ella no sabía si la felicidad era simple como eso, pero era algo así lo que había querido desde que era chica. No precisaba un anillo de compromiso, ni un puñado de arroz volando por el aire a la salida del registro civil. Nada que ver con eso, pero tampoco lo que había conseguido hasta

ahora, encuentros inútiles y amor líquido. Juan era lo más verdadero que había tenido. Lástima que Matías y Luciana también eran verdaderos. Luciana. Había empezado a nombrarla sin conocerla, soñaba con ella. A veces era su enemiga, otras veces era una pobre mina con la vida estropeada por una frase. Habla la novia. Mal, qué mal, ¿cómo pudo decirle algo así?

En aquel acto oscuro de Dominica, como en una película en blanco y negro, había un sector iluminado por donde se filtraba la admiración que había empezado a sentir por Luciana. No sabía cómo era, no había visto ni siquiera una foto de ella, ningún formato observable, era como si no existiera, como si estuviera solamente en Juan, como si nunca hubiese estado en ninguna parte más que en la intimidad de Juan. ¿Cómo era? Qué raro era todo lo que le estaba pasando, la curiosidad que había empezado a sentir, las ganas de saber algo de la otra. Qué raro. A veces pensaba más en Luciana que en Juan. ¿Por qué?, por qué tenía que saber si era linda, si le brillaba el pelo, si tenía celulitis. Cómo se vestía, cómo hablaba, qué sentía. Si la conociera por casualidad, cualquier día, en la calle, en el bondi, y se hicieran amigas, ¿qué le preguntaría? Decime cómo es, cómo hay que hacer para vivir con alguien sin que se aburra de vos. ¿Cómo es estar en pareja? Una pareja te arregla la vida, eso seguro. Su madre, por ejemplo, aunque ella hiciera una pareja, nunca iba a dejar de hablar con esa síntesis de palabras que eran lo mismo que un golpe en la nuca: Casita robada. La ponía como loca esa frase. No era necesario tener pareja para dejar de escuchar a su madre, que, en vez de parecerse al pájaro carpintero taladrando su cabeza, se parecía a un juez diciendo: Este tribunal ha decidido. Y ahí se terminaba el asunto. Si no había juicio, había un decreto. Prohibido tomar alcohol. Prohibido cambiar el empapelado del dormitorio. La tenés muy fácil, Dominica. No hacés ningún sacrificio, no querés privarte de nada.

¿Pero dónde está lo malo de no sufrir? Todo eso no iba a cambiar por tener una pareja, porque su madre y su padre iban a seguir en la misma, diciendo

que había que esforzarse. ¿Tan mal estaba salir con un casado? Un casado era un tipo hecho. Hecho por otra, gritó su madre cuando hablaron de la famosa casita robada. Y ella se tuvo que bancar el sermón. Por favor, por qué no la dejaban vivir tranquila. ¿A los veinticinco había que trabajar?, ¿en qué momento?, si recién ahora estaba terminando el posgrado. Sentada en el escritorio, lo pensaba así, con estas palabras: no voy a salir de acá hasta que Juan no se separe, me quedo en casa, aunque sea viernes o sábado. ¿Eso no era un sacrificio? Claro que era un sacrificio, pero para conformar a sus padres tenía que hacer lo que ellos querían. Sufrir, privarse. Qué boludez. Dudaba de que toda esa teoría desapareciera por el hecho de estar en pareja. ¿Luciana pensará lo mismo?

Caminando por el bosque me sentí como si anduviera por Vicente López paseando con amigos de la infancia. Desde chica había tenido la idea de que los bosques eran lugares encantados. El origen de aquella fantasía se remontaba a una tarde de verano, cuando mamá y yo nos perdimos en las montañas de Córdoba.

—Mamá, se está haciendo de noche, ¿qué hacemos si detrás de los árboles aparece un puma?

—¿Si aparece la luna?

—La luna no, mamá, un puma, ¿qué hacemos ahora si viene un puma?

Para tranquilizarme, mamá me contó un cuento. En aquel cuento los pumas eran amigos de los niños. Alguna vez hice el intento de contárselo a Matías. Matías, el saltamontes inexpresivo. Juan y yo queríamos que fuera nuestro tesoro. Seamos justos, mientras los chicos de su edad aprendían a dibujar y pronunciaban sus primeras oraciones, Matías aprendía las leyes del movimiento y del insomnio. Eso sí, era una belleza. La belleza es indispensable. Por eso lo elegimos, porque era el más bonito, rubio, con el pelo como cresta de canario.

Se descompuso el tiempo. No me importó, seguí caminando junto a Cofres y el casero. Descubrimos un pozo en la tierra que me vació el estómago y miré instintivamente hacia atrás, como si quisiera regresar a la playa. No vi el sendero, todo estaba envuelto en una bruma verdosa. Nos detuvimos en la parte más tupida, cerca de un espacio amarillo con forma de túnel. Caminamos hacia ese lugar como si el espacio nos llamara. Ernesto no quiso

acompañarnos, dio media vuelta y regresó a su cabaña. Cofres volvió a encender el cigarrillo blanduzco y baboseado. Dijo que teníamos que apurar el paso, el tiempo para estar en el bosque había terminado. Hací la intriga que quieras, a mí no me vas a asustar, pensé. Avancemos, le dije. Miré el suelo. Ramas, bichos de todo tipo, hormigas, gusanos, más hormigas. Cualquiera persona común sentiría una fuerte desolación en un paisaje así. Pero yo no. Además, entre tanta hoja seca una mínima chispa bastaría para provocar un incendio. Tampoco me importó. Peor había sido nadar en el agua marronosa. Ahora nada me acobardaba, el bosque tenía que ser un capítulo, el bosque y todo lo que pasaba en la isla tenía que ser escrito, era la única cosa que podía hacer.

Nos guarecimos debajo de un árbol, atentos al cigarrillo, había que cuidar la brasa roja, mantenerla encendida, aspirar el humo impuro como si fuera nuestro combustible.

Una primera mirada a la casa de Cofres alcanzaba para no querer entrar. Era una casita invadida por la maleza, con una arquitectura de madera retorcida que hacía pensar en áticos con juguetes abandonados y murciélagos revoloteando. Entramos. El aire olía a guiso de lentejas. En la cocina vi platos y tazas mezclados como si los hubiera sorprendido una tormenta de viento. Las cosas no reposaban en ninguna parte, era una cocina en pleno uso de sus facultades. Claro, Griselda cocinaba. La prueba eran las masitas que me había enviado. Nos sentamos a la mesa, necesitábamos comer algo dulce. Cofres me ofreció un flan con crema y lo comí con ganas, como si nunca antes hubiera comido un flan con crema. Estaba con la última cucharada en la boca cuando Cofres me preguntó si había pensado en Dios cuando los piratas del río aparecieron en el recodo del sauce.

No soy creyente, sin embargo, a cada rato lo nombro a Dios, es una forma

rara de ateísmo lo que yo tengo. Puedo decir Dios, a Dios gracias, Dios no lo permita, que Dios me perdone. ¿Qué Dios me perdone? No, eso no. No tenía que disculparme ante nadie. El secreto era ese, estar lo suficientemente cerca de la inocencia verdadera como para sentirme angelical. Yo solamente era culpable de no haber insistido, no haber gritado, no haber corrido detrás de Juan para recordarle que habíamos adoptado un hijo, nos habíamos casado y habíamos ido a Roma de luna de miel. Yo solamente era culpable de haber cerrado los ojos en el banco de una estación. Pero nada había sido en vano, todo tenía un porqué. A lo mejor había sido para que un día, espiando la verdad, Juan dijera: Luciana lo hizo, se fue de Vicente López para siempre, ella hace lo que quiere, quema las fotos, los libros, le regala el acolchado al encargado, no contesta las preguntas.

Terminé de comer el flan y me apoyé en el respaldo de la silla, un poco me adormecí mientras Cofres me invitaba a formar parte de la Sociedad del Delta. ¿Qué Sociedad?, le pregunté. Vislumbré un murmullo de inquisidores, jueces togados de negro, una secta peligrosa. La gente aislada construye raros sistemas mentales, escriben su propia ley, la tendencia a hacer lo que les da la gana no encuentra tope en los aislados. Cofres me aseguró que, para pertenecer a la Sociedad del Delta, solo tenía que contestar algunas preguntas. ¿Contestar preguntas? Justo lo que yo más odiaba. Después iba a poder salir a navegar con ellos, todos los días a las siete de la tarde. Justo lo que más me gustaba. Cofres dijo que a veces iban al puerto, otras veces a la Frontera. Habló maravillas de la Frontera, una isla donde la vegetación crecía de manera descontrolada.

Pasó el efecto del cigarrillo y decidí regresar a La oración.

—¿La acompaño? —preguntó Cofres.

—Gracias, puedo ir sola —contesté.

Regresé por donde había venido, traté de seguir el mismo camino. ¿Y si me atacaba un puma? ¿Y si salía la luna? Ramas, bruma, mosquitos. Pasó un petirrojo. Necesitaba llegar a La oración y recostarme en el colchón que había dejado a la mañana, cuando abrí el frasco de perfume y creí que había regresado al colegio secundario. Con mis frascos era fácil volver atrás, donde todo estaba por hacer y las grandes decisiones no habían sido tomadas. Mamá era joven. Qué raro, ahora todo el mundo me parecía más joven que yo, mis padres, mis maestras, todos. En aquella época todavía no había conocido a Juan. No nos habíamos casado, no habíamos ido a Roma, no lo había visto alejarse con el hombro inclinado. Antes, cuando no existía Matías, Juan y yo nos sentábamos en el balcón a mirar el río. Nunca le dije que me sentía feliz cuando él me llamaba para ver los aviones que pasaban en dirección al aeroparque, y cuando se acercaba al limonero esperando encontrar un fruto, una flor. Quién sabe qué pretendía encontrar en ese pobre arbolito. Ahora repasaba su gesto consternado, cuando había terminado el atado de cigarrillos y maldecía que en Vicente López no hubiera kioscos abiertos en la madrugada. Vicente López de noche era desolado, daba miedo. ¿Había sido una imprudencia salir con Matías a las cinco y media de la mañana? De nuevo pasó el petirrojo. ¿Juan se había olvidado de nuestra luna de miel? Luna de miel, qué frase, más estúpida imposible. A mí me gusta la luna real, blanca, pelada, bloque sin aire. Me gusta Roma de noche, la luz amarilla de Roma. Me gusta todo eso con vos, había dicho Juan cuando nos sentamos en el escalón de una iglesia y nos prometimos cosas.

—No sabía que las iglesias cerraban de noche —le había dicho.

—Cierran, Luciana.

—Me hubiera gustado casarme en Roma, con flores en el altar y un coro de chicos cantores.

—No quisiste casarte por iglesia.

Me equivoqué. Lo mío era la incoherencia. Mamá Marta tenía razón, un casamiento sin iglesia es la nada misma, un trámite sin alma, no merece ni siquiera un vestido blanco.

En el bosque avanzaba la tarde. Nunca pude encontrar el espacio amarillo con forma de túnel. Me perdí, lo supe cuando me vi frente a un pantano y lo crucé sin razonar. No me importaba razonar, mejor ignorar, eso era bueno. Ignorar la desaparición de Matías. Ignorar que Dominica dormía en mi cama. ¿Por qué atribuirle tanta importancia a esa chica que tenía veinticinco años y, por lo tanto, todavía no había nacido? Pasaba de nuevo el petirrojo. Al menos no había palomas. No palomas, había dicho Luno. No palomas, dije en la mitad del bosque. Y lo repetí cien veces hasta llegar a La oración.

Tenía que sacarse las zapatillas y el jean para ir a comer con los Marques. ¿Qué me pongo?, se preguntaba Dominica. Tardaba arreglándose un par de horas. Me pongo un vestido. ¿Qué vestido? El blanco no, parece de fiesta. El rayado gris y negro parece de luto. El solero con breteles de cuero, ese. Breteles de cuero, ¿no será mucho? Sacó todo lo que había en el placar y comenzó a vestirse y a desvestirse. Nada. ¿Era tarde para salir a comprar algo?, le pidió el auto a su padre y fue directo a una boutique de Palermo, a lo seguro, donde compraba siempre.

Estacionó en cualquier parte, no registró la calle. Se probó dos vestidos y salió a la calle sin comprar. En la misma cuadra, encontró un par de aros. Dios aprieta pero no ahorca, dijo. Nunca pudo saber dónde había dejado el auto. La grúa. Se lo llevó la grúa. Tuvo que volver en taxi. Al final se puso el vestido con breteles de cuero y los aros nuevos. Cuando estuvo lista, otra vez frente al espejo, se sintió ridícula. ¿Qué se pondría Luciana para ir a comer con los Marques? Luciana es segura de sí misma, me juego, pensó. Si había vivido veinte años con Juan, tenía que ser segura de sí misma, sin problemas de autoestima. Esa clase de problemas llegaban con la soledad, cuando las amigas se iban poniendo de novia y ella seguía en el teléfono revisando cuál de los pibes virtuales podría convertirse en alguien. Se amargó, se olvidó de la hora y cuando Juan hizo sonar el portero eléctrico, tuvo que bajar corriendo, con el pelo desprolijo y sin maquillar.

En la casa de los Marques descubrió que el mejor amigo de Juan era un ricachón de pocas luces, casado con una mujer de mal gusto, recientemente operada de la nariz. Una desilusión, verdaderamente. Agustina la recibió vestida de punta en blanco, como si estuviera esperando a la reina Máxima. Algo le decía que con esa mina no iba a andar, no iba a fluir, recibir gente a comer parecía lo único que había aprendido a hacer en cuarenta y cinco años. El primer encuentro resultó frustrante, odió la casa, los anfitriones y sus perros. Qué falta de consideración por Luciana, le dijo a Juan en voz baja, mientras Agustina les ofrecía un trago largo y rojizo, con una sombrillita flotando entre dos cubitos de hielo. ¿Así recibían a tu ex? ¿A Luciana le caían bien tus amigos? Seguro que no. La ex de Juan era sencilla, vivía en una isla, pescaba en un muelle. A veces la imaginaba en un bote, río adentro, ¿yendo a dónde? Luciana había sido una idea borrosa, una imagen fabricada, pero pasaba el tiempo y se iba convirtiendo en una sensación punzante que se asomaba de lo más hondo de las preguntas: ¿cómo es?, ¿cómo hay que ser?, ¿cómo se vive veinte años con Juan?

Ubicada en un barrio cerrado de zona norte, la casa de Eugenio exhibía porcelanas, jarrones, cortinas con flores que se desparramaban sobre la alfombra. La clase de ambiente que Dominica detestaba. ¿Cómo pueden tener tantos perros en el comedor?, se preguntaba. Dos, agazapados contra el ventanal del jardín, en actitud de querer devorar a la gente. Otro, con mirada cómplice, reposando sobre un almohadón tapizado con el mismo género de las cortinas. Como si no fuera suficiente, había un cuarto perro pintado al óleo, en un cuadro hiperrealista y antiestético. En la mesa redonda, decorada con velas, Dominica hubiera cedido con gusto su lugar para echarse a dormir con el perro que descansaba en el almohadón floreado. Se desplomó en una silla, de mal humor, sin abrir la boca, hasta que recibió la mirada inquisidora de Juan y se sintió obligada a decir algo:

—Qué lindo perro, ¿cómo se llama?

—Reinaldo.

—¿De qué raza es?

—Foxterrier. ¿Tenés perro, Dominica? —preguntó Eugenio.

—No.

—Ah, no sabés lo que te perdés.

Nunca nadie le había dicho semejante boludez. ¿Qué te perdés si no tenés perro? Ridículo. Había sido un error acercarse a esa gente, seguro que Agustina nunca había sido amiga de Luciana. ¿Qué misterios sobre lo femenino iba a revelar esa tilinga peinada con batido? Ninguno. Contuvo las ganas de irse, hubiera apoyado la cabeza en el respaldo de la silla para adormecerse y despertarse a la hora del postre. Pero a veces no podía consigo misma:

—¿Qué te perdés si no tenés perro, Eugenio? A Juan se le perdió un hijo, su mujer desapareció en el Delta, y acá nadie dice nada.

—No hables así, yo siempre estoy pensando en Matías, era tan lindo, un chico amoroso —dijo Agustina.

Dominica puso su peor cara:

—¿Por qué hablás en pasado?

Juan tomó la palabra:

—Porque Matías desapareció.

—Ah, mirá, entonces hay que hacer de cuenta que está muerto —dijo Dominica.

Eugenio intentó desviar la conversación:

—¿Te sirvo otra copa de vino, querida? Así que estudiás cine, contame un poco, ¿qué tal es esa carrera?

Dominica:

—¿La carrera? Bien, gracias.

Me quiero ir, pensó. Pará, un rato más tenés que aguantar, ¿hasta qué hora?, se preguntaba. De pronto, se dio cuenta de que Juan había

empalidecido. Era raro que hablara de su mujer; sin embargo, aquella noche tomó coraje y se lanzó. Comenzó diciendo que Luciana tenía un carácter cambiante, podía decir algo en un momento y al rato lo contrario. La policía todavía se preguntaba por qué había salido a pasear con su hijo a las cinco y media de la mañana, pero a él no le llamaba la atención, para nada, Luciana cuando estaba angustiada era capaz de salir a cualquier hora en dirección a cualquier parte. Además, nunca contestaba las preguntas, cuando la conocí, ella salía con alguien, pero al volver a su casa me llamó por teléfono. Si en ese momento yo le hubiera hecho un montón de preguntas: ¿estás de novia?, ¿estás casada?, ¿por qué me llamaste?, ¿quieres que nos veamos?, ¿cómo te gusta el gin tonic?, ¿te pasa algo conmigo?, Luciana se habría quedado un buen rato callada, reflexionando, como quien trata de elegir las palabras, y después podría haber dicho: En vaso de trago largo, con esencia de lima, bastante hielo. Luciana andaba por la vida con un aire de irrealidad, podía asomarse al balcón y descubrir un árbol de cincuenta años, como algo recién brotado de la tierra. El mundo conocido le resultaba incómodo, siempre había querido irse de Vicente López, sobre todo después de la adopción. La enfermedad de Matías la había desquiciado, toda la vida se resistió a tener hijos, creía que la maternidad escondía un deseo egoísta, como de posesión.

¿Deseo egoísta, como de posesión? Dominica sintió una especie de verdad revelada, por primera vez, pensó que tener hijos podía ser algo trágico. Semejante cosa ponía en riesgo su propia pregunta: ¿cómo sería tener un hijo con Juan? Había sostenido la creencia de que tener hijos era necesario para convertirse en mujer y dejar de ser una chica que dormía en un cuarto rosa y conservaba la foto de la primera comunión. La idea cayó en picada, todo eso había sido hasta hoy. Ahora lo entendía, tener un hijo era una sorpresa, podía pasar cualquier cosa, la que quería ser madre tenía que estar preparada para todo.

Agustina comenzó a levantar los platos, mientras caminaba hacia la cocina tropezó con una escultura de alambre. Al rato se escuchó que arrojaba los restos de comida en el tacho de basura. Tanto trabajo para esto, pensó Dominica. Eugenio fue detrás de su mujer, al pasar junto a su amigo se detuvo a darle una palmadita en la espalda: Paciencia, parecía decirle.

La noche se desvaneció. Los hechos cambiaron de significación, algunos sucesos regresaron con violencia a la memoria de Juan. Matías y Luciana, la historia matrimonial, el contacto con su mujer a la hora de acostarse. Agustina no había esperado gran cosa de la velada, pero la incomodidad que flotaba en el ambiente era más de lo que estaba dispuesta a soportar. Sus reuniones tenían que ser entretenidas. Trató de recuperar la noche diciendo que el vino tinto despertaba más rápido que el vino blanco la conocida necesidad de desear el postre, y acercó a la mesa lo que había preparado para la ocasión: una tarta de limón con helado de té verde. Dominica hubiera preferido una versión auténtica de té verde, un par de hebras flotando en una taza con agua hirviendo. Probó la tarta, era pastosa, intragable. Al mismo tiempo, sentía que Eugenio la examinaba, quizá estaría pensando que Juan se había equivocado, había perdido a su mujer, a su hijo, ¿y ahora qué tenía?, una piba lúcida, totalmente olvidable, interesada en mostrar sus defectos.

Llegó el café, en unas tacitas minúsculas, imposibles de agarrar. Juan fue a sentarse en el sillón más remoto, junto a los perros que seguían del otro lado del ventanal, con ganas de atacar. A Dominica la invadió una angustia horrible, se dio cuenta de que no era del todo ajena a la desaparición de Matías, había dormido con Juan aquella madrugada. Miró hacia el ventanal, su novio se veía ridículo, haciendo equilibrio con los dedos para no quemarse con el pocillo liliputiense, pensando ya se sabía en quién, como un

desconsolado. La reunión se puso densa. Inútil quejarse, ella misma había sacado el tema de Matías y Luciana. Y pensó que había sido justo, más que justo, necesario.

Trató de recomponerse. Imposible, la cualidad del disimulo que antes mantenía en las reuniones sociales había desaparecido en el curso que hacía con Indalecio y Maite sobre El arte de vivir:

—¿Vamos, Juan?, mañana tengo facultad.

Sonó imperioso. Murmurando disculpas se abrió paso a lo largo del living hasta llegar a la puerta. En el camino observó con desprecio varios cuadros y esculturas. Todo le parecía grotesco, especialmente el retrato de la abuela de Eugenio, con cara de moralista de época. Por un momento, envidió la situación actual de Luciana, en algo la había favorecido, al menos no tenía que soportar esas reuniones con olor a perro.

—Hasta prontito —dijo Agustina en la puerta.

—Adiós —contestó Dominica.

Había llegado el verano al delta del Paraná, no parecía posible que hubiera algo malo en un clima tan agradable, tan digno de una acuarela. A la mañana, la falsa frescura isleña que rondaba la noche se evaporaba como la parte final de un sueño. Le había estado pidiendo a Ernesto que me llevara al puerto y nunca se decidía. Finalmente, conseguí una lancha taxi. La esperé en el muelle, bronceándome al sol. Pensando en el pasado, esa cosa impalpable que tenía la virtud de poder rediseñarse y acomodarse a las circunstancias, era fácil desaparecer.

La lancha llegó puntual a las nueve. Buena señal, no había quedado detenida en el recodo del sauce. El taxista era la cara opuesta de Luno, un tipo alegre, que hablaba de corrido y tenía una sonrisa blanca, como de publicidad de pasta dental. Yo guardaba la esperanza de que evitáramos pasar por el recodo, pero no había manera de llegar al puerto sin atravesar aquella zona neblinosa, donde todo parecía aquietarse. Me eché en el asiento y cerré los ojos. Las pesadillas no me daban tregua, se conectaban con la realidad, en diez minutos de sueño profundo podían pasar muchas cosas con el dúo fantasma, Luno y Matías, mis siameses ominosos. Se unían, eran uno solo. Aparecían bajo la forma de un espíritu desconcertado y ansioso. Yo era el motor que los traía de vuelta, embarrado, era el sustento de su existencia transitoria y frágil. Qué pena me dan.

Me despertó el calor que desprendían los sauces. Sentí tristeza, o peor, una especie de melancolía. Lástima que hasta el momento nadie había inventado las píldoras para no soñar. De pronto, sin pretensiones de entablar

conversación, se me ocurrió preguntarle al taxista si había conocido a Luno.

—Lo vi hace poco, andaba por el puerto —contestó.

¿Qué? ¿Luno estaba vivo? ¿Se había salvado?, contuve las ganas que tenía de comenzar a hacer preguntas. ¿Tenía un sombrero cónico bordado con letras chinas? No dije nada. Cerré los ojos de nuevo y el viaje continuó en silencio.

En el puerto todo fue distinto, había un amontonamiento de artesanías, canastos de mimbre, antigüedades, cosas sin gracia que me revolviéron el estómago. Visto de cerca, no era simplemente feo, era malvado exhibir todo eso junto. Mates, macetas, ponchos, lámparas. Qué mezcla. No tienen derecho. Mientras caminaba, medio aturdida, un hombre me dijo: ¿A dónde vas, mamita?, o algo así. Seguí de largo, lo ignoré. Yo no era ninguna mamita, no tenía madera seductora, ni siquiera me gustaba la palabra seducción, con ese trasfondo de ropa interior de encaje y perfume francés. Y menos me gustaba la palabra “mamita”. Dios mío. Me hacía mal. Entré en el primer bar abierto que encontré, ahí dentro se veían bastante nítidos el mundo real y sus criaturas. Siempre existía la opción de ignorarlos y sentarme a escribir, sin necesidad de papel y lápiz. Que la gente fuera como le gustara, yo podía cambiarla, rediseñarla, vestirla, ponerle una coronita en la cabeza. Escribir es una forma de cambiar las cosas. Me senté frente a la ventana y pedí un café con crema. En cualquier puerto siempre hay un bar con un puñado de mesas, sillas, música de FM sonando bajito y un encargado amable que puede prestarte el teléfono.

Llamé a Inés:

—Hola, Inés.

—Por fin, ¿qué le pasó a tu teléfono, Lu? ¿No hay señal en esa isla?

—Quedó en el fondo del río.

Comencé a impacientarme. Hablar con Inés era difícil. El recuerdo invadía todo, hasta lo nuevo. Inés era el pasado, el pasado no es inocente, no es tímido, tiene vida propia, avanza, uno se descuida y los recuerdos se amontonan, se desatan, luchan unos contra otros, se dividen en malos y buenos, nunca se sabe cuál gana. A ver, reflexioné, lo único que de verdad importa es saber si encontraron a Matías.

—No necesito un teléfono, Inés. No quiero hablar con nadie, decime si encontraron a mi hijo.

—No, Lu, no aparece.

Me sobresalté, era como si la oyera hablar por primera vez. Como si su lugar hubiese sido usurpado por otra persona con su voz. Qué nerviosa me ponían las respuestas contundentes. No aparece. Era algo impúdico, una frase espantosa. Tuve que cambiar de tema para que la angustia no me atrapara de nuevo, para que no me revolcara.

—¿Y Juan?, ¿qué sabés de Juan?

Inés comenzó a contar detalles de la feliz pareja. A medida que hablaba, yo iba recomponiendo, juntaba su imagen con su voz, y ella volvía a ser la misma Inés de siempre. Nos quedamos una hora entera, yo preguntando, ella hablando de Dominica. Ahondamos en tantos pormenores que nos estábamos volviendo profesionales. Diálogos, expresiones, de todo. Inés hizo una reseña perfecta. Lo que había ocurrido en la casa de los Marques me pareció sorprendente. Toda esa historia tenía que pasar inmediatamente a mi cuaderno.

Más tarde almorcé un sándwich en otro bar, y me senté a mirar el río. Corría la tarde, en el puerto había aparecido una luz suave y atrayente. Después de haber hablado con Inés, saqué nuevas conclusiones sobre la chica de veinticinco. La había juzgado mal. Con Dominica, nada de perros, nada de

comentarios banales, nada de intrigas. La chica iba directo al punto, era lúcida, frontal, con carácter; muy actual, tenía todo el tipo. Fue triste enumerar sus virtudes, tuve que extraer del fondo del alma un dicho que había aprendido: lo justo es justo. Cuántas noches yo misma había reprimido el impulso de salir corriendo de aquél comedor de perros. Perros reales, bordados, virtuales. Y ese Reinaldo, qué insoportable. Nada de perros, había dicho Dominica, hablemos del chico perdido. Después se había deslizado en la silla, con una ligera inclinación hacia atrás, directo hacia Juan, había apoyado una mano en su hombro para pronunciar una pregunta dirigida a él, solo a él: ¿Y vos, Juan? ¿Dónde estabas cuando desapareció Matías?

Antes de regresar a La oración, pasé por el banco a retirar dinero, compré otra caja de píldoras verde pino, un vestido de bambula, unos cuadernos para escribir. Era bastante poco lo que yo necesitaba. En el puerto había gente paseando, mirando canastos de mimbre, comprando horribles alfombras de yute, todos bronceados, vestidos con remeras de manga corta. Era verano, había un aire de alegría generalizada, yo caminaba entre ellos de manera mecánica, vaga, imprecisa. Pasé por una esquina y vi mi auto estacionado, a la espera. En ningún momento sentí la tentación de poner el motor en marcha para ir a alguna parte, y menos tuve ganas de volver a Vicente López. ¿Había cruzado al otro lado del espejo?

Si lo pensaba todo de nuevo, desde cierto punto de vista Dominica me había hecho un favor, tenía que estar para siempre agradecida. ¿Para siempre? En la isla no había siempre, no había ayer ni futuro. Juan y yo habíamos hablado demasiado del futuro, tenía que tener un punto geográfico. Inglaterra, por ejemplo, en algún pueblo nevado, impalpable. Imaginábamos las tardes de invierno, la claridad crepuscular teñía el saloncito de lectura, Juan leía, yo escribía, tomábamos el té. Recibíamos una carta y nos

preguntábamos de quién sería, de dónde vendría. El remitente parecía conocido, habíamos sido amigos de alguien, parientes de alguien, y nos habíamos olvidado de todos. No queríamos recibir noticias, necesitábamos solamente estar juntos. Más que la gente, nos importaba el golpe de la nieve sobre el vidrio, la opacidad de la niebla. Entonces tirábamos el sobre al fuego de la chimenea y lo veíamos achicharrarse, arder, y el pasado se volvía una cosa chamuscada. El pasado, qué caprichoso. El pasado es la memoria, lo mío tenía que ser el olvido.

Llamé al taxista de la sonrisa blanca:

—¿Volvemos?

Al regresar, cerré la puerta y miré el interior de La oración semivacía, sus escasos objetos, el sofá de color damasco, qué tentador. El ventilador daba sus vueltas lentas, pendiente de un cable demasiado delgado. Ernesto dijo que Cofres y su mujer me habían invitado a comer. Otro día, Ernesto. Hoy estoy cansada. Ernesto preparó fideos con salsa y después de servírmelos, regresó a su cabaña. Había anochecido. La soledad me tomó por sorpresa, se me ocurrió abrir un frasco de perfume y apareció de nuevo la imagen de Juan, nuestros mejores momentos, cuando pensábamos tanto uno en el otro que cualquier período de separación era otra forma de convivencia. Dominica también apareció, como flotando alrededor de la mesa, casi palpable, brillantada, vestida con una enagua de satén. Qué mal me sentí. No pude terminar los fideos, dejé el plato en la piletta de la cocina y subí al dormitorio con dos cuestiones. Una de orden temporal: tenía que desactivar, sacarme de encima lo vivido, si lo había logrado a la mañana tenía que lograrlo a la noche. La segunda cuestión era clave, ¿por qué razón había hecho esa especie de retiro voluntario en diálogo con mamá? Me acerqué a la ventana, miré la playa, tan variante, con intervalos de inundación y sequía. Vi la noche a

través de las magnolias, tan blancas. Tomé dos píldoras, dormir era una solución, dormir por todo el tiempo que no había dormido, y de repente, zácate, cerraba los ojos y aparecían los siameses, no se anunciaban, iban adquiriendo autonomía, ya no dependían completamente de mí.

A la mañana siguiente recibí una gran noticia. Apareció mi tapado, tendido a lo largo sobre la playa de barro, como si lo hubiera acomodado el empleado de una funeraria. Corrí a buscarlo, el suelo se hundía en la blandura, habría podido deslizarme hasta el centro de la Tierra con tal de recuperarlo, lo abracé. En un bolsillo encontré mi llavero. Tocarlos, fue como si el tiempo me empujara, de nuevo extrañé todo lo mío. Todo lo mío, ¿nunca iba a tener la suerte de olvidarlo? Es rarísimo el modo en que perduran las cosas. Mis llaves, por ejemplo, la de color bronce, la plateada, la de la muesca, estaban de nuevo en mis manos, imperturbables, desentendidas de mi cambio. A escribirlo, a evitar el dolor de la mente. Dejé el tapado en remojo y me senté a escribir cerca de los malvones.

Aquel día se convirtió en un gran día, no solo porque había aparecido mi tapado en la playa, también porque a las siete de la tarde conocí a los integrantes de la Sociedad. El postulante recibe al jurado, había dicho Cofres, como si pronunciara una ley.

Si fuera útil señalar en qué momento exacto empezó realmente a existir mi cambio, la llegada de la Sociedad sería la metáfora perfecta. Mientras los esperaba pensé, o alguien que yo había sido pensó dentro de mí, que tenía que escribir todo eso que estaba pasando. El impulso que necesitaba podía venir de cualquier parte, cualquier suceso serviría para abrir el cuaderno, la idea era ir contándome las cosas, imaginándolas un poco, viviéndolas si hacía falta. Recorrí la playa. No sabía qué ofrecerles, cómo recibirlos. Lo mejor era poner la mesa en el jardín, encender unos cuantos espirales, colgar farolitos, velas envueltas en falsos papiros.

A las seis y media me senté a esperarlos en el muelle, acción que a partir de aquel día se repetiría casi todas las tardes a la misma hora. Me sorprendió la alegría cuando escuché el sonido de los motores. Siempre les había otorgado importancia a las primeras impresiones, eran lo más significativo de un encuentro, el momento donde se concentraban los defectos y las virtudes en su máxima densidad, algo así como lo previo a la explosión del conocimiento. Aquella tarde tuve una primera impresión inexplicable, no saqué conclusiones en mi cuaderno, no experimenté nada malo ni nada bueno; pero, cuando el Glorioso se acercó por primera vez a la playa, sentí que no lo iba a olvidar.

Bajaron dos hombres, el Abate Mendy y Ramiro Heredia. Seré sincera respecto a este último, cuando me estrechó la mano y dijo su nombre, lo miré como las mujeres miramos al hombre que podría interesarnos e ingresa por primera vez a nuestro campo visual. Él también me miró, con una mirada sostenida que trascendía la duración normal y el lapso de tiempo adecuado para presentarse.

Sin que supiera de dónde, apareció un chico o chica de palidez alabastrina, un extraño transexual al que apodaban la Chabón. Al mismo tiempo, por el camino del bosque llegaron Cofres y su mujer. Sin pedir permiso, sin decir una palabra, comenzaron a acomodar las reposeras, fueron a la cocina, trajeron vasos y los apoyaron sobre la mesa. Eran demasiado pintorescos, ella con su pelo blanco alocado, collares coloridos que le daban la vuelta al cuello; Cofres con un sombrero de paja en la cabeza. Los dos vestidos con ropa de salir. Cuando terminaron de acomodar la mesa, la mujer de Cofres se acercó a saludarme, pasó un brazo por encima de mi hombro dirigiéndose a los demás como si estuviera haciendo alusión a ciertos hechos conocidos por todos: Luciana es la nueva inquilina, por poco la perdemos en el recodo del sauce, pero acá está, sobrevivió.

¿Sobreviví? Algo rebasaba, algo estaba a punto de estallar en mi cabeza. Todos se mostraron interesados en mi supervivencia. Cómo había hecho, cuánto tiempo había nadado, qué había sentido cuando me asaltaron. Los miré sin ganas de contestar, dije que no recordaba, había demasiada niebla en el recodo. Ramiro Heredia actuó como si estuviéramos haciendo un trabajo en equipo, cada vez que podía, completaba mis silencios. De repente comenzó a hablar de la niebla, dijo que disolvía los paisajes, si era espesa envolvía los ruidos; había que navegar con cuidado cuando había niebla, porque confundía la visión. Fue un deslumbramiento, me fulminó. Todo enamoramiento tiene su instante inaugural, un big bang. Qué lindo sería dejarnos flotar vos y yo en el agua del río alguna noche neblinosa, pensé.

Tenía que habérselo sugerido a través de un gesto, una sonrisa, pero no me animé. No estaba del todo segura de mis pensamientos. Me sentía un poco incoherente, el pasado se volvía nada, la estocada del amor a primera vista lo había herido de muerte, se esfumaba con cada palabra que Ramiro decía.

Descorchamos bebidas. A cada rato había que brindar por algo. Íbamos por la tercera copa y me patinaba la mente. ¿Qué pensarían los que me habían conocido? Inés saldría corriendo de la Sociedad, Juan llamaría al 911, mamá afinaría el lápiz para describirlos. A la mesa, gritó la Chabón. Ese chico o chica delgada, huesuda, con aspecto de malviviente desnutrido, hacía que el comer con los dedos pareciera la única cosa natural y sensata que se podía hacer con una ensalada. Yo no lograba apartar los ojos de Ramiro Heredia, de sus manos, su pelo. Me gustó con locura su camisa de lino. ¿Alguna vez había sentido algo así? No estaba muy segura de nada que hubiera ocurrido en el mundo antes de mi llegada a la isla. Era una especie de amnesia deliberada. ¿Fumamos? Comenzó a circular el cigarrillo que había estado quemándose en la boca de Cofres. Hubo una conversación trivial y, de pronto, como un avión que pierde altura, se internan en una zona de vertiginosa intimidad y escucho la primera pregunta formal de la Sociedad, cayendo delante de mi cara como una máscara de oxígeno. ¿Quién era yo antes de cruzar el recodo del sauce?, por ahora solo querían saber eso.

¿Quién era? Les dije que había sido la mujer de Juan, era la única definición que tenía. Les conté que a mi marido y a mí nos gustaba mirar el río desde el balcón, pero enfrente habían edificado una torre altísima y no lo pudimos ver más. A cada rato yo buscaba complicidad en alguien y siempre la encontraba en Ramiro Heredia, en su manera de mirarme. Cuando me acercaba el cigarrillo, demoraba demasiado una mano sobre la mía. Les dije que durante varios años no había dormido porque, en vez de dormir y soñar como todo el mundo, caminaba detrás de mi hijo que era imparable, iba y venía por el departamento y solamente parecía feliz cuando salía al balcón

invadido de palomas.

—Más despacio —dijo Griselda—, no logro visualizar ese balcón, ¿las palomas eran grises o blancas?

—Grisés —contesté.

—Perdón que insista, Luciana, no lo puedo ubicar, se interpone una piba joven, sentada al lado de un tipo más grande, ¿es tu marido?

Me quedé de una pieza con el comentario.

—Sí, es mi marido.

—¿Cómo se llama?

—Juan.

—¿Y la piba?

—Dominica.

—Lo tiene todo esa mosquita muerta, es una rubia de porcelana.

Me desmoroné. La tierra era un plano oblicuo que no me sostenía. Ni siquiera Ramiro me sostenía. Miré el río, los cañaverales, la bahía, nunca había confiado en la clarividencia, no sabía cómo reaccionar. Levanté la cabeza buscando un punto de apoyo, durante un segundo, inmóvil, sentí que las copas de los árboles se abalanzaban sobre mí. Intenté levantarme de la silla y llegar a la casa en línea recta, con la secreta esperanza de subir al dormitorio, tomar las píldoras y acostarme a dormir. No pude, quedé a medio camino, quieta, como agarrada del aire.

Hablame de ella, le dije a Griselda. Respondió que no tenía que preocuparme, a veces los hombres se iban sin dejar rastros, pero más tarde extrañaban a su mujer, a sus hijos, y volvían, golpeaban la puerta, vaya una a saber en qué zanjón habían perdido la llave. Reaccioné enseguida, medio llorando, dije que mi hijo había desaparecido en la estación de Vicente López, mientras esperábamos el tren. Había sido en otoño, un lunes feriado.

Matías siempre estaba por ahí, debajo de todo lo que yo vivía o escribía.

Todos escuchaban en silencio.

—¿Cómo es el pibe? —preguntó la Chabón.

—Autista —contesté.

—Vive con las monjas, le pusieron el uniforme gris —dijo la vidente.

No le creí. Noté en ella una percepción fina, trabajada. Griselda razonaba a pasos agigantados, corría maratones mentales. Cualquier niño perdido podría ser amparado por las monjas, cualquier mujer que se refugia en el Delta podría haber sido abandonada por su marido, cualquier hombre podría dejarte por una jovencita. La escuché con paciencia, asintiendo, hasta que se quedara sin libreto.

—Me gustaría creer que es verdad —le dije a Griselda.

—La verdad es una ameba gelatinosa —gritó la Chabón.

Los demás la siguieron:

—Una estrella fugaz.

—Un camaleón.

No concluían, se demoraban en detalles estrafalarios, me faltaban eslabones para entender a la Sociedad. El cigarrillo había regresado a la boca de Cofres, lo hacía girar de un lado a otro como si el papel formara parte de sus labios o fuera un apéndice de su lengua. Ardía sobre la mesa una varilla de sahumero, clavada en el lomo de un elefante de madera. No era la primera vez que un incidente llegado de la nada se instalaba en mi cabeza para hacerme ver lo que no había. Lo vi. Lo vi a Matías en la nube de humo, vestido con el uniforme gris, de la mano del taxista chino. Y a mamá al lado de ellos, con el pelo aplastado detrás de las orejas, como lo usaba en el geriátrico de Villa Urquiza. Venía hacia mí, hablando bajito, haciendo preguntas de madre preocupada: ¿Qué estás haciendo, Luciana? ¿De qué te sirve sentarte a la mesa con esta gente y fumar esa porquería que te atonta? ¿Te sentís culpable de haber perdido a Matías? Te voy a dar un consejo, Luciana, despedite ahora mismo de estos raros y volvé al departamento, la chica que sale con Juan quiere ocupar tu lugar.

Mi desbordada imaginación encadenaba las frases de una escena imposible. Como si mamá estuviera viviendo experiencias insólitas después de su muerte, observándome desde lo alto, con una severidad que congelaba la sangre. Cómo necesitaba aclarar ese asunto, no quería ser una de esas personas impermeables a la ilusión, como la gente que no cree en nada y piensa que con la muerte se termina todo. Algo puede haber, pensaba, algo como la influencia de la luna sobre las mareas, algo así.

El Abate Mendy dijo que la nube era demasiado abundante para salir de un palito de sahumerio tan flaco. ¿Habían notado en aquella nube alguna presencia?, la miraban con una fijeza extraña, como si no hubiera otra cosa para ver. Ante la sospecha, sin contexto, sin conversación previa, se me ocurrió preguntar:

—¿Habría vida después de la muerte?

Nadie habló. Ramiro detectó mi angustia y me acercó otro cigarrillo, lo soltó en mi mano, como si quemara. Pasamos una hora o más en el resplandor de la tarde. Yo escribiendo, ellos mirando el cielo. Cuánta variedad de flores, diciembre era un mes suntuoso, tenía la totalidad de los verdes, los mejores dorados bizantinos; una bandada de pájaros sobrevoló el río y levantó vuelo sobre los árboles. No importaba si me encontraba en estado de coma, alucinaba, soñaba un sueño larguísimo, o había activado un mecanismo mental para sobrevivir en la isla. No importaba porque había vuelto a escribir y aparecía todo delante de mí, el río, los pájaros, Ramiro Heredia y su camisa de lino.

Al fin Dominica había escuchado a Juan decir algo sobre su ex. En la comida con los Marques dijo, en tono de crítica, que Luciana tenía un carácter cambiante, una extraña capacidad de salir a cualquier hora para ir a cualquier parte. Dijo que se sentía incómoda frente a lo conocido y había vivido siempre convencida de que el deseo de ser madre era algo egoísta, como de posesión. Varias cosas dijo. De aquel conjunto de cualidades malinterpretadas por Juan, Dominica escuchó con especial atención una frase: Luciana andaba por la vida con un aire de irrealidad. Así que la irrealidad podría ser un aire, pensó. Quién no sufre de vez en cuando una ráfaga que confunde las cosas, el ropero de su madre era un ejemplo, oscuro y alto, redondeado en la parte de arriba, cada vez que lo miraba, veía un sarcófago. Otro ejemplo, el sillón de director que había en su dormitorio, cuando ella se despertaba de noche y estaba plegado, apoyado contra la pared, parecía un perro. Por algo estudiaba cine. Luciana había estudiado Letras, no había podido ser gerente de un banco, ni estudiar Administración de Empresas y encerrarse ocho horas en una oficina. No podía ser débil, una de esas que empiezan a cocinar a las seis de la tarde esperando al marido y hacen cerámica los días de lluvia. Si te fuiste a vivir al Delta, no podés ser una de esas. Existía una conexión entre las dos, cada día estaba más convencida. Juan no era la única intimidad que compartían. Lo que más le gustaba de Luciana era que no vociferaba nada en su contra ni en contra de Juan. Otra cosa que le pareció increíble fue la manera original de separarse y perderse en el Delta, escaparse, como si hubiera sido un animal preso en una jaula de

vidrio, recién robado de la selva, que necesitaba volver a lo suyo. Me mata esa actitud, pensó. Algún día le gustaría perderse así, por lo menos una vez, pero ni siquiera sabía que tenía que pasar para que pasara eso. ¿Irse de su casa y no ver más a sus viejos? ¿Separarse de Juan? El martes a la tarde había tenido su primera pelea con Juan. Y todo porque Indalecio quería ir al cine. ¿A qué función? Diecinueve cuarenta, en el Village, nos vemos a las siete en la puerta de tu casa, paso por ahí, le había dicho su amigo.

Nada hubiera podido anticipar que Juan pasaría a buscarla de sorpresa justo a esa hora.

—¿Qué hacés acá, Dominica? ¿A quién estás esperando?

—A Indalecio, vamos a ir al cine, ¿por?

—No sabía que ibas al cine con cualquiera.

—No te pases, Indalecio es un amigo.

Dominica trató de no preguntarse dónde, en qué punto exacto, la conexión con Juan se había debilitado. Juan encendió un pucho, con cara de indignación, y después se fue caminando. A cada rato se daba vuelta para decirle que a él esa relación le costaba mucho, que no se olvidara de eso, que había dejado todo. Dramas, celos, posesión. Casita robada. La culpa era de ella, por salir con un tipo que le llevaba casi veinte años. Alguien de cuarenta y pico no tenía por qué entender que ella podía estudiar, escribir mensajes, mirar una serie, escuchar música, hacer un resumen y pasarse la planchita en el pelo, todo a la vez. No tenía por qué entender que ella podía ir al cine con Indalecio, tomar cerveza, ir al boliche, bailar hasta las cinco de la mañana y después ir a dormir con él. Todo eso en el mismo sábado. El tiempo no para. Difícil de explicar, suponiendo que necesitara explicárselo a alguien. Podría resumirse diciendo que nadie de su edad podría hacer una sola cosa por vez. Juan no lo iba a entender, tenía cuarenta y cuatro años, por eso actuaba así. Si no quería congelar óvulos antes de los treinta y cinco, la única que le quedaba era salir con un tipo más grande, uno de esos que programan a largo plazo y

salen con alguien en serio. ¿En serio? ¿No había sido poco serio abandonar a Luciana, dejarla sola con un chico autista? Cada vez que pensaba en eso, le agarraba dolor de cabeza.

Indalecio:

—¿Qué pasó? ¿Le jode que vayas al cine conmigo?

—No sé qué le pasó, estaba sacado.

—Será por lo del hijo. ¿Se sabe algo?

Dominica fabricaba historias insólitas para entender la desaparición de Matías, en la práctica, usaba las mismas técnicas que había aprendido en la facultad cuando estudiaron guion cinematográfico. Cuando Juan dijo que su ex no tenía instinto maternal, ella pensó que Luciana, al verse sola con Matías, lo había devuelto al hogar. La segunda opción era el secuestro casual, el chico se había escapado de la estación, cruzó una calle, dobló la esquina, alguien lo encontró y se lo llevó. ¿Y si Luciana lo tenía escondido en el Delta? En cualquier caso, lo mirara por donde lo mirara, el descuido había sido tremendo. Había que hacer un esfuerzo para entender que detrás de todo estaba la traición de Juan. A veces se sentía un objeto, una pieza suelta.

Una tarde, ni bien empezaron a salir, Juan apareció con el auto de Luciana, así nomás. Subí, le dijo. Nunca se había sentido tan mal en un auto, le bajó la presión, para no pisar la alfombra, levantó las piernas y las apoyó en el tablero. Volvamos, me siento mal, me quiero ir a casa. Dudaba, no sabía si estaba haciendo las cosas bien, no era un problema de conciencia, era una cuestión práctica: Luciana existía y su hijo también. Había una sillita en el asiento de atrás, un par de anteojos de sol y un olor a perfume... ¿qué perfume?, no lograba identificarlo, y cuanto más se empeñaba, más le revolvía el estómago. No tenía que haber subido a ese auto, le amargó la semana.

Habló con su prima en esos días. Con esa exigencia, nena, no vas a conseguir a nadie, los que quieren armar algo serio tienen más de cuarenta, te vas a tener que acostumbrar, antes de dejarlo, consultá con mi astrólogo, ¿te paso el número? Saturno en Géminis, la Luna en Leo, Júpiter en Tauro, lo único que quedó de semejante giro del Universo fue una carta astral online. Decía que Juan era el hombre adecuado, con él iba a tener un hogar, dos hijos, una casa, todo antes de los treinta y cuatro. Ahí la agarró, se vio a sí misma lejos de su cuarto empapelado de rosa, con una promesa de felicidad. No podía pedir más. Confió en el astrólogo. Le daba no sé qué llamar al psicoanalista, tenía miedo de sentir culpa o responsabilidad. Liberarse necesitaba, ir directo a lo que quería.

Aplanada, incapaz de cualquier reflexión que no terminara enroscándose sobre sí misma, trató de olvidarse de Luciana y de Matías.

La reunión con la Sociedad se prolongó bajo los árboles, echados en las reposeras, mirando el cielo. Yo nunca podía mirar el cielo tranquila porque la mayor parte del tiempo estaba atenta a lo que ellos decían. Hablaban lentamente, modulando las palabras, no había manera de saber si estaban pensando la siguiente frase o no iban a volver a abrir la boca en toda la tarde. Siempre me habían alterado las frases interrumpidas, los silencios entre una sílaba y la siguiente, pero pensé que aquella parsimonia podría ayudarme a controlar menos el tiempo. Abro el cuaderno, escribo, veo lo que estoy escribiendo, lo veo realmente al Abate Mendy, un cura retirado, sin ninguna misión, sentado a mi lado, reflexionando sobre las fases de la luna. Todos hablan de la Luna y de un telescopio casero que construyeron no sé dónde. Cualquier comentario desataba una conversación. Ramiro parecía ajeno a la Luna y a los astros que el telescopio podía llegar a enfocar, si fuera un aparato correctamente construido, me miraba, sonreía. Hablábamos no sé de qué, no creo que en ese momento importara mucho. De pronto se levantó de la reposeras como si reaccionara ante la caída de la tarde y me dijo:

—Vení conmigo, Luciana.

Tuve que hacer un esfuerzo para no suspirar delante de todos cuando Ramiro dijo: Vení conmigo. Fui detrás de él con la copa en la mano, como un animalito que recién llega al mundo, hice una especie de *imprinting* con Ramiro Heredia. Me hubiera gustado saber qué quería, preguntárselo, porque aquella cosa que había desencadenado en mí, en alguna parte de mí, avanzaba sin parar y barría con todo. Tal como suena. Era como empezar otra novela,

quién podía ser la protagonista, era un misterio. ¿Tenía que explicarlo? Mientras iba caminando detrás de Ramiro, trastabillé, me volqué espumante en la ropa y quise regresar a la mesa para quitarme la mancha con una servilleta, pero cambié de idea. ¿Para qué?, pensé. Tenía que quedarme así, con la camisa manchada, que ni siquiera era mía, y además me quedaba enorme. Para ser otra, mejor empezar por la ropa. Cruzar la zona de helechos y lirios podía ser algo más que caminar un trecho por el barro, había que tener cuidado, obrar con cautela, rozar apenas la camisa de Ramiro, un contacto leve, que no lo sintiera más que en la piel.

Había algo inentendible y brutal en el contraste entre la mutación sentimental que yo estaba sufriendo y lo que había sido mi manera de vivir. Cuando llegamos al invernadero, Ramiro se quitó el suéter que llevaba anudado sobre los hombros y lo extendió en el piso, como si fuera un mantel y estuviera por comenzar el picnic. Pensé que estaríamos solos, pero los demás llegaron unos minutos después:

—Cuéntenos algo, Luciana.

—¡Qué cuento! ¡Qué cuento! —gritó la Chabón.

Se sentaron alrededor mío.

—¿Qué quieren saber? —les pregunté.

Cualquier cosita, dijeron, tus costumbres, tus vacaciones.

—¿A dónde ibas de vacaciones?

Era un clima agradable, silvestre, lo vi todo armonioso, canteros con anémonas, violetas, pensamientos. Pensamientos. En lo mejor de la obra puede caer el telón. Pensé en mi balcón de Vicente López, antes de la invasión de palomas, aquel balcón inundado de verano. Mi mundo con Juan. Nuestros planes, subir a un barco para ir de vacaciones. Mis viajes en buque duraban tres horas, les dije. Tres horas me parecía demasiado tiempo. Mi marido y yo todos los años tomábamos un buque para ir de vacaciones a la playa. El mar. El mar. En aquel entonces vivía preocupada por el tiempo,

miraba el río y el reloj, la hora no pasaba, podía entretenerme con una medialuna y un café o haciendo equilibrio en un free shop que se balanceaba con las olas, pero la hora seguía ahí, estancada. Cuando por fin estábamos por llegar al puerto, los que habíamos ido en auto bajábamos a una bodega plateada y calurosa, cada turista esperaba en su coche, sin encender el motor. Después se abría una gran compuerta y había que abandonar el buque. No sé por qué nuestro auto siempre era el último en salir.

—Es el destino —dijo Griselda.

Ramiro pensaba que las cosas se repetían cuando uno iba siempre al mismo lugar y se bañaba en el mismo mar todos los veranos. Estuve de acuerdo con él, incluso tuve ganas de exponer mi teoría, la había escrito hacía un tiempo. Dije que nadie tenía obligación de hacer una sola vida, tener un solo lugar de veraneo, una sola carrera, un único domicilio, casarse una vez. Yo había venido a la isla para ser una persona distinta, no quería vivir una vida nada más.

Ramiro:

—Una vida nada más, suena a bolero, Luciana.

Cierto, sonaba a bolero. Lo anoté en mi cuaderno. Ernesto trajo el termo y comenzó hicimos una ronda de mate. Hablamos de viajes y buques. Yo trataba de mostrarme neutral, más como testigo de una situación desconocida que como protagonista.

Alguien propuso conversar sobre el verano cuando volvimos a la playa. En verano salían en el Glorioso a descubrir islas y a pasear por la Frontera. Corría la vida, ocupándonos de nada. Un petirrojo alzó el vuelo sobre el mantel y comenzó a picotear las flores de hule. Era una tarde perfecta, con cielo ambarino. No tenía una idea precisa de quiénes eran los que integraban la Sociedad, parecían rechazar todo lo que no fuera entretenido, tenían otro modo de vida, con fines que consideraban elevados, desconocían las rutas por las que habían llegado al aislamiento y las que habrían podido utilizar para

salir. Nunca explicaron quiénes eran ni quiénes habían sido antes de venir al Delta, quizá lo habían olvidado, con el tiempo entendí que hacían enormes esfuerzos en el trabajo de recordar, enlentecidos, como seniles extraviados en el nombre de las cosas.

En aquellos lapsos de silencio, abría mi cuaderno y escribía para no pensar en Matías. La evocación es una puerta trampa, siempre hay una puerta trampa de la memoria que no conviene abrir. Mejor escuchar a ese perro que ladra de manera apática, a lo lejos, un ladrido cada tanto. Dios mío. ¿Cómo iban a ser los veranos de Juan? Visto hacía atrás, después de los veranos que habíamos pasado juntos, me daba risa su determinación trágica, la manera de golpear la puerta el día que se fue, parecía un actor principiante. Qué pena me das, Juan. No te engañes, decía mi voz interior, no sientas pena, él duerme con otra, la domina vertiginosamente, levanta sus brazos, medio cuerpo de ella sale de la cama y cae sobre el piso, la besa en cada parte. Más tarde enciende un cigarrillo, no tiene que fumar en el balcón porque a Dominica no le molesta el humo, llega el amanecer y los envuelve, los junta en una sola materia húmeda. Y todo eso en mi dormitorio. Mejor no pensar. Mejor distraerse con ese sonido del bosque, cuando los árboles se balancean y sacuden las ramas.

Anocheció. Cerca de la playa, cuando se iba la luz, me agarraba una mezcla de congoja y extrañeza. Había pasado la tarde demorándome en reposeras, suspirando cada vez que Ramiro me decía linda Luciana. Podría haberme engañado con sus palabras, creer que era linda de verdad, pero con aquella camisa enorme que me había prestado Ernesto, y esas alpargatas que daban lástima, en vez de sentirme halagada, sentí apuro por ordenar la poca ropa que me había devuelto el río. Debería ir al puerto, comprarme un vestido, considerar al menos dos etapas del ropero, antes y después de Ramiro, pensé. Hicimos un último brindis. Los ruidos de la noche crecían de

a poco, los sapos tomaban posesión de la playa, las cotorras cotorreaban, lo demás resbalaba en mis oídos.

Terminó temprano la primera reunión, los restos de comida esparcidos sobre el mantel, vasos y botellas vacías, una fila de pájaros sobre la proa del Glorioso, parecían elementos sometidos a un orden deliberado, un mensaje cifrado cuya clave era anterior a mí. Ramiro apilaba las tumbonas, el sol le había curtido la piel, una piel suave, tensa, como si hubiera recibido una pátina de esmalte. Nunca había visto una piel así. Me deslumbró su pelo, no había empezado a encanecer. El pelo sobre su cara, cierta manera de agachar la cabeza y alzarla repentinamente. Nada de caspa. Frente al muelle, en un primer plano del río, lo vi quedarse inmóvil, un imperceptible ondular de su camisa lo hacía como nadar en la atmósfera. Tuve que disimular, ubicarme un poco, asumir el rol que me estaba destinado, el de la recién llegada que no sabe dónde meterse. Pero en el fondo quería irme con él. O que se quedara. Por favor. Me hubiera gustado llevarlo a mi cama, de tal manera que todo quedara claro entre nosotros desde el comienzo. En una sola noche nos encontrábamos, sin conocernos, sin prometer, sin preguntar, dejábamos lo demás para más tarde porque a los dos nos gustaba ir despacio y en la isla había tiempo para todo. Muy bien. Habría podido, si se me hubiera antojado, ir más lejos, hacer alguna insinuación. Nada. En ese mundo no había que apurarse. Esa reacción inédita para mí, esa manera de esperar, la parsimonia que ellos transmitían, hablando a fuego lento, era la contracara de mi ansiedad.

A ver, pensé, la vida podría ser otra cosa si yo tuviera paciencia, realmente.

Cofres fue el último en retirarse, dijo que no tenía edad para acostarse tarde, se iba con la convicción de volver al día siguiente a las seis y media para ir a navegar. Antes de meterse detrás de su marido en la espesura del bosque, Griselda levantó una mano y gritó por detrás de su alocada cabellera

blanca:

—Ojos de sapo, patas de rana, que Luciana tenga suerte toda la semana.

Las reuniones en la casa de los Marques se volvieron costumbre para Juan y Dominica; apenas comenzaba la semana, Juan se ponía en contacto con Eugenio y confirmaban el encuentro del jueves por la noche. Dominica los contabilizaba, había desperdiciado diecisiete jueves yendo a comer a esa casa, ¿para qué?, para no enterarse de nada. Hacía rato que había renunciado a su propósito de conocer la vida matrimonial de Luciana a través de Agustina. La mujer de Eugenio no podía tener nada en común con la ex de Juan. No tenían nada que ver.

En la reunión número dieciocho, Dominica hizo un comentario cargado de preocupación:

—¿Saben algo de Luciana?, ayer leí que apareció un cuerpo flotando en el Delta y me dio mucha impresión, pensé en ella, ¿no le habrá pasado algo?

—Eugenio, por favor, ¿podrías traer el helado de crema?, voy a calentar la torta de manzanas —dijo Agustina.

Dominica la miró con desprecio y desvió la cabeza hacia el ventanal, Reinaldo y los otros perros guardianes se habían puesto a ladrar como si estuvieran protegiendo a su dueña del ataque que ella habría podido llevar a cabo en ese mismo instante. Tenía ganas de taponarle la boca, no la aguantaba, pero se acomodó en la silla y decidió ignorar la evasiva:

—Me gustaría escuchar la respuesta de Juan —dijo.

Juan era de pocas palabras, hacía una síntesis de todo:

—Luciana no soportó la separación, eso no significa que esté muerta.

Agustina:

—Esa mujer es capaz de hacer cualquier cosa con tal de arruinarte la vida, Juan.

Dominica:

—¿Qué estás diciendo?, Luciana perdió a su marido, a su madre y a su hijo, dejó su casa, quemó las fotos. Eso no es hacer cualquier cosa, eso es desbarrancar.

Eugenio repartía el helado:

—Suenan medio dramático.

—No es lo que suena, es lo que es —contestó Dominica.

Agustina evitaba discusiones a la hora de comer, nunca profundizaba un tema, siempre mantenía la formalidad:

—¿Está rica la tarta?

—Ustedes eran amigos de ella, ¿cómo puede ser que ni la nombren?, ¿piensan que van a quedar bien conmigo haciendo de cuenta que no existe?

Juan:

—¿Qué querés?, ¿que salgamos a buscarla?

—¿Vos?, ¿a buscarla? Si no te moviste para encontrar a tu hijo, no creo que salgas a buscar a tu mujer.

Eugenio se compadeció. Pobre Juan. Dominica no perdía la oportunidad de subrayar irregularidades. El clima se enrareció. El perro que dormía sobre el almohadón floreado se despabiló de golpe. Agustina comió sin ganas la porción de torta y repitió la receta, que era nueva, sin canela. Dominica volvió a sentir el impulso de amordazarla, pero las últimas lecciones en El arte de vivir le habían enseñado a respirar y a callarse la boca. Miró la hora en su teléfono, en breve Agustina le iba a pedir que fueran a la cocina a preparar café. Pero esta vez, la previsible ama de casa, dedicada a la conservación de cuadros, cocina de autor y dolores de cintura, la sorprendería

con un comentario cargado de rencor:

—Si Luciana no vuelve, es porque encontró un lugar mejor. La conozco desde hace rato. Acá venía solamente para acompañar a Juan. Y eso que nosotros siempre la recibimos bien, con decirte que un verano le dejamos la casa.

Agustina siguió, se explayó. Contó que una noche, mientras llevaban los platos a la cocina, le había preguntado a Luciana por qué no se compraba un lavavajillas, que era tan práctico, de última tecnología. Y Luciana le contestó que a ella le importaba muy poco tener un lavavajilla porque era un aparato ruidoso que apestaba a comida grasosa mezclada con agua y jabón, y también le dijo que eso de la última tecnología solo le vendría bien para mudarse de planeta. Mudarse de planeta, mirá vos, qué frase, como si la Tierra le quedara chica, agregó la anfitriona.

Desde su silla, medio volcada hacia atrás, Dominica pudo ver la gota de sudor que resbalaba por la frente de su novio. Derritiéndose frente a todos, qué denso, se veía igual que el androide de *Alien, el octavo pasajero*.

—Así que Luciana quería mudarse de planeta —dijo Dominica mientras desparramaba el helado de crema en el plato.

En ese instante hubiera querido abandonar la mesa, el postre, incluso a Juan, para subirse a una lancha que la llevara al Delta a encontrarse con ella.

Agustina trataba de encaminar la reunión:

—Si no te gusta la torta de manzanas, puedo ofrecerte otro postre, Dominica. Ayer preparé higos con nuez. Es fácil, te explico, picás media docena de nueces, las mezclás con azúcar impalpable y con eso espolvoreás los higos. ¿Querés probarlos?

¿Te explico? A nadie le importa tu explicación, pensó Dominica. Apartó el plato, cerró los ojos y pudo ver la imagen de Agustina concentrada en el lavavajillas, y a Luciana radiante, interestelar, elevándose en la bicicleta de *ET* para escaparse a otro planeta, y si seguía un momento más con los ojos

cerrados, habría podido ver su sombra reflejada en la luna.

Lo que más me importaba era Ramiro, lo esperaba en el muelle, una tarde, otra tarde. Qué importa el pasado, quería decirle la segunda vez que se vieron. A mí me importás vos. Antes me importaba llevar ropa a la lavandería, iba al supermercado, usaba corpiños y bombachas de algodón, ahora me voy a comprar un conjunto de encaje nuevo, nada beige, nada blanco. Me siento suelta, soy nueva, la atracción que siento por vos resuelve todo. Escribo, me voy contando cosas, de lo real queda solamente un matiz. No siento nada por Juan, también dejé de pensar en Matías, su desaparición es demasiado dolorosa. Persiste un problema: mamá no parece del todo fallecida, hace esfuerzos para hablarme a través de la ventana. No querría conversar con ella de esto que pasa entre nosotros, ella va a decir que lo mío con vos es pura fantasía. Todo eso pensé decirle a Ramiro la segunda vez que nos vimos. No me animé, se lo di a entender más tarde, cuando fui parte de la Sociedad y comenzamos a salir con el atardecer a pasear por el río.

Cómo me gustaba el verano en la isla, recorrer canales desconocidos, observar cómo se iban encendiendo las luces de las casas, sus interiores, sus sombras. Ramiro, su camisa al viento y su manera de detenerse en la proa y mirarme. Una tarde salimos a navegar, sin oleaje, sin viento, el cielo despejado, era un día de satén, todo parecía perfecto hasta que llegamos al recodo del sauce y el Glorioso se enlenteció y quedó inmóvil, llevado por la corriente. El Abate comparó el recodo con el Paraíso, dijo que las nubes

bajaban con forma de ángeles y de altares. No digas, pensé, a mí el recodo me perturbaba, me traía malos recuerdos, sensación de peligro. Pero no dije nada. Me puse a escribir. Ramiro se acercó y sentí su aliento perfumado. Estoy en tus manos, le dije, mientras guardaba el cuaderno. Yo temblaba cada vez que teníamos que pasar por ahí. La Chabón pensó que temblaba de frío y me ofreció su suéter gastado, de color rojo endiablado, y enseguida quiso decir algo que atenuara mis miedos, cualquier frase con tal de que las cosas no quedaran así. Te queda lindo ese color, me dijo. El suéter me había dado un tono rojizo, de la cabeza a los pies. El Abate comenzó a insinuar explicaciones sobrenaturales, dijo que no había que tener miedo porque bajo del agua había una capilla sumergida, con un Cristo en la cruz y un campanario entero, con pájaros y todo. Dios me había protegido de los piratas del río. Los demás no creíamos en la iglesia sumergida, no creíamos completamente en Dios, pero tampoco lo discutíamos. Escuchábamos sin tensión, sin animosidad. No hacía falta ser un genio, ni doctorarse en Psicología, para darse cuenta de la necesidad que tenía el Abate de poner a Dios por delante, cada vez que podía. Subterfugios que ocultan la decadencia de la fe, me dijo Ramiro por lo bajo.

Cofres encendió el cigarrillo. Fumamos. Hablamos de grandezas naturales, peces nacarados, filas de orugas que daban muerte a un sauce, la carcasa de un animal abandonado en la orilla, no se sabía si era una liebre o un cimarrón. Mendy dijo que en toda la obra de Dios no había nada más perfecto que un niño. Decir niño era decir Matías. Cómo necesitaba convertirlo en alguien remoto, mantenerlo lejos. Dios mío. De vez en cuando creía verlo de la mano de Luno, en el cuerpo de Luno, con el sombrero cónico en la cabeza; llevaban botas de lluvia y pantalones cortos. Matías y Luno superpuestos. Mis siameses ominosos.

—¿Te pasa algo, Luciana? ¿Ves alguna presencia? —preguntó el Abate.

Una pregunta sobrenatural, sin duda. Demoré en contestar. Precipitarse era

inútil, lamentable como cualquier incontinencia. Intenté sacarme a Luno y a Matías de la cabeza. Le dije que me sentía tentada de volver a Vicente López para hacerme presente, para que Juan y Dominica no me dieran por muerta.

—Olvidate de esos dos —dijo Griselda—, están juntos y entretenidos, ocupándose de sí mismos.

Ramiro percibió mi ansiedad, sabía filtrarse en mis pensamientos. Intentó cambiar de tema, distraerme con la lista de sus *affaires*, mujeres a las que había abandonado por cansancio o desgaste en las relaciones. Un drama de playboy venido a menos, pensé. ¿Quiénes son esas mujeres?, le pregunte mientras me acercaba a su cara, con tono celoso, como si me molestaran o estuviera compitiendo con ellas. Usé la voz insinuante que se usa cuando todavía entre un hombre y una mujer no existe nada pero podría existir algo.

—Mary, Peggy, Betty, Julie y otras rubias de Villa del Parque, ninguna más linda que vos —contestó.

La Chabón pareció sonreír, pero después su cara se contrajo y los ojos se le pusieron brillosos, dijo que ella nunca había sido rubia. Habló sin detenerse. Sufría de celos, igual que yo. A ella también le gustaba Ramiro. ¿Por qué no? Para justificar su descontento, comenzó a relatar su paso por la escuela primaria. Dijo que había vivido en un lugar maldito donde había que salir a buscarse la vida para sentirse vivo. Hizo una especie de sonrisa, un eco de sonrisa que no tenía nada que ver con la alegría. Recordar la infancia es demoledor; yo que vos dormiría una siestita, le dijo el Abate.

Ernesto sacó una botella de espumante. Nada de siesta, dijo. El espumante era importado, un regalo no sabía de quién, de hacía mucho. Tomé una copa y sentí el líquido dulce bajando por la garganta hasta el estómago como si fuera un ser vivo. Me siento inmortal, les dije cuando habíamos atravesado el recodo del sauce. La Chabón se apartó, trepó por encima de la bruma a un mástil de velas rotas y comenzó a gritar:

—¡Inmortal! ¡Inmortal!

El plan de Dominica era ir al Delta.

—No me tienta —dijo Maite.

Le parecía una ridiculez salir en la lancha del padre de Indalecio para ir a buscar a Luciana.

—Tenés que venir, sos la única que la conoce —dijo Dominica.

—Vayamos mañana, tipo doce, comemos algo por allá —dijo Indalecio.

Maite:

—Va a estar lleno de gente.

Dominica:

—¿Me vas a acompañar o no?

—Decime, Dominica, ¿vos pensás que el Delta es un pañuelito?, ¿te creés que vamos a ir paseando en lancha y vas a encontrar a Luciana tomando sol en biquini y vas a saber si tiene celulitis? No te das cuenta de que es inútil ir hasta allá, ese lugar es enorme, ¿a dónde la vamos a ir a buscar?

—Ni idea, hablá con tu tía y sacale información.

—Inés no va a decir nada.

—Dale, probá.

Dominica sabía que Maite era la única conexión posible con Luciana. No había vuelta que darle, lo único que pretendía era verla, aunque sea de lejos, saber si estaba sola o con su hijo. ¿Alguna vez iba a poder dormir con Juan sin pensar en Luciana? Odiaba los hoteles, el hule debajo de las sábanas, el olor a desinfectante, odiaba todo eso pero no se animaba a dormir con Juan en el dormitorio de Luciana.

Al día siguiente se quedó todo el día en la cama, tuvo fiebre, había empezado a sudar, estornudó varias veces, le dolía la cabeza.

—Te engripaste, Dominica, ¿sabés qué es esto?, el aire acondicionado, de noche hay que apagarlo, dijo su madre mientras le hacía ungüentos en el pecho con Vick VapoRub.

Toda la vida Dominica se había preguntado para qué podía servir esa gelatina olorosa.

—¿Esto para qué sirve, ma?

—No sé, pero hace bien.

Sonó el teléfono. Por favor, de nuevo Juan, que me deje tranquila. ¿Qué quiere ahora? ¿Para qué me llama? La llamaba a cada rato:

—¿Cómo te sentís, Domi? ¿Hablaste con el médico? Quedate en la cama, no conviene que salgas.

—Salgo, voy a ir a la casa de mi prima.

Cualquier cosa podía decirle a Juan, nunca se enteraba de nada.

Llegó el médico, le encontró una pequeña infección en la garganta, pero Dominica atribuyó la fiebre al shock de la tarde anterior, el plan Delta la había enfermado. Con el pecho untado en mentol, no había podido dormir en toda la noche, daba vueltas en la cama, sentía que estaba preparada para todo, para todo menos para oler a menta, como una nena durmiendo en un cuarto rosa, atendida por la mamá. Luciana en una isla, a pleno sol, y ella tapada hasta la cabeza en su cama, con un pañuelo húmedo en la frente y un olor mentolado insoportable. Luciana paseando al lado del río, pescando en un muelle, y ella subiéndose a la silla del escritorio para ver un rectángulito de cielo.

A las diez de la mañana se levantó, abrió la ventana y sacó una mochila del placar. Se sentía en camino. Sonó el teléfono, era Maite. Tenía un dato: Luciana vivía en la isla Garza Mora.

Indalecio las pasó a buscar.

Camino al Delta hablaron casi nada. Bocinas, tránsito, calor. A cada rato Dominica recibía un llamado de Juan:

—¿Dónde andás, Dominica? ¿Con quién estás?

Obvio, no pensaba decirle nada. Llamaba para controlarla. Y ella le mentía descaradamente.

—Vine a lo de mi prima, estamos tomando un poco de sol en la terraza, a ver si afloja el resfrío.

—¿Qué estás diciendo?, volvé a la cama.

Por favor, que me deje en paz. Aquel día entendió que lo que más le gustaba de Juan, ese rasgo de tipo grande que sabía cuidarla, era lo mismo que le revolvía el estómago. La mandaba a meterse en cama por una gripe, justo a ella, que lo único que quería era salir de su casa a respirar un poco de aire, fuera del cuarto rosa, fuera del comedor con la foto de su primera comunión apoyada en un mueble horrible al que llaman: el aparador.

Al llegar, la guardería de lanchas le pareció un espejismo, lanchas apiladas, con nombre propio: Verita, Mía, La mansa. Atrevida se llamaba la de Indalecio.

—¿Les parece buena idea meternos en este río? —preguntó Maite.

Indalecio y Dominica se miraron con complicidad, pensaron lo mismo, meterse en lo profundo.

—Va a estar bueno.

—Dios los cría... —dijo Maite.

Salieron por el Canal Grande en dirección al bar de Safira y Estambul, un parador poco conocido, el favorito de Indalecio padre. Indalecio hijo conocía

bastante bien el lugar, pero no tan bien como para no perderse. En el trayecto no pasó nada. Música, canales angostos, patos salvajes. Nunca llegaron al parador que buscaban, Indalecio lamentó perderse los baklava de Safira. Pero en el camino descubrieron otro lugar para comer. La pizarra anunciaba el menú del día: pollo al horno con ensalada. Ataron la lancha al muelle y ocuparon una mesa, al sol, por supuesto, al sol. ¿Cerveza? No hay. Qué mal, si tomar cerveza no le hace mal a nadie. Pidieron lo único que ofrecían: clericó. Dominica y Maite hicieron fondo blanco y tomaron hasta terminar las frutas embebidas en alcohol que habían quedado en el fondo de la jarra. Indalecio se contuvo, tenía que conducir. Entre el sol y el clericó, se hicieron las cuatro.

Cuál es el mejor camino, el más corto y directo para llegar a la isla Garza Mora, le preguntaron al dueño del parador. El hombre fue a buscar un lápiz, dibujó un mapa de las islas cercanas sobre una servilleta de papel y les dio una explicación inentendible. Dos kilómetros y medio, todo derecho, después doblen a la izquierda, hagan cien metros y vuelvan a doblar a la izquierda, van a llegar al recodo del sauce, tiene un suelo de arena y algas, cuidado con la longitud del fondeo.

Todo corría bajo el sol, que también corría, hasta que se ocultó detrás de las nubes. Canales angostos, islas deshabitadas, cielo cobrizo. La isla Garza Mora no aparecía. Tratando de entender el mapa, llegaron a un punto y a partir de ese punto se ramificaron los canales y se dividieron en recorridos desconcertantes. Viento, llovizna, oleaje. El cielo bajaba oscuro y Dominica se sentía cada vez peor.

—Me siento mal, remal.

Seguía en pie por el olor a menta. Para no dormir en un cuarto rosa, con un rectángulito de cielo que solamente se veía subiéndose a la silla, para no ser una nenita cuidada por la mamá.

—Son las seis, chicos, ¿para cuándo la Garza Mora?, en cualquier

momento nos van a atacar los mosquitos. Con el asco que me da cualquier bicho que no sea la vaquita de San Antonio. ¿Volvemos? —preguntó Maite.

Les llevó un tiempo entender que habían fondeado en el recodo, si la corriente no contribuía, no había manera de salir. Algas, barro, llovizna. La fiebre de Dominica aumentaba. A Indalecio se le ocurrió mirar el agua y entendió lo que cualquier isleño entiende desde niño, si avanzaba la tormenta, nada los iba a salvar de la crecida del río porque el Delta despertaba y dormía según la lluvia. Revisó de nuevo el mapa, una servilletita de mala muerte, un pañuelo de papel con un dibujo que no se entendía en absoluto. Imposible encontrar la isla, el Delta era enorme, un abismo bastante considerable. Pero qué casualidad, pensó, de tanto andar perdidos, se habían acercado a la Frontera, por ahí estaba el parador de Safira y Estambul. Sauces, pájaros gritando, el resto era silencio puro.

—Un poco de música —dijo Maite mientras sacaba su teléfono de la mochila.

Vidita linda, decíamos cada vez que salíamos a navegar. Nos sentíamos inmortales. El atardecer nos encontraba en el Glorioso. Nada malo podía suceder, ni cuando llegaba la ráfaga de viento y el velero comenzaba a balancearse de un lado a otro como si fuera de papel, ni cuando nos acercábamos a las islas selváticas que se mostraban como un fragmento de ruina o como el índice de algo misterioso que se asomaba pero no se podía ver.

—Me parece que hoy no vamos a ninguna parte, estamos perdidos —dijo Cofres desde la proa.

—¡Perdidos! ¡Perdidos! —gritó la Chabón.

—Es un buen día para salir a perderse —dijo Ramiro.

Hablaba con tal certeza que me desconcertó, hubiera querido preguntarle por qué le gustaba salir a perderse, pero lo entendí cuando levanté la cabeza y miré el cielo cobrizo, inescrutable, un cielo que ningún hombre de ciudad era capaz de apreciar. Me acerqué y lo abracé. Era natural que tuviéramos puntos de vista comunes, no sé si los teníamos o elegíamos las coincidencias, la misma observación del cielo, una película, un libro, como si esos contactos frágiles, puentes imaginarios, existieran en el mundo solamente para nuestra conexión.

—¿Otra pitada? ¿Otra copa de espumante? —dijo Ernesto.

—Dale —respondieron.

Estos tipos son unos chalados, muertos por decisión propia, pensé aquella tarde. Sin embargo yo los necesitaba. Ya no me importaba saber qué los había reunido, de qué vivían, quiénes eran. ¿Quiénes eran? Eran la toxina que paralizaba las humillaciones, el desmoronamiento de las certezas, la desaparición de mis culpas. Eran mis amigos, mi Sociedad.

—Vayamos a la Frontera —propuso Ernesto mientras se ponía de pie y arrancaba un clavel del aire adherido a un sauce que pasaba por encima de su cabeza.

Dejó el clavel a un costado y sacó las bebidas de la heladerita.

—¡A la Frontera! ¡A la Frontera! —gritó la Chabón.

En el trayecto hubo una sucesión de juegos de palabras y onomatopeyas. Me parecía divertido, dejé de pensar en la pobreza inhóspita de las islas y en la banda de piratas del río. ¿Cómo era el sonido de las estrellas fugaces? Fium fium fium. ¿Cómo era la voz de las palomas? Gru gru gru. ¿Cómo sonaban las gotas de lluvia sobre el río? Poin poin poin. Faroles, candelabros, lámparas de gas, qué poca luz eléctrica había en las islas. Nadie supo decir cuál era el sonido de la luz eléctrica. Escuchábamos música en un radiograbador y saludábamos a los perros que ladraban a nuestro paso. Abrí mi cuaderno y escribí una sola frase: Matías no está en ninguna parte. Era difícil desprenderse del pasado, siempre quedaba una cuenta pendiente. Me daban risa todos esos que pensaban que el pasado era algo que valía la pena recordar. La infancia, por ejemplo, había gente que tenía que ir al psicoanalista para entenderla, podía resultar útil a la hora de despejar un trauma, pero yo creía que lo único que tiene de bueno la infancia es que dura poco.

Últimamente me inquietaba una cuestión. Pensaba que yo podía olvidarme de todo, pero no quería que Juan y su novia se olvidaran de mí. Imaginaba la escena. Dominica en la cocina del departamento, preparando el desayuno con el auricular en el oído. Moviéndose al compás de la música. Juan esperando

el café en la cama, como un bebé somnoliento. A la noche los dos en mi cama. Dios mío. Había sido un error vaciar el departamento hasta convertirlo en un pozo negro. Me había desecho de todo en una tarde. Ni un signo dejé. No tenía que haberme ausentado así, sin dejarles un mensaje, una marca en la pared, la señal de una venganza futura. Ahora me daban ganas de pasar por Vicente López a dejar una huella. ¿Era un capricho?, capaz que sí. ¿Dominica se lo merecía?, capaz que no.

—¿Una marca en la pared? No hija, no. Sería más potente aparecer como un fantasma —dijo la voz de mamá.

—No todos podemos aparecer como aparecés vos, mamá. No estamos en igualdad de condiciones, vos estás muerta y yo, en estas islas, intentando hacer mi vida.

—No seas hiriente, Luciana.

—Perdón, no quise ofenderte.

—Me ofende que olvides todo lo que tu padre y yo te enseñamos y te juntes con esta gente a fumar y a tomar espumante. Me ofende que no termines el libro que dejé en el cajón del escritorio, le falta un capítulo nada más. Te desconozco, hija, hasta de Matías te olvidaste.

Griselda se acercó a preguntarme:

—¿Qué estás pensando?

—Estaba pensando en mamá, a veces creo que dialogamos.

—Con los muertos es imposible dialogar, siempre quieren tener razón —dijo Cofres mientras hojeaba un diario de ayer.

—Luciana recurre a su madre cuando necesita ponerse en vereda —dijo Mendy.

—Acá no hay veredas, hay playas de barro —gritó la Chabón.

Navegábamos en dirección a la Frontera, todos querían pasar por el bar de

Safira y Estambul, donde servían postres turcos, la especialidad de la casa era el baklava. Mientras tanto, Ramiro y yo nos buscábamos en todos los niveles. Quedate cerca, decía mientras me acariciaba. Tenía que hacer un esfuerzo para no ponerme a temblar delante de todos cuando Ramiro me decía: Quedate cerca. Soy nueva para Ramiro, soy su blanco privilegiado, su interés por mí es perfectamente genuino, pensé.

Cofres comentó una noticia del diario, los forenses no lograban identificar el cadáver carcomido por los peces que apareció flotando en el río, ni siquiera saben si es hombre o mujer.

—¿Qué importancia tiene? —preguntó la Chabón—, si aparezco muerta o muerto, no se molesten en averiguarlo.

Ramiro tiró al agua el cigarrillo sin terminar y dejó su brazo extendido en mi espalda, casi colgando, como si fumar lo hubiera agotado.

—¿Un muerto en el río? Tu marido se va a preocupar, va a pensar que te pasó algo —me dijo.

—Que se mate mi marido —contesté.

Estábamos llegando a la Frontera, un islote apartado y oloroso de flores. El suelo debía de ser muy fértil, brotaban rosas, orquídeas, margaritas enormes como girasoles. Bajamos del Glorioso y caminamos en dirección a un puente colgante, uno de esos que se ven en las películas, tejidos con soga gastada. Cruzábamos de a uno por vez, porque era un puente débil que flameaba con el viento. Nadie quería cargar la heladerita de Ernesto, pesaba demasiado, ponía en riesgo a cualquiera que la llevase a cuestas.

Comenzó a caer una llovizna fina y punzante, se clavaba en la cara como agujas. Apreciábamos mejor las vistas cuando el sol no encandilaba, la belleza indiferente y desalineada de las islas.

—Hay que apurarse para llegar al parador, esta lluviecita nos va a arruinar

el paseo —dijo Ramiro.

De pronto, en medio del silencio, escuché el sonido de una radio y me acordé de Luno, la radio que sonaba en su lancha, cerré los ojos y creí ver su sombrero cónico sobre la cabeza de Matías. Qué pena me das, Luno. Era angustia lo que yo sentía, había entrado de nuevo en uno de esos estados que hacen que todo se vea como detrás de un filtro oscuro.

—¿De dónde viene esa música? —pregunté.

—De alguna lancha de por ahí —contestaron.

La música se fue metiendo como la lluvia sobre los árboles y de repente toda la Frontera estaba impregnada de aquel sonido. Acampamos debajo de un árbol, había llegado la hora de tomar el aperitivo.

—¡El aperitivo! ¡El aperitivo! —gritaba la Chabón.

Ernesto descorchó otra botella. Alrededor pasaban nubes de mariposas, criaturas delicadas escapando de la lluvia. Las mariposas de la Frontera eran algo serio, volaban demasiado rápido. Con lo lento que transcurría todo en las islas, me pareció sorprendente la velocidad de las mariposas.

—Las vemos así porque tomamos demasiado espumante —dije.

—¿Qué tenés contra el espumante, Luciana? —preguntó Griselda.

—Distorsiona la percepción —contesté.

—No tanto como tus pastillas verde pino.

Ramiro propuso apurar de nuevo el paso y terminar la tarde con una partida de cartas en el bar de Safira y Estambul.

Ninguno de los tres supo qué hacer cuando fondearon en el recodo del sauce. Un aire lúgubre y ensimismado los condujo por la fuerza hacia el muelle de la Frontera.

—¿Diez minutos caminando?, olvidate, ahora que salimos de ese charco de porquería me quieren llevar a caminar por el barro. Vayan ustedes, los espero acá, debajo de ese techito donde dice Frontera.

Indalecio:

—¿Perdón?

Dominica:

—Quedate, Maite, hacé como quieras. Necesito tomar algo caliente, no puedo más con el dolor de garganta.

Indalecio y Dominica comenzaron a caminar.

Dominica:

—¿Dijo charco de porquería?

—Sí.

—Mirá que hay cosas para decir de ese recodo, a mí me parece que es un lugar increíble.

Era el lugar más misterioso que Dominica había visto en su vida. El río manchado de rojo, pájaros que aturdían y no se dejaban ver, parecía todo cubierto por una membrana transparente, hasta los sonidos llegaban de lejos, amortiguados.

—Esas imágenes saturadas de verde tienen un brillo impresionante, con sol hubiese sido distinto, no tan tétrico —dijo Indalecio.

—¿Será así la irrealidad?

Ahora andaban entre los pastizales, por un camino embarrado que parecía que se iba a hundir. A Dominica no le importaba embarrarse, mojarse y afiebrarse, quería seguir, llegar al parador y tomar algo caliente para aliviar el dolor de garganta. Indalecio miró el reloj, tenían que encontrar el parador. Cuando se hiciera de noche no iban a tener dónde refugiarse.

—Tocame la frente, Indalecio.

—Estás hirviendo.

—¿Falta mucho para llegar?, dijiste que eran diez minutos caminando.

—Me perdí.

—¿De nuevo? La próxima vengo con tu viejo.

Pasaron por un arroyo.

—Pará Indalecio, necesito tomar agua, tengo astillas en la garganta, no puedo ni tragar.

—Aguantá un poco.

Lloviznaba cada vez más fuerte. Dominica se refugió debajo de un árbol y apoyó la espalda en el tronco. A cada rato pensaba en Luciana. Luciana de perfil, de frente, hablando con Matías, bailando con un isleño de traje blanco, confundida con una modelo publicitaria. A Indalecio se le ocurrió apartarse y buscar el camino.

—Esperame acá —le dijo.

Dominica sintió que su amigo se estaba convirtiendo en su héroe, lo que más le gustaba en el mundo era que un hombre la cuidara. Estuvo a punto de decírselo, pero no se animó. No había que decir todo. Respiró profundo, ubicó su mantra, consiguió meditar. Y diez minutos después Indalecio regresó diciendo que había encontrado un puente colgante:

—Vamos, Dominica, levántate.

Ese puente los iba va a llevar a algún lado. ¿Dónde estaban exactamente, en qué lugar de la Frontera? Ni idea. No se habían alejado demasiado de la

lancha, todavía escuchaban la música de Maite. De a poco la llovizna se convirtió en lluvia franca y Dominica cruzó el puente sujetando el teléfono para que no se le escapara del bolsillo, no importaba si no había señal, se sentía protegida cuando tenía el teléfono a mano. ¿No hay señal?, mejor. Para qué la quiero, pensó. Juan no iba a poder llamarla, no tenía que escuchar de nuevo su repertorio: ¿Dónde estás, Dominica? Frenó de golpe, pasaba una invasión de mariposas. Había llegado a esa fase horrible de la gripe donde todo se ve desde el interior de una escafandra. Sin escuchar, sin poder respirar normalmente. Me voy a morir en el Delta, pensó. Se sentó en la mitad del puente y tuvo una especie de fallecimiento breve. Vio una luz a la izquierda, era un rayo que la iba a fulminar, se quedó quieta esperando el desenlace. Le ardía la cabeza, era un derrame cerebral, se levantó como para cruzar el puente y agonizar en tierra firme. Apenas podía moverse. No veía, no podía abrir y cerrar los ojos. Le habían crecido lagañas.

—Conjuntivitis, qué mal —dijo Indalecio.

—No puedo más, me parece que deliro, estoy viendo mariposas.

Indalecio también las vio, volaban a toda velocidad; algo las atraía, alguna planta silvestre, el tamaño desmedido de las flores.

Llegaron al parador con la tarde a punto de terminar y con la ropa empapada. Dominica apretando los dientes, concentrada en sobrevivir. Un cantero de margaritas, una arboleda, una lomada, después la pendiente y allí estaba el bar, una casita invadida por enredaderas. Estambul y Safira interrumpieron el juego de cartas cuando los vieron llegar. Pasen, vengan, les dijeron. Dominica había comenzado a sentir burbujas en los oídos. El hervor del cuerpo envuelto en la fiebre. No escuchaba las voces, siempre le pasaba, cada vez que tenía fiebre confundía las voces. Para ella el atardecer había quedado como en suspenso, los truenos y los insectos enmudecieron al

mismo tiempo. Miró hacia cualquier parte y la luz del bar, amarillo palidísimo, se le vino encima. Vio los techos, la lluvia en los techos. Las ventanas, la lluvia en las ventanas. Un grupo de gente jugando a las cartas en una especie de living, velas perfumadas, todo girando a su alrededor. Se recostó en una hamaca paraguaya y alcanzó a oír la voz de Safira que, abriéndose paso, le decía a Estambul:

—Traé toallas y ropa seca.

Indalecio pedía un termómetro.

No hacía falta comprobarlo. Treinta y ocho cuatro, treinta y nueve siete, cuarenta. El número no importaba, volaba de fiebre y oía todo como si estuviera debajo del agua, retumbando. Dormía y se despertaba. Escuchaba la lluvia y un zumbido de moscas. La garganta a punto de reventar como un tomate podrido, el temor de que la cabeza siguiera el mismo curso. Al lado, pegado al lado, Indalecio, la única persona reconocible, el resto eran imágenes confusas. Pensó que el olor mentolado que tenía en el pecho había impregnado el salón, el murmullo, los muebles. Pasó una hora en el vaivén de la hamaca. ¿Una hora? Cómo podía saber si había pasado una hora, si el tiempo enrarecido iba y venía como las moscas.

Se hizo de noche. Por qué será que la fiebre empeora cuando se hace de noche. Indalecio salió a buscar señal en el teléfono, consiguió avisarle a Maite que no se moviera de la lancha. Al volver al parador, no estuvo seguro de lo que le pasaba a su amiga, parecía desmayada, tenía los ojos cerrados, la boca seca, el cuerpo inerte, y ese olor a menta...

—¿Me escuchás, Domi? —le preguntó.

Dominica no contestaba. Indalecio a cada rato volvía a salir, subía y bajaba nervioso por la pendiente. Los que estaban jugando a las cartas se acercaron a Dominica. ¿Tenés calor o frío?, le preguntaron. Frío, contestó mientras se aferraba a la hamaca como si fuera a caer. En medio de lo oscuro, vio algo rojo, una mujer vestida de rojo la cubría con una frazada, la consolaba, le

acomodaba el pelo. Le pareció escuchar la palabra jengibre. ¿Qué era?, se le había perdido el significado. También creyó escuchar la palabra limón. Se calmó, la palabra limón era familiar. Jengibre con limón, una mezcla conocida. Lástima que no podía recordar para qué podía servir. No se preguntó de dónde venía aquella especie de alucinación. Cada vez que conseguía abrir los ojos, entre lagañas pegajosas, veía a la mujer de rojo y se preguntaba si había venido con su hijo, si lo había secuestrado, si lo había perdido. Estoy delirando, la fiebre puede conmigo. Quería hablar y no podía, solamente tosía, las astillas seguían allí, clavadas en la garganta; cada vez que intentaba tragar saliva, aumentaba el dolor. El té resultó un alivio, la mujer de rojo se lo dio de a cucharadas. Qué infantil, pensó, se sintió otra vez igual que una nenita. Una nenita temblorosa, porque el temblor no paraba, era interior y químico. Además, no podía respirar profundo y llevar el aire al estómago como le habían enseñado en El arte de vivir, porque el aire no entraba por la nariz tapada y cuando pasaba por la garganta era como tragarse un trapo de piso. Parecía un castigo de Dios, porque si de algo no se podía prescindir era del aire, así que tenía que tragarse ese trapo. Si hubiera sido útil saber en qué momento empezaba a entender las cosas, su llegada al parador habría sido algo así como una caída en picada, un descenso, una manera brutal de probar que el Delta era el lugar de Luciana y que ella no tenía nada que hacer en ese parador. Luciana. ¿Cómo soportaba vivir en un lugar así? Era un misterio. Despacio, haciendo un esfuerzo tremendo para no desplomarse y caer redonda en el mosaico, levantó la cabeza que parecía una pelota mojada y dijo lo único que pudo decir hasta el día siguiente:

—Que alguien traiga un paracetamol.

Tercera parte

Inés se había puesto ansiosa, quería venir a la isla y conocer mi casa. Pensó que yo podría sentirme sola. Su insistencia me dejó la impresión de que mi mejor amiga no me conocía del todo.

Un viernes subió al tren en Vicente López, bajó en la estación Tigre y al llegar al puerto pidió una lancha taxi. Yo le había indicado todo. La esperé en el muelle, agitando un sombrero de paja que me había prestado Ernesto para caminar por la playa. Inés me traía ropa, libros, cosméticos y un secador de pelo. Bajó de la lancha y nos dimos un abrazo. Mi recibimiento despreocupado y alegre la desconcertó.

—Qué lejos, Lu.

Caminamos hacia la casa, se veía preciosa desde la playa.

—Me encanta donde vivís, ¿pero no es un poco solitario?

—¿Solitario? No, para nada.

Todas las líneas que había ensayado con esmero para contarle a Inés de qué se trataba mi nueva vida las perdí en el muelle mientras la esperaba. Y ahora que había llegado, intentaba explicarle de qué se trataba todo lo mío, la Sociedad. No era fácil, sobre mi realidad había caído una capa de polvo de estrellas y no podía hacerla volar con un soplo. Inés quería saber qué había pasado desde el momento de mi llegada a la isla. Le rogué que no le contara nada a Maite.

—Por favor, Inés, que nadie sepa nada de mí, que hagan de cuenta que estoy muerta.

Le hablé de la Sociedad. Le conté que a las siete de la tarde salíamos a

navegar, pasábamos el tiempo recorriendo las islas, tomando espumante y fumando no sé qué yerba que me mareaba y me hacía reír. Incapaces de otra cosa, dejábamos las horas pasar prolongando el ritual de un cigarrillo o de una conversación. Lo más difícil era decidir el cambio de rumbo en la navegación y las distintas maneras de percibir lo que había alrededor, pero, en vez de enfrentarnos, hacíamos insólitos desvíos hasta que las diferencias se anularan. A veces la lluvia nos reunía en un parador y jugábamos a las cartas y comíamos postres turcos.

—¿Hay alguno que valga la pena en esa Sociedad?

—Sí, se llama Ramiro. Lo ves y te desmayás.

Una tarde Ramiro y yo nos quedamos en el agua haciendo el amor durante una tormenta y vimos caer un rayo tan cerca que oímos el aire quemado. Inés hizo una sonrisa cómplice, tenía una curiosidad prodigiosa, le encantaban los actos de riesgo que ella nunca habría podido cometer.

—No te lo puedo creer, decime qué tal es.

—Diferente.

—Juan se muere si se entera.

—Me da lo mismo.

—Che, qué bien, qué buena noticia, ¿vive por acá?

—No sé dónde vive, pero duerme conmigo.

Era apasionante despertarse en la isla con Ramiro y las vistas de la playa, los árboles, las flores y el olor a tostadas. ¿Qué más podía contarle? Inés había empezado a preparar café y hacía mil preguntas por segundo. Necesitaba saber todo sobre Ramiro y la Sociedad.

—¿Hoy vienen? —me preguntó.

Le dije que estaban en otra isla, acondicionando un telescopio casero.

—¿Y si vamos? Te acordás cómo nos gustaba mirar la luna, la frialdad de la luz, la distancia de todo.

Además de mirar la luna, mi amiga quería conocer a Ramiro. No ocurriría.

Nadie sabía que mi amiga había venido, ni siquiera Ernesto; ayer le había dado vacaciones hasta el lunes.

Inés recorrió la casa y se sorprendió gratamente, no había telas de arañas, ni rincones dudosos. Le gustó el sofá de color damasco, la amplitud del ventanal. Aquel día la playa estaba envuelta en una aureola de luz, flotaba un polvillo suave y la visión del río era estremecedora, entraba por el cristal y cubría la sala con un resplandor sulfuroso, conmovedor.

—Subamos, Lu, quiero ver el dormitorio.

Se quejó de la escalera inestable, no había manera de poner un pie en los escalones sin pensar que podían desmoronarse uno encima del otro. Le advertí que de noche crujía sin que nadie la pisara. Daban miedo los sonidos de la noche en la isla, a veces tenía que recurrir al cigarrillo o las pastillas verde pino para dormir de corrido.

—Tampoco hay que estar durmiendo siempre —dijo Inés.

No entendí, era como si las palabras estuvieran desordenadas. Se abrió un pozo en ese momento, uno de esos vacíos donde ocurren cosas que separan a la gente, sentí que mi amiga se volvía lejana, su voz apenas podía ser identificable. ¿Durmiendo siempre? Recordé mis noches en Vicente López, Matías no pegaba un ojo. Matías. Me llegó como nunca, entendí el significado de la palabra desaparición, tuve conciencia real, fue nada más que un instante. Qué mal me sentí, me vi como si fuera otra persona de verdad. Todo eso era por la visita de Inés. Necesitaba olvidar de nuevo, rápido, decidí cambiar de tema.

—¿Qué sabés de Juan?

—Ahí anda. Ni te nombra, no habla de vos ni de Matías. La que insiste es Dominica, parece que te quiere conocer.

—Ah, Dominica.

En ese momento me saqué el anillo de casada y me quedé mirándolo unos segundos en la palma de la mano. Redondo, insignificante. Lo tiré, rodó por el suelo y desapareció debajo. Fue como dejar un mensaje invisible, hecho para nadie.

En el dormitorio, lo primero que llamaba la atención eran los tules, había que decir algo sobre los tules. Adiviné la pregunta:

—¿Para qué tantos tules?

—Hay mosquitos —contesté.

—Pero si con un repelente alcanza.

Me apoyé contra la pared con una intriga. ¿Qué pasaría si en ese dormitorio las escenas se repitieran y siguieran repitiéndose siempre como la historia de Jack Nicholson en *El resplandor*? El primer día que entré, tuve la sensación de que otras personas habían pronunciado antes que yo la misma frase, habían escuchado los mismos ruidos, habían hablado con alguien en la ventana y temblaron de miedo en el mismo colchón. Nos asomamos a ver el río, el oleaje, el vaivén.

—De otro mundo, ¿no?, ayer en esta ventana me pareció escuchar a tu mamá conversando con la mía, que en paz descansen.

Inés me miró con cara de no entender. Traté de explicarle que la soledad era traicionera, me hacía escuchar voces provenientes de ninguna parte. Bajamos a la cocina con la convicción de que era posible vivir sin madres. Hablamos durante horas. Al anochecer preparamos huevos revueltos y tomates con orégano. Abrimos una botella de espumante. Nos hubiera gustado comer algo dulce, pero la heladera quedaba pelada cuando no estaba Ernesto. Y yo tuve la sensación de que la vida se me estaba yendo en eso, en arreglármelas con lo que no había.

Inés quiso lavar los platos, juntó todo en la pileta con una bendición de

detergente, nos gustaba escuchar la sartén caliente crujendo bajo el agua fría, nos traía el recuerdo de otros huevos revueltos, los que preparábamos al volver del club. Cuando terminó de lavar, frotó sus manos en el repasador y parodiando a Agustina Marques, me dijo:

—¿Por qué no te comprás un lavavajillas?

En el sillón hablamos de los malvones y de la bruma rosada que desprendían. No se podía decir que estuviéramos borrachas, pero algo empezaba.

—¿Vas a volver a Vicente López?

—No creo.

—Decime, Lu, ¿cómo estás con lo de Matías?

¿Tan complicado era soportar mi cambio? Inés había comenzado a hablar de la posibilidad de mi regreso, decía que me había ido del departamento porque no soportaba la ausencia de mi hijo.

No había caso, con la curiosidad imparable de mi amiga y con esa manera de adueñarse del otro, nada podía frenar la catarata de interpretaciones y preguntas. Sin embargo, ella sabía que para mí responder no era un mandato. Justamente, el día anterior había escrito en mi cuaderno que la gente se sentía con derecho a preguntar, lo asumían como si fuera una acción natural. Incluso en la calle, cualquier desconocido se acercaba a hacer una pregunta y enseguida había que contestarle. ¿Dónde queda la calle Laprida? ¿Qué pasó en la estación? ¿Matías saltó a las vías?

Por suerte Inés sirvió otra copa.

Nos fuimos a dormir. Apagué el velador. Ni una luz se filtraba. Oscuridad pura. Inés estiró las mangas de su pijama y se acurrucó en un borde del colchón. La noche fue interminable. Era de esperar cuando uno se metía en lo inesperado. Dormimos de a rachas, con sacudidas. En la madrugada, Inés

escuchó ruidos y se asomó a la escalera, vio luz en la cocina y regresó al dormitorio en puntas de pie. A las tres de la mañana seguía sin dormir, adiviné ese gesto tan suyo de enroscarse un mechón de pelo en el dedo índice, soltarlo y volverlo a enroscar. Dios mío. No había manera de neutralizar la noche con sus tules y la ventana con su elenco de sonidos; hacían prosperar cualquier fantasía terrorífica. Tomé dos píldoras y me hundí en el sueño. Soñé con el último momento de Matías, cuando le solté la mano y le dije: Esperame acá. Matías me miraba todo el tiempo con una expresión ausente, no contestaba, nada habría podido decir porque no había dicho nunca ni una palabra. Solamente levantó la cabeza, sus manos pequeñas tantearon los bolsillos de la campera azul, cerró los puños y sonrió con melancolía, como si hubiera comprendido que no nos volveríamos a ver. Comencé a caminar por el andén, a cada rato giraba para verlo, Matías había agachado la cabeza, concentrado en el cierre de su campera, lo hacía subir y bajar. A veces su escasa atención se dirigía a un único punto del universo. Qué pena me das, Matías. Miré alrededor, no había un alma, a nadie se le ocurría salir a las cinco y media de la mañana un lunes feriado. Caminé hacia el puesto de diarios y lo encontré cerrado. En el suelo había un atado de revistas cubierto con nailon y a través de ese nailon vi la tapa donde había una modelo conocida, anunciando la vigencia de no sé qué color en la siguiente primavera. Cuando me di vuelta, Matías no estaba. Me acerqué al borde del andén, mire las vías, el puente, la calle vacía, como todo alrededor. Regresé al lugar donde lo había dejado, veinte pasos más allá, me senté en el banco y en aquel momento pasó un tren a toda marcha, uno de esos rápidos que no se detienen hasta llegar a Retiro. Cerré los ojos, hundí las uñas en el banco. Matías tenía que aparecer, saltando por ahí, corriendo detrás de una paloma, trepando la escalinata del puente. Le gustaba subir a ese puente, Juan le había enseñado a gritar cada vez que pasaba el tren por debajo. Después hubo una agitación en el aire y aparecieron las palomas y los pájaros de cuello rojo,

sobrevolando. Me acerqué de nuevo al andén, las vías eran tan filosas, tan cortantes. Hice cálculos mentales. En total, no había pasado demasiado tiempo en la estación, estuve hasta las seis, tal vez, la hora donde todo comienza. Era de noche. ¿Dónde termina la noche?, es más cuantificable que el día. Y sin embargo no supe dónde terminaba. Debieron de haber sido tremendos aquellos minutos para caer de esa manera en el olvido.

—Lu, ¿dormís?, decime, ¿puede ser que haya gente en la sala?

Qué importa que haya gente en la sala mientras pasa un tren y Matías juega debajo del puente. Que nadie me despierte con preguntas. La noche es para soñar y ver las películas que proyecta la mente. Después de todo el sueño es solamente un sueño y cuando estoy presa de sus poderes me autorizo a los actos más desconsiderados. No tenía por qué ser cierto que existía la estación, las vías, la moda primaveral y el lunes feriado, cuando Matías, el niño inquieto, se fue de mí.

—Luciana...

—¿Qué pasa, Inés?, dejame dormir.

—Lo tengo cada vez más claro —dijo Dominica.

Era algo que no había entendido antes. Lo entendía recién ahora cuando había empezado a aburrirse de Juan. Las preguntas en serio, las auténticas preguntas, recién las estaba pensando un año después.

—¿Qué pasa si tenés un hijo que no duerme nunca y se mueve todo el día sin parar?

—Me muero —contestó Maite.

—Seguro que lo querés matar.

—Pueden ser ganas de vivir, Dominica. Porque la vida se te iría en los cuidados del chico, ¿entendés?

—Obvio.

Con semejante panorama, era previsible que Juan saliera con otra y que Luciana quisiera soltarle la mano a Matías.

—¿Qué cosas estás pensando? —preguntó Maite.

—Mirá si Luciana lo dejó en la estación y el chico fue a parar a las vías y en ese momento pasó un tren rápido, uno de esos que no paran hasta llegar a Retiro, y lo arrastró, lo deshizo y nunca lo encontraron porque de Matías no quedó nada.

—¿Vos decís?

—Qué difícil es ser madre.

—Y ser hija ni te cuento.

Ahí estaban las dos, la cama deshecha, el escritorio lleno de papeles, la ropa tirada, las computadoras despidiendo información. El rectángulo de

cielo que Dominica veía desde su dormitorio, mostraba un día soleado, inútil, completamente inútil. No podía salir a ninguna parte porque el miércoles rendía examen.

—Qué desgracia, encerrarse con este día.

Encima Juan a cada rato molestando en el teléfono: ¿Con quién estás? ¿A qué hora rendís? ¿Vas a pasar por el departamento?

—No entiende que no quiero ir al departamento, no aguanto que a cada rato salga al balcón.

—¿Qué tiene el balcón?

—No sabés, un asco, está lleno de palomas.

—Decile que no querés ir más.

—Quiere que duerma con él, me quiere controlar.

—Está loco por vos.

—Está loco, que es otra cosa.

—¿Qué dice de la desaparición de su hijo?

A Dominica le pareció que estaba a punto de descubrir algo, le faltaba una pieza. ¿Y si eran cómplices? ¿Si Luciana y Juan se habían puesto de acuerdo para desprenderse de Matías?

Maite cerró el libro:

—Qué decís, ¿te parece?

—Mirá si lo planearon.

Dominica y sus pensamientos a la deriva, hacía cortocircuitos, chispas.

—Qué casualidad, ¿tenía que pasar todo en la misma madrugada?

—¿Me explicás?

—A lo mejor hicieron un pacto.

—Ponele que fue así, ¿la policía no sospechó nada?

Decían que la policía de Buenos Aires escondía una burocracia enorme, tenían cierta disposición a no descubrir. Juan le había contado que los investigadores se prepararon para explicarle que, desgraciadamente, la

desaparición de niños era algo muy corriente.

—No, Maite. La policía no sospechó nada.

Hubo un silencio, como si las dos esperaran una explosión que no se produjo. Dominica abrió la ventana y dejó entrar el ruido de la calle. Aquel lunes, cuando desapareció Matías, Juan la había invitado a dormir con él. Llegaron al hotel y no hicieron nada porque él no pudo. Ella había hecho de todo para que él pudiera, pero no pudo, lo único que hacía era dar vueltas en la cama y mirar el teléfono a cada rato. Cuando se hizo de día el teléfono sonó y era Luciana diciendo que Matías había desaparecido en la estación. Lo siento, lo siento, repetía. Y Juan se vistió tranquilo, tan nervioso que había estado, se tranquilizó de golpe.

—Raro, ¿no?

Dominica no quería desperdiciar una coincidencia tan bien construida.

—¿Decís que Juan estaba esperando el llamado de ella?

—Lo estoy pensando ahora, ¿Inés qué piensa de todo esto?

—Nada, no cuenta nada. No sabés lo que fue sacarle el dato de la isla Garza Mora.

—No me hagas acordar, por poco me muero en ese bar turco. Si no hubiera sido por Indalecio...

—¿Pasa algo con Indalecio?, ¿estuvieron?

En la isla todo comenzaba temprano. Lentamente, con graduación inusual, llegó la mañana. Eran las seis, me desperté y demoré en salir de la cama porque tenía un hormigueo en el cuerpo que no me dejaba mover. Di vueltas hasta levantarme, el sol había entrado en la habitación como una embestida del océano. Inés dormía con el pelo todo enredado, tenía el ceño fruncido y la boca apretada; signos claros de una noche de insomnio. Yo los conocía de memoria. Me prometí salir a pasear con ella por la isla, mostrarle el invernadero, el bosque, el espacio amarillo con forma de túnel. Bajé a desayunar. Tosté unas rodajas de pan, preparé café con leche, puse todo en una bandeja y me senté cerca del muelle. Los malvones tenían una definición extraordinaria aquella mañana. Me dieron ganas de abrir el cuaderno y ponerme a escribir, pero al rato Inés apareció, con la cara sin lavar y arrastrando una reposera que dejó junto a la mía.

—¿Dormiste? —le pregunté.

—Ni me hables, no dormí nada, anoche pasaron un montón de cosas.

Hablaba tímidamente, no parecía la misma Inés que había llegado el día anterior. Me contó una historia larguísima, supuse que la habría soñado. En la isla los sueños eran muy reales, nadie soñaba igual que en la ciudad.

—Tuve que tomar una de esas píldoras verdes que vos tomás para dormir. Por suerte encontré el frasco cerca del colchón.

Con las píldoras verde pino, hasta el más fuerte cruzaba las manos sobre el pecho como un caballero de mármol y desaparecía por varias horas.

—Yo no sé, ¿cómo permitís que entren a tu casa en la mitad de la noche?

—Duermo, no me entero de nada.

Inés apoyó la taza en el suelo de barro.

—Luciana, te estoy hablando en serio, anoche había gente en la cocina, hablando de los robos en el río.

Cuando Inés no estaba de acuerdo conmigo, o cuando por algún motivo se veía obligada a darle trascendencia a la conversación, me llamaba Luciana. En cualquier otro caso, yo seguía siendo Lu.

—Anoche no podía dormir, me levanté y quedé enredada en esos tules, no sé para qué están. Al final logré salir del dormitorio y cuando me acerqué al hueco de la escalera, escuché algo sobre el robo, el asesinato y los piratas. De locos.

Inés me aburría. Una persona aislada, escribiendo su novela, tiene demasiadas cosas en qué pensar como para que la distraigan con el cuento de unos intrusos hablando en la cocina.

—Decime, ¿no hay vida privada acá?, ¿van de casa en casa los isleños estos?

—No entendés, esto es una Sociedad.

—Ah sí, mirá vos, y cómo sabés que no fueron ellos los del asalto.

—No fue un asalto, Inés. Mis cosas aparecieron en la playa, no se las llevó nadie.

—Asesinaron a un tipo, Luciana. ¿O te olvidaste?

Jamás me olvidaba de Luno. Luno y Matías, mi dúo, mis irrecuperables. Me dieron ganas de llorar, como cada vez que pensaba en ellos y en sus objetos mezclados, la campera azul de Matías en la lancha celeste de Luno, el vaso de vino tinto derramado en la estación de tren.

—No puedo creer que hayas tomado vino con el taxista, te juro, no lo puedo creer. Mirá si te puso algo en el vaso.

—Vas demasiado al cine, Inés.

Se ofendió:

—Juan y Dominica también van al cine.

Juan y Dominica, otro dúo que lastima, dije para mis adentros.

—Es así, Luciana, aunque quieras inventarte otra realidad, las cosas son así.

Realidad. Esa palabra no figuraba en el diccionario de los aislados. La famosa realidad disolviéndose en el espumante y las pastillas verde pino, no era más que eso, una palabra que no figuraba en el diccionario isleño. Qué disgusto. Juan y Dominica en el cine. Mi problema real, el único, era que Matías no estaba en ningún lugar. Abandoné la reposera, fui a bañarme con agua bien caliente, tan caliente que apenas se pudiera soportar. En el trayecto imaginé que caía un rayo y me quemaba. Me dieron ganas de volver a Vicente López. Me llené la cabeza de champú para no pensar y repasé mentalmente cada baño donde me había duchado, fui encontrando venecitas, mosaicos, azulejos, mármoles, tubos de luz, dicroicas, botiquines, mil cosas intrascendentes. ¿Cuánto tiempo más iba a seguir sin recordar qué había pasado en la estación? Y encima Inés, llenándome de intrigas. Quise que se fuera, no verla nunca más. No se lo dije, desde luego.

Así que vivían juntos y eran felices. Yo gritaba que la iba a matar, que la quería matar. Y pensaba en los vecinos, no tenían que enterarse. Intentando callarla, le aplastaba la boca con un almohadón y ella se sacudía y gritaba más fuerte.

—Me dijiste que no escribías policiales, Luciana.

—Me salió así ese capítulo, lo escribí ayer.

—Vos seguís enamorada de Juan y tenés miedo de que sea feliz con Dominica, por eso escribís esas cosas.

—Nada que ver, no siento nada por Juan.

Ramiro me acariciaba, al principio con timidez, por suerte después se había animado a todo. Juntos, la realidad desaparecía por los cuatro costados, solamente Ramiro estaba conmigo y entonces los tules de alrededor, los tirantes del techo, la ventana, las píldoras verde pino, todo se organizaba a su alrededor. Terminaba el verano.

—Qué linda noche para flotar en el río, ¿no te parece? —le pregunté.

Sentí la oscuridad y me deslicé por el suelo del dormitorio. Ese deseo que sentía de estar a oscuras con Ramiro me hacía evitar lugares iluminados, el sol despiadado de la hora de la siesta. Si estaba nublado, fluíamos entre las sábanas y rodábamos por el colchón de punta a punta, de la mejor manera. Lo mismo en las cuchetas del Glorioso, porque ahí estaba oscuro siempre. La sombra me animaba, me volvía capaz de todo, de un escote, una camisa desabrochada, un corpiño que no fuera beige o blanco. Una vez lo hicimos en el bosque, debajo de un árbol; era de tarde y alrededor de nosotros se había

formado una bóveda fresca y oscura, como un segundo cielo.

—¿Qué hora es?

Ramiro se levantó y recorrió los tules. Trastabilló. Me reí. Era alto, tenía una torpeza graciosa, lo había visto varias veces llevándose ramas por delante, golpeándose la cabeza al agacharse a destiempo en las cuchetas. Casi siempre acompañaba el pequeño accidente con algún comentario: ¿Quién es el agrónomo infeliz que plantó este árbol? ¿Quién es el ingeniero inútil que diseñó estas cuchetas?

—¿A quién se le ocurre poner tules alrededor de un colchón?, ni que estuviéramos en el siglo quince —dijo.

Vino después hacia donde yo estaba y me abrazó con la longitud de sus brazos, me envolvió. Era la preferida de su vida, la mejor de todas. A veces Ramiro tenía miedo de que Juan viniera a buscarme. Me parecía gracioso su miedo, a cada momento le decía que Juan estaba en lo suyo, entretenido con Dominica. Que se hiciera a la idea, en la isla éramos nada más que él y yo. Aunque de vez en cuando apareciera mamá en la ventana del dormitorio.

—¿Habrà vida después de la muerte?, ¿vos qué pensás? —le pregunté.

—Pienso que en esta ventana viven los muertos que están en vos. ¿Nunca pensaste que existe un tercer estado que no es la vida ni lo otro?

—No, nunca lo pensé.

Miré hacia la ventana:

—Te enamoraste como una quinceañera —decía mamá.

—¿Vos creés?

—Cuánto lamento que este buen mozo no tenga futuro.

—No pienso en el futuro, mamá.

—Habla bajo, que no te escuche tu padre.

—¿Qué? ¿Papá está ahí?

—¿Y dónde va a estar?

—Dame con él.

—Luciana, esto no es una comunicación telefónica. Es un mensaje del más allá.

Ramiro quería salir a navegar.

—Me gustaría ir al puerto —le dije.

—Excelente, así compramos algo. Pero antes vamos a pasar por otro lugar, quiero que conozcas otro lugar.

—Dale, con vos voy a cualquier parte.

Ramiro conocía de memoria el río, llevaba viviendo en la isla una década o más, conocía sus corrientes, sus meandros, el movimiento y el sonido del agua en la calma y en la tormenta, lo conocía íntimamente. Se vistió y fue a preparar el desayuno. Todo en silencio, exceptuando el crujido de la escalera. Me quedé en la ventana, tratando de escuchar la voz de mamá. Deambulé un rato por el dormitorio, abrí el ropero y me puse el vestido amarillo, fané. Me quedaba perfecto, todavía.

Ramiro:

—¿Bajás?

—Voy —le dije.

La voz se abrió paso con lentitud, bajé concentrada en mis pensamientos; la escalera chillaba su nota histérica, era una madera nerviosa. En la sala sentí que mamá había bajado conmigo, se había ido de la ventana y andaba por ahí, cerca del ventanal:

—Tengo que decirte algo, hija. Este muchacho no es de fiar, habla de un tercer estado que no existe.

—No quiero escucharte más, mamá. Cada una de nosotras tiene que hacer su vida.

—¿Su viuda?

—Su vida, mamá, su propia vida.

—Tu vida es estar borracha, drogada y diciendo pavadas.

Una madre como Marta no podía admitir que serían precisamente las píldoras, el cigarrillo y el espumante lo que una separada sin hijos inventaría como recurso para sostenerse en un eje como el mío. No lo iba a entender. Algunas veces Marta me obligó a buscar refugio en los libros. No era un buen recurso para mí. Cuando terminaba de leer una novela me quedaba con la impresión de que los personajes se iban para siempre en la última hoja, nunca más iba a saber nada de ellos y de sus cosas. Leer es despedirse. Si el libro estaba escrito en primera persona, la voz del protagonista aparecía por encima de las palabras escritas, murmurando hasta la última frase y después no decía más nada. Nunca más nada. Leer es tener y perder. Por eso me daba envidia que otro empezara el libro que yo había terminado. Y por eso prefería leer cuentos, porque uno no se encariña tanto. Mejor escribir, le dije a mamá. Ramiro había acercado la mesa ratona al sofá, él solo leía por recomendación, propuso que compráramos las novelas que más me habían gustado, si las leíamos juntos, los personajes iban a revivir. Lo dijo a unos centímetros de mi cara, su tono fue tan suave que parecía no haber hablado. Coronó el té con media docena de scones que había hecho Griselda y se sentó a mi lado, alargó un brazo sobre el respaldo.

Dejé el cuaderno en el piso, nos besamos mientras se enfriaba el té, no nos gustaba perder ni un minuto. Le pedí que me dijera cuánto me prefería a las demás mujeres que había conocido. Cuando Ramiro iba a la ciudad, yo enloquecía pensando que podía encontrarse con las rubias de Villa del Parque. Y él se reía de mis celos. Nos mezclamos cuerpo a cuerpo en el sillón, escuchando cantar a los pájaros, que ya empezaban. Le dije que uno de estos días tenía que volver a Vicente López a buscar la novela que mamá había dejado sin terminar. Y eso me daba tristeza. Le pregunté si él también se ponía triste alguna vez con lo que había dejado atrás. Demoró en contestar, tomó un sorbo de té, mordió un scon. El hecho de que nunca hubiera podido

vivir sin mujeres, no quería decir que, en el fondo, no tuviera miedo de perderlas. Había algo inhumano en las mujeres, algo inentendible, inclinado a la locura.

—A la incoherencia —corregí.

—A la locura —insistió.

Su certeza me sorprendió. Me puse a pensar que podía vivir años con alguien, compartiéndolo todo, conversar, salir a navegar, llegar a una enorme intimidad, sin saber nada de esa persona y sin que esa persona sepa nada de mí. Mi relación con Ramiro era la prueba. Después le escuché decir que sentía tristeza de que algún día me fuera a otra parte.

El día no se había definido, la playa se encontraba en el dominio de los sapos cuando salimos en el Glorioso. Oíamos el silbido del viento que pasaba entre los sauces, nada más. Navegábamos sin hablar, como si la parte salvaje de la naturaleza exigiera silencio. El Glorioso se deslizaba con serenidad, como con orgullo, abriéndose camino en la neblina.

—Hay una niebla como para no creerlo —dije.

—No es neblina, son nubes del río, Luciana.

Ramiro sabía un montón de cosas sobre la niebla. En la niebla las figuras no se recortaban, la niebla hacía ver sombras también donde no había nada. No hay nada mejor que besarse en la niebla y verla desaparecer como una gasa subiendo al cielo. Nos besamos y fuimos besándonos hasta las cuchetas. Con Ramiro era fácil meterse en la bruma sin miedo, vivir el domingo en la penumbra, navegando en puntas de pie.

—Abramos una botella para festejar lo que hicimos —me dijo.

—¿A las ocho de la mañana?, te acepto un café, ¿trajiste el termo?

Todavía no sabía qué hacer para atravesar el recodo del sauce sin alterarme. No sabía si fumar, dormir, tomar espumante o entregarme a la suerte. Aquel día no puse demasiado empeño. Nos estaba siguiendo una línea de cielo despejado, pero al llegar al recodo la niebla se puso espesa y no lo vimos más. Nos perseguían los patos salvajes; la verdad, era medio imposible distinguir entre lo que veía, lo que pasaba con Ramiro y lo que yo iba agregando al cuaderno.

Nos acercamos al muelle de un islote y Ramiro detuvo el motor. Había

alguien, un tal Lugones, primo segundo del poeta, miembro de la Sociedad. Lo describí sin perder tiempo: Lugones no tenía nada de fantasma, caminaba sobre suelas de goma y vestía una capa de lluvia, con capucha de fraile franciscano.

—Bienvenida —dijo mientras me ayudaba a bajar del Glorioso.

—Encantada —contesté.

—Cómo me gusta esa palabra, es tan sonora, casi nadie la utiliza. ¿Usted escribe?

—Escribo algo que transcurre por acá. Voy por el capítulo doce. Pero debería interrumpirlo, tengo que escribir el último capítulo de la novela que mi mamá dejó sin terminar. Me pidió que fuera un final incierto, parecido a la vida, no le gustaban los finales redonditos.

—A mí tampoco me gustan. Yo no escribo y recito poemas —me dijo.

Nos sentamos en el muelle, el buen tiempo iba y venía con un sol inestable. Lugones se ganaba el pan llevando y trayendo turistas con una lancha, pero no me animé a preguntarle si había conocido a Luno. De repente llegó un vendaval de hojas y nos quedamos viéndolas caer, en el Delta era común que los minutos se fueran en eso. Ramiro había juntado un montículo de piedras chatas y hacía sapitos en la superficie del agua. Le conté a Lugones que mamá había leído completa la obra de su primo.

—Y sabe una cosa, a veces abro la ventana del dormitorio y me parece escucharla. ¿Habrá vida después de la muerte?

—Puede ser, contestó. Yo creo que estas islas pertenecen al género fantástico, de vez en cuando, converso con amigos isleños que llevan años enterrados en la Frontera.

Acostumbrada a la parsimonia de las palabras, demoré en reaccionar:

—Ah, no sabía que en la Frontera había un cementerio.

Lugones dijo que algún día melancólico de lluvia iba a querer ocuparlo. Pero qué paradoja, los días de lluvia la Frontera cobraba vida.

—Hace poco estuve, con una lluvia torrencial, había una chica afiebrada en el bar de Safira y tuve miedo de que le pasara algo.

—Las consecuencias de cualquier hecho pueden ser infinitas.

—Sabe que de repente dejé de mirar la lluvia y me acerqué a esa chica, quise ayudarla, no sé por qué. Se había acurrucado en una hamaca paraguaya, cualquier color que hubiera tenido en su cara preciosa se había esfumado, estaba pálida, de color hueso, como si no estuviera en el mundo. Es alarmante la fragilidad de la belleza, la manera que tiene de transformarse y desaparecer. Enseguida le pedí a Safira un té de jengibre con limón y dos cucharadas de miel. La chica apenas podía hablar, le dolía la garganta, había caminado bastante tiempo bajo la lluvia.

—Bajo la lluvia —repitió Lugones. Y comenzó a recitar un poema de su primo—: *Floreció con la lluvia en los jardines... el cándido jazmín de primavera.*

—Gracias, Lugones. Cómo le hubiera gustado a mamá escuchar este poema. A ella le encantaba la poesía, de haber podido, hubiera transformado El geriátrico de Villa Urquiza en un verso de dos estrofas. El fallecimiento de papá podía haber sido un cuento breve. Marta apreciaba la melodía de los versos, la repetición que se salva de la monotonía.

En aquel momento extrañé todo lo que Marta me había ofrecido. La mesa del comedor, el escritorio, la luz del sol en el jardín, aquella luz brillante y densa que se metía en todos los rincones y llegaba hasta el vestíbulo. Varios renglones escribí mientras el primo segundo de Lugones sumergía los pies en el agua y algo chocaba con sus dedos en el río marronoso, algo pesado, embarrado, mecido por la corriente. Algo que era el sombrero cónico de Luno.

Mientras Lugones recitaba y Ramiro me abrazaba, vi llegar un bote con la Sociedad completa, no faltó ninguno.

—Esta noche hay luna llena —dijo Griselda—, ¿ya estará listo el telescopio?

—Que empiece la ronda del mate —dijo Cofres.

—¡Qué empiece! ¡Qué empiece! —gritó la Chabón.

Hubo mate con masitas. No se ponían de acuerdo sobre la orientación del telescopio, hablaban del cosmos y el caos.

Griselda:

—Ya que estamos con este asunto del caos, me gustaría decirle algo a Luciana, esta mañana tuve una visión.

—¡Qué la diga! ¡Qué la diga!

—La rubia de porcelana no va a parar hasta tener todo lo tuyo, Luciana. La vi en tu cocina, preparando la merienda, ¿a que no adivinás dónde la van a tomar?

—¿En el balcón?

—No, en la terraza del edificio, a esa chica le gusta mirar el cielo.

Nos divertían las visiones de Griselda, aunque no siempre eran bien intencionadas.

Lugones:

—Me gustaría recitar un poema sobre el cielo.

—Cerraré el pico —le dijo el Abate.

—¡Qué lo cierre! ¡Qué lo cierre!

Una noche de estas, todos íbamos a poder mirar el cielo a través del telescopio casero, para ver la bóveda celeste y la luna. La temperatura descendió bruscamente, pasó una ventisca inusual, yo tiritaba en el vestido amarillo, Lugones me prestó su capa y me pidió algo a cambio.

—No tengo nada para ofrecerle —contesté.

—¿Su cuaderno?

—No puedo dejarlo.

—¡Qué lo deje! ¡Qué lo deje!

—No puedo, es un testimonio.

—Ese cuaderno es una trampa —dijo Griselda.

—¿Qué decís, Griselda? —preguntó Cofres.

—Cualquiera que lo lea va a pensar que Luciana es una pobre inocente, que no tiene nada que ver con la desaparición de su hijo.

Ramiro:

—No empecemos con eso de inocente y culpable, vida y muerte, castigo y pecado, estoy harto de los binomios.

Me aferré al cuaderno, no me interesaba que leyeran lo que escribo. Ni Lugones ni nadie. A veces reflexiono y creo que todo lo que hago en la isla es una sustitución de otra cosa. Me aparté del grupo. Releí unas hojas del cuaderno y me pregunté si no era absurdo continuar, todo se magnificaba o se deformaba al escribir. Tenía miedo de que mi vida en ese lugar fuera una manera de escapar de algo que había hecho o estaba por hacer.

Ramiro, que percibía todo lo mío, en ese momento hizo un guiño, dijo que me quería, con dos palabras se las arreglaba para disolver mis momentos penosos. Cuando hablamos del abandono de Juan, por ejemplo, me hizo entender que abandonar a una persona no era lo peor que se le podía hacer. Si uno no dejase nunca a nadie, no pasaría nada nuevo, Juan no me había hecho ningún daño, la infidelidad no era una tragedia, era una evolución, un acto esperanzador. La Sociedad comenzó a dialogar al respecto, yo mientras tanto

pasaba todo al cuaderno.

La ceremonia del mate duró una hora y media. Una hora y media en la lentitud de la isla era un montón de tiempo. Los Cofres saludaron a cada uno con un beso, mientras caminaban hacia el muelle para subir al bote, Griselda dio media vuelta y gritó para todos los presentes:

—Clarividencia no es ilusión. Pasado, presente y futuro tienen solución.

Ramiro y yo nos fuimos a las apuradas, como si hubiéramos tenido algo que hacer. Navegamos hacia el puerto con viento a favor y sensación de vértigo. Dentro de poco iba a llegar el frío, hasta en el velero se notaba cuando pasaba el aire. Era algo que podía sentirse y hasta olerse el frío. Me puse a pensar en la aparición del sombrero, ahora los fantasmas de Luno y Matías se vendrían con todo, los iba a encontrar en la ventana, en la escalera crujiente, haciéndose a un lado cuando pasaran cerca de mí; inclinados en el sillón de color damasco, tratando de descansar en paz, preparándose para modificar la consistencia de las cosas, las relaciones entre las cosas y yo.

Le había pedido a Ramiro que me llevara al puerto después de aquella reunión en el islote de Lugones. Necesitaba escuchar bocinas, batifondo de ciudad. Pero qué alambicada que es mi mente, mientras nos acercábamos a la costa, recordé que la enloquecida estructura urbana había gestado su alternativa de calma, chata como un cartel: el barrio cerrado. Casas iguales, rectangulares, verdaderas peceras; autos de lujo, ligustrinas rectas, como recién salidas de la peluquería. En uno de esos barrios vivían Eugenio, Agustina y sus perros. En la casa de los Marques había perros por todas partes, en distintas actitudes, perros furiosos, perros durmiendo en un almohadón, perros guardianes. Todavía conservaba las llaves y la tarjeta para entrar al barrio; los Marques nos habían habilitado el ingreso antes de irse de viaje al Caribe, para que Juan y yo tomáramos sol en el jardín, nos bañáramos en la pileta con forma de riñón, y de paso cuidáramos a sus perros. Cuántas cosas había tenido que soportar de Agustina. Dios. Ignoraba de qué perverso

mecanismo se valía mi mente, qué era lo que me impulsaba para concretar impulsos poco naturales, como el de aparecer en la casa de Agustina y sorprenderla.

—¿Para qué? —me preguntó Ramiro.

—No sé, pero eso de aparecer como un fantasma, hace rato que lo pienso.

Ramiro se tentó de risa:

—Me lo imaginaba, a veces creo que te conozco desde que naciste.

Al llegar al puerto, las imágenes me golpearon. Un tren en la estación, semáforos, el apuro colectivo, humo de parrillas, gente por todas partes. Cosas que hacer, cosas que hacer.

—Nos vemos más tarde —le dije a Ramiro.

Nos despedimos.

—Hasta luego —dijo al bajar del Glorioso.

Su figura daba un paso y se alejaba, giraba para saludarme y parecía regresar. No me pareció consecuencia de una visión distorsionada, más bien producto de una indecisión, como si le costara separarse de mí.

En el puerto era domingo por todas partes. Me gustó registrar la otra cara de las cosas, veía a la gente en la pesadez que arrastraba, parecían esforzados. Observaba la calle, la esquina. Tomé café en un bar, en cualquier puerto siempre hay un bar que sintoniza la FM. Pedí que subieran el volumen. Me deprimen las radios sonando bajito. Por ahí estaba el diario del día, tardé un tiempo considerable en llegar a las noticias policiales. Nada decían sobre Matías. Hablaban del cuerpo que había aparecido flotando en el río. Publicaban las fotos de un grupo de policías en la puerta de la morgue judicial. Esto último no lo pude soportar. Quisiera ser un pez. Terminé el café

y salí del bar con un deseo tremendo de alejarme. Me distraje con las vidrieras de una cuadra comercial. Doblé en una esquina y zas, aparecí frente a mi auto, casualidad pura, no lo busqué. Tenía el aspecto de un auto abandonado, la huella de Dominica seguía estampada en el parabrisas. Dominica. No sabía casi nada de ella, suponía que era preciosa y fresca, un poco ingenua todavía, de puro joven. Con mamá Marta no se podía hablar de los jóvenes, para ella eran seres sin terminar, a medio hacer. A Marta le interesaba la gente mayor, cuando habían pasado los cincuenta, qué habían hecho, cómo se sostenían en todos los sentidos. No sé si alguien sabe lo que significa tener una madre que a cada momento reflexiona. En ese instante tuve que escucharla otra vez:

—¿Vas a ir con esa capucha a la casa de Agustina?

—¿Qué te parece?

—Bien, muy bien. Que se quede dudando, no va a saber si estuviste de verdad o fuiste una aparición.

La telaraña de mi mente apretó el hilo y fui directo al barrio cerrado, sabiendo que era una estupidez, haciéndolo porque así se hacen algunas estupideces. No sé si alguien sabe lo que significa arrancarse de lo conocido, abandonar las costumbres, hacer de la propia historia una hoja al viento es algo que confunde bastante, uno no se entera si el mundo sigue existiendo si uno mismo sigue en él.

Entré sin problemas, caminé hasta la casa de los Marques con una determinación inusitada, recordaba perfectamente el camino, sabía que a esa hora la luz caía sobre las casas. Casas, es un decir, casi todas son una especie de rectángulo vidriado, peceras con propuestas sociales de domingo. Misa, asados, piletta, golf. ¿Nadie precisa más nada en el barrio cerrado? Entré por el ala norte y me escondí detrás de un arbusto. Eugenio había salido a pasear

con los perros. En el jardín giraba un regador con un zumbido monótono y tuve que esquivarlo, el momento de entrar a la casa se prolongó. No necesité usar la llave, la puerta estaba abierta. En los barrios cerrados nunca esperan el robo. Yo no tenía ninguna sensación de mal agüero, ni el menor arrepentimiento de lo que estaba haciendo. Subí al dormitorio y abrí la puerta sin golpear, el clima apestaba a cosméticos. Leche de pepinos, aceites esenciales, cremas con ácido hialurónico. Agustina estaba recostada en su cama, mirando televisión, como todos los domingos a esa hora. Sentí su rechazo, la clase de repulsión que provocan las personas amables que, de la noche a la mañana y sin razón aparente, se vuelven inhumanas o peligrosas. Me vio, apagó el televisor y dijo una sola cosa, gritó: ¡Seguridad!

Fue lo peor que podía haber dicho. Esa palabra no figuraba en el vocabulario isleño. Percibí su miedo. Intentó levantarse, apoyó las manos en el colchón y se incorporó diciendo:

—Luciana, ¿sos vos? ¿Qué hacés acá? ¿Por qué no me avisaste que ibas a venir? —me hiciste asustar.

No contesté, contestar no era una obligación, era una servidumbre. No era ningún secreto que a mí no me gustaba contestar preguntas. Ella hizo una pausa, fue un segundo silencio, grave o siniestro, abriéndose camino en la densidad de la habitación. Y despuésladeó la cabeza y comenzó a hablar dulcemente, como si quisiera desviar la intención de un peligroso asesino serial:

—Luciana, decime algo, ¿por qué hacés esto?, ¿te hice algo malo?

Yo no quería hablar, me habría gustado quedarme en silencio, apiadándome. Pero insistió tanto que tuve que decir lo que pensaba:

—¿Algo malo? Sí, tu torta de manzanas.

Cerré la puerta del dormitorio y me fui, bajé las escaleras en calma, como si fuera el asesino que se daba a sí mismo la orden de replegarse al comprender que la víctima no valía la pena. Solo quedaba desaparecer,

extinguirme como una criatura de fábula. Fue todo tan rápido que pensé que nunca lo había hecho. Me fui conforme. Aparecer puede provocar satisfacción, el ser humano es así, necesita constatar su presencia en algún lugar, tener un mínimo de protagonismo. Sabe que en cualquier momento termina la función y es bueno haber hecho una pasada, al menos una, por el escenario deseado.

Cuando llegué a la costa, vi la luz del anochecer y a Ramiro sentado en la penumbra de un bar, frente a un vaso que no era de bebida cola, esperándome. Terminaba de comer algo que podría haber sido pizza. Le conté lo que había hecho, era divertido, nos reímos a dúo. Salimos del bar, agarrados uno del otro, nuestra intimidad.

—¿Qué comías? —le pregunté.

—Cualquier cosita —contestó.

Me sorprendió la noche. Mientras íbamos hacia el velero Ramiro tropezó con un listón y comenzó a maldecir al carpintero inútil que había construido aquel puente de madera. Me reí de nuevo y escuché mi propia risa propagándose por el puerto, mientras él canturreaba no sé qué bolero.

Subimos después al Glorioso, navegamos en un río sereno, plano. Ramiro me preguntó si celebraríamos mi hazaña con una copa de vino en la playa o en el dormitorio. Llevaba tanto rato agarrada de su camisa de lino que la sentí como si fuera mía, tuve la impresión de que mi cuerpo cabía entero en su abrazo. Recordé que Juan había estado alguna vez en ese lugar, mil años antes, cuando algo parecido al matrimonio daba vueltas entre nosotros. En la mitad del viaje detuvimos el motor y en un tris quedamos desvestidos en las cuchetas. Solos, en la negrura, todo río y oscuridad compacta, sentí una felicidad genuina. Tan perfecto era todo que vi la escena al revés, en vez de mirar la noche, sentí que la noche me miraba a mí.

—¿Al parador de Safira? Excelente idea —dijo Ramiro.

Qué milagro, había señal en la Frontera, y Estambul me prestó su teléfono. Hablé con Inés, convencida de que Agustina, superada la conmoción inicial, había hablado por teléfono con Juan. Juan estaba con Dominica. Dominica había llamado a Maite y Maite, sin perder un solo minuto, le había contado todo a su tía Inés. Tal cual, los chismes corren rápido. Después de mi aparición fantasmal en el barrio cerrado, Juan, Dominica y los Marques, considerando la urgencia, habían improvisado una reunión en mi departamento.

Agustina les contó lo sucedido en estado de alarma alrededor de mi propia mesa ratona:

—Era Luciana, apareció, de repente la vi parada en la puerta de mi habitación, creí que me iba a matar.

Dominica, aparentando naturalidad, se acercó con una botellita de agua mineral en la mano:

—Qué exagerada. ¿Cómo sabés que era Luciana?, si dijiste que tenía una capucha que le tapaba la cara.

Juan:

—Luciana es incapaz de hacer una cosa así.

Dominica:

—Ojalá haya sido ella. Todavía no identificaron el cuerpo que apareció flotando en el río.

—Fantasías tuyas —dijo Eugenio.

Dominica estrujó la botellita de agua y provocó un sonido estridente:

—¿De qué fantasía estás hablando? ¿Alguien sabe algo de Luciana?

Juan intentó defenderse:

—No te voy a permitir que hables así.

Dominica no le dejó terminar la frase:

—No necesito tu permiso para decir lo que se me da la gana.

—No discutan, después de todo la agredida fui yo —dijo Agustina.

Dominica salió al cruce:

—Claro, Agustina no quiere perder el papel de víctima. Le queda muy bien.

Agustina:

—¿Para esto me invitaste a tu casa? ¿Para maltratarme?

Eugenio:

—Chicas, no discutan.

Dominica tenía energía suficiente para seguirla hasta la madrugada:

—Primero que esta no es mi casa. Y segundo, yo no te invité.

Agustina se levantó de la silla:

—Vamos, Eugenio.

Dominica la detuvo:

—No te vayas, quiero decirte algo.

—Te la agarraste conmigo, ¿no? Dale, decime lo que quieras, igual no te voy a ver más.

—Tu torta de manzanas es incomible, con canela y todo. Ahora sí, te podés ir.

Cada día iba surgiendo una nueva versión, más estafalaria que la anterior. Dominica era la única que se preocupaba por mí. Me sentí acompañada. Ramiro no podía creer lo que estaba sucediendo, le había parecido insólito que me hubiese animado a entrar al barrio cerrado, con la capa de Lugones, esperando detrás de un arbusto que Eugenio saliera a pasear a sus perros. Y que después me metiera en la casa y subiera al dormitorio de Agustina. Menos podía creer que antes de irme, le hubiera criticado la torta de

manzanas. Eran tantos los detalles entretenidos. Safira y Estambul me escuchaban azorados. Tomábamos el segundo café a la turca cuando les conté que, antes de subir la escalera para llegar al dormitorio de los Marques, había clavado un dedo en el ojo pintado al óleo de la abuela de Eugenio. Fui feliz. Desde la planta alta, miré la mesa del comedor y la silla donde me había sentado tantas noches, cerca de Reinaldo, un perro insoportable, verdaderamente. Y me acordé de aquellas comidas interminables. Carne mal hecha, nada crocante por fuera, nada jugosa por dentro. Y lo peor, aquella torta de manzanas, ácida, metálica, con canela.

—Dominica, sabés una cosa, te desubicaste con Agustina.

—No me hagas hablar, Juan.

Juan había salido al balcón, lo recorría de punta a punta. Fumaba, revisaba el limonero. ¿Qué buscaba en ese arbolito? Dominica tuvo que pedirle que cerrara la puerta, no quería decirle que le molestaban las palomas para no repetir las palabras de Luciana. Lo de Luciana había sido impresionante, qué actuación, aparecer de sorpresa en la casa de Agustina y criticarle la torta de manzanas. Daban ganas de aplaudir. Agustina siempre había dicho que los domingos a la tarde se acostaba a mirar televisión, después de caminar repetidos kilómetros por el barrio cerrado, se llenaba la cara de cremas o mascarillas horrendas y se metía en la cama resbaladiza y aceitosa como un luchador de sumo. Qué desagradable. Y Juan la defendía.

Varias cosas ocurrieron aquel domingo a la noche.

Mientras Agustina contaba lo que había sucedido en su habitación, Dominica se sintió más cerca que nunca de Luciana, siempre había sentido un rechazo tremendo por los Marques, no los soportaba, pero ahora le estaba pasando algo parecido con Juan y con el departamento entero. Mejor dicho, con lo que quedaba del departamento. No sabía explicar por qué, mientras Juan caminaba por el balcón, a ella se le ocurrió pasar por el dormitorio de Matías y le dieron ganas de llorar, la agarraron distraída, como si se hubiera olvidado algo en el fuego y lo sintiera derramarse. No estaba convencida de lo que sentía, hubiera tenido que contárselo a alguien, a ver si funcionaba, si era creíble. Cuando vio las sábanas de Batman, los granos de maíz por el

suelo y un oso siniestro sentado entre los barrotes de la cama, no pudo más. Quería salir corriendo. Por favor, cualquiera de esos objetos era más poderoso que Juan y Luciana juntos. Estaba tan alterada, que se le ocurrió ir a la policía y denunciarlos a los dos. En el dormitorio de Matías las cosas se entendían de otra manera, de pronto Dominica pensó que los argumentos sobre la desaparición de ese pobre chico comenzaban a ordenarse. ¿Los padres habían hecho un pacto? Secreto o manifiesto, Luciana y Juan se habían desentendido de Matías. Juan había actuado primero, eso seguro, se separó de un día para el otro, a quién se le ocurre. Si él sabía que Luciana cuando se angustiaba era capaz de cualquier cosa, lo había dicho con todas las letras el día que la criticó delante de los Marques. Obvio, ¿delante de quién la iba a criticar? Delante de Agustina, que decididamente la odiaba, una mina jodida, bien que se había asustado cuando Luciana apareció y le habló de la torta de manzanas. Qué maestra. No le hizo ningún mal y la dejó pensando, una aparición bastante razonable. ¡A ver cómo vas a espolvorear de ahora en adelante la canela! Genial. Pero no tanto, porque también era cierto que Luciana le había soltado la mano a Matías en la estación de tren. Dominica volvió a pensar que tener un hijo podía ser algo trágico. Era lo único que sacaba en limpio, casi nada, qué manera de volverse precavida de la noche a la mañana, ahora tenía que acomodar todo de nuevo. Eso del tipo hecho era un fraude total. En cualquier momento iba a tener que darle la razón a su propia madre. Casita robada. La clave era elegir con quién estar. ¿Y ahora qué?, ahora tenía que salir de ese departamento, lo antes posible. ¿Para qué se iba a quedar? ¿Para mirar cinco capítulos de una serie? Podía acostarse con Juan pero sin hacer nada, en el dormitorio de Juan hacer el amor era un decir, porque ahí el amor ya estaba hecho cuando ella entró. Para qué había servido salir un año con Juan, ¿para tener pareja? Qué gran cosa, no hacía falta para nada, nadie se casaba a los veintiséis, nadie tenía hijos antes de los treinta, ninguna de sus amigas se mudaría al departamento de

otra, todo el mundo sabía que eso era estar de más. Ella siempre había estado de más. Trató de serenarse. Tampoco era para tanto, por lo menos ahora entendía que veinte años con alguien no te salvan de querer tirar todo por la ventana, y que antes de tener un hijo hay que estar preparada para lo que venga. ¿Casita robada? Le había costado carísima, un año entero y una gripe que por poco termina internada con neumonía. No creía en Dios, pero algo o alguien la había castigado cuando quiso ocupar el lugar de Luciana. Apagó la luz del dormitorio de Matías y fue directo al balcón.

—Me voy, Juan.

Las palomas daban vueltas por ahí. Qué asco, eran un asco.

—¿A dónde vas a esta hora?

—Decime, ¿vos no te cansás de preguntar siempre lo mismo?, a dónde vas, a qué hora volvés, con quién estás. ¿No se te ocurre decir otra cosa? ¿Te enteraste de lo pasó con Agustina y tu ex?, ¿qué opinás?

Juan no iba a aceptar lo que Dominica quería decirle: que se iba y no pensaba volver, que Luciana era una mujer y él era un tipo perdido, pisando caca de paloma. ¿A dónde iba a esa hora? Iba a salir con Indalecio. ¿Y qué? Nunca le había contado a Juan, nunca lo había reconocido ni siquiera para sí misma, que, aquel día que tuvo fiebre, fue al Delta a ver si encontraba a Luciana, y pasó la noche con Indalecio en un parador. Tampoco le dijo que a la mañana le bajó la fiebre y se despertó, o más bien revivió, gracias a un té de jengibre con limón. En aquel momento se levantó de la hamaca paraguaya y se puso a mirar por la ventana para ver si había dejado de llover y vio un jardín repleto de flores enormes y también vio a la mujer de rojo que le había dado el té de jengibre, yéndose por un cantero de margaritas. Y justo antes de irse, esa mujer le había dicho: Qué bien tu novio, cómo te cuidó, se quedó toda la noche sentado en el banquito, no lo dejes escapar, este chico vale la pena. Todo volvió de repente, como después de un apagón. Cuando terminó de despertarse y vio a Indalecio sentado en el banquito, fue como si lo mirara

por primera vez. Era obvio que iba a salir con Indalecio, no entendía por qué no lo había hecho antes.

—Me voy —volvió a decirle.

Harta de Juan y de su papel de separado en crisis, se apoyó contra la puerta y quiso despedirse desde allí, estaba a punto de hablar demasiado seriamente de cosas que, para decirlas en concreto, había que tener años de convivencia. Estaba a punto de decirle que él buscaba algo que no iba a encontrar, porque en el fondo era como si no viviera.

—Chau, me voy —gritó.

Y Juan nada, sin reacción, no podía hacer nada, seguía yendo y viniendo por el balcón, con la brasa del pucho subiendo y bajando.

Dominica no había dormido, pero aquel momento fue como despertar. Salió a la calle y se metió en la oscuridad de Vicente López. Caminó unas cuadras. Cuando pasó por la estación y sintió frío, más que frío, sintió un escalofrío, por Luciana y su hijo autista, por algo que le excedía, se pasaba de la raya, ¿cuántas maneras había de entender a Luciana? Miró hacia los costados, antes de cruzar las vías y después comenzó a correr, menos mal que usaba zapatillas. Tomó un taxi en Libertador y le escribió un mensaje a Indalecio. Con suerte, antes de las tres de la mañana se mezclarían en el montón humano de la pista y después, quién sabe, tal vez pasaba algo mejor que sentarse a comer paella a la valenciana en un restaurante de la avenida Belgrano. Era lunes feriado, no tenía que madrugar.

—A la costanera —le dijo al taxista—, mientras subían por Lugones con un cielo oscuro.

Era tarde cuando regresamos a La oración. Comimos en una mesa puesta en el vano del ventanal que daba a la playa de barro, cómo me gustaba la improvisación con que se vivía la vida de la isla. Le dije a Ramiro que quería ir a la casa de mamá. Tenía que terminar la novela. Cuando lo dije, pensé una cosa insólita, pensé que ese domingo a la noche Matías se había desprendido de Luno para mezclarse con mamá. Matías estaba debajo de todo, con su descontrol al asecho y avanzaba, daba lo mismo por dónde. La sensación que me producía era irreversible, solo me aliviaba escribiendo, sin orden, sin lógica. Una tarde podía escribir diez hojas y al día siguiente nada.

—Cuando quieras te llevo, Luciana.

Me esforcé:

—Mañana.

Aquella noche nos quedamos en la sala hasta tarde. Hablando de Lugones, tenía que devolverle la capa antes de que comenzaran las lluvias. Hablamos de las plantas, el resplandor de los malvones, se encendían después de la lluvia. Dijimos que Griselda pronosticaba un otoño tormentoso. Griselda creía que todo lo adivinaba, a veces acertaba y nos hacía pensar que con ella no se podía tener ningún secreto guardado. Hablamos del Abate y de la iglesia sumergida. Buscamos algo para tomar, revisamos la hilera de bebidas, algo quedaba, una botella de ginebra. Ideal, dijo Ramiro, la ginebra inspira, tiene algo de bosque salvaje y de doncella muerta.

—Hablando de doncella muerta —le dije—, me estoy haciendo una pregunta en este momento.

—¿Cuál?

—¿Agustina creerá que realmente estuve en su casa?, ¿o pensará que fui una aparición?

—No sé cómo te animaste a entrar, mirá si llamaba a la policía.

—No hables así, te estás pareciendo a mamá.

Marta, en mi cabeza:

—Es la primera cosa sensata que le escucho decir a este muchacho.

No sabíamos la hora, ni cuánto iba a durar la noche, el tiempo lo medíamos por la crecida del río. Escribí algunos renglones, los acompañé con ginebra; a veces era imposible distinguir entre lo que escribía y lo que realmente sucedía. No sé a raíz de qué, a Ramiro se le ocurrió hablar de la gente común, los que compran ropa y se visten para ir al cine, los que almuerzan en un restaurante. Cerré el cuaderno, me vino a la cabeza el restaurante de la esquina de casa, los espejos detrás de la barra:

—Cuánto hace que no me miro al espejo, a veces trato de mirarme en la pantalla apagada del televisor o en el vidrio.

—¿Y cómo te ves?

—Borrosa, había traído un espejo de mano pero quedó en el río y nunca apareció. De vez en cuando Ernesto lo busca por toda la playa. ¿Ernesto volvió?

—Se tomó el día, mañana es feriado.

Lunes feriado. Dios mío. Abrí de nuevo el cuaderno y escribí, la memoria me iba trayendo cosas.

—Tengo un espejo, si querés te lo traigo.

—¿Cómo me ves?

—Preciosa, ese vestido amarillo te ilumina. Es el de tus quince, ¿no? Decime que te lo pusiste para salir conmigo.

Tomé otra copa, inclinada a la tristeza. Nos abrazamos y nos cubrimos con una manta.

—En este sofá duermo mejor que en el colchón, allá arriba cada vez que me acerco a la ventana siento que hay alguien —le dije—. Al principio era mamá, pero ahora se agregó Matías.

Escribo unos renglones impulsivos sobre Matías, ni las palabras que se dijeron, ni las cosas que sucedieron corresponden exactamente a lo escribo. De lo real queda solamente una sombra, un eco, no encuentro otra manera de restaurar lo sucedido. Escribo que murió en las vías. Lo atropelló el tren. Había llovido, la estación estaba cargada de humedad. Lo vi caer, me senté en un banco, cerré los ojos. No quedó nada del niño saltamontes, ni su gesto de cera, ni su pelo rubio como cresta de canario. La máquina lo arrastró, murió de golpe, sin que nadie lo viera, sin una mano en la frente, detuvo su energía frenética y sin objeto. Dios. Ramiro se alejó del sofá y caminó hacia el ventanal:

—Qué escritura intensa, Luciana.

—Cosas que me vienen a la cabeza —le dije—. Ayer escribí que Matías se había ido de la estación y corría por la vereda hacia el kiosco, buscando un chupetín rosado y blanco en el exhibidor de golosinas. Alguien lo vio, un auto se detuvo, eran las cinco y media de la mañana y Matías estaba en la calle, solo, el chico más lindo del mundo, el más rubio. Si alguna vez fui su madre, Matías me borró en ese momento porque nada recordaba y subió a cualquier auto, alguien le acarició la frente, le preguntó cómo te llamás, y Matías no contestó, nunca iba a contestar, no iba a decir una sola palabra, ni dónde vivía ni cómo se llamaba, ni quiénes habíamos sido Juan y yo.

Ramiro encendió la lámpara de pie, giró sobre sí mismo como si un empujón hubiese decidido el movimiento:

—Si querés te llevo —me dijo.

—Subo a ponerme la capa.

Como de costumbre, el río me sorprendió. A esa hora de la madrugada no había un soplo de viento, era la noche más calma que nunca más volvería a ver en el río. Detrás de las nubes apareció la luna y la superficie del agua se volvió clara. Ramiro se había sentado en la proa, quería escuchar los detalles de mi regreso a Vicente López. Los detalles nunca habían sido mi fuerte.

—Te vas a enterar mañana —le dije—, si nos toca almorzar en el bar de Safira y Estambul. ¿Y las llaves?, ¿dónde puse el llavero?

—En el bolsillo, Luciana.

Metí la mano en el bolsillo de la capa de Lugones, no sabía qué buscaba, ni si buscaba las llaves, era uno de esos gestos sin sentido, con los que simulamos tener un propósito claro. Ramiro me miró.

—¿Por qué me mirás así? —le pregunté.

Dijo que le gustaba mi cara y también mis nervios. Le gustaba protegerme de eso que yo misma generaba en mí. Sonaba el radiograbador del Glorioso, la música iba por todas partes y aunque lo tenía frente a mí, pensé en él, en Ramiro. Tuve ganas de decirle que lo quería de verdad, con un amor auténtico, que era una novedad en mi vida, algo que recién podía entender ahora, con la música sonando a todo volumen en la mitad del río.

Tomé distancia de nuestra imagen en el Delta solitario y vi las primeras luces del puerto, lo que había sido mi vida detrás de mí, lo que abandoné y lo que todavía estaba milagrosamente intacto.

Llegamos.

—Te espero acá —dijo Ramiro.

Me conmovió, suspiraba después de oír la voz de Ramiro diciendo Te espero. Lo saludé con un beso. La seguimos, él me dejaba hacer lo que yo quería. Me alejé intentando frenar un aluvión de imágenes: cuando Luno cayó al agua, cuando supe que la playa era de barro, los tules del dormitorio y la ventana del más allá; cuando llegó el Glorioso y sentí que no lo iba a olvidar, cuando escuché por primera vez los gritos de la Chabón. ¡Qué

vuelva! ¡Qué vuelva!, parecía decir ahora. Lo más presente de todo eran los malvones, los había hecho parte del cuaderno donde escribo, esa tonalidad rosada, en los momentos difíciles nunca dejé de mirar el cuaderno con cierto resplandor de malvones.

Me fui cruzando el puente, todo continuado, sin relieves. El auto se puso en marcha con dos resoplidos. Anduve despacio, a baja velocidad. Antes, cuando era otra, me gustaba ir rápido, no sé para qué me sirvió el apuro. Qué fácil era la avenida del Libertador a esa hora, sin gente, sin tránsito. Y qué largo se hacía el cambio de luz de los semáforos, daba para pensar en algo. Trataba, pero rápidamente borraba cualquier idea. Una, creo que la más disparatada, era frenar en la heladería, bajar del coche y tomar un helado. La adolescencia seguía tan presente en mí, como la última imagen que me quedaba de ella, un helado en cucurucho y la vereda de Vía Flaminia. Pasé por la estación de servicio y por la iglesia. Al llegar a Vicente López crucé la barrera, reconocí con la mirada cada casa, nunca cambiaban su fisonomía. Había empezado a arrepentirme de haber llegado al barrio y, en vez de volver al puerto, frené en la estación. Seguí arrepintiéndome, comenzó a llover. Qué importa la lluvia, pensé. No podía dar marcha atrás, necesitaba enfrentarme a los elementos, la lluvia, el viento, el lunes feriado. Quería confirmar mi existencia en el banco de la estación. Me toqué la cara, solo para corroborar que era real. No me reconocía, tendía a imaginarme con otra identidad, otra persona hecha de aire, de mi propio aire, era una especie de necesidad, volver al barrio de esa manera sutil, como decía mamá Marta, como un fantasma. Caminé por el borde del andén y miré de nuevo las vías, lisas, filosas, paralelas. Esperame acá, le había dicho a Matías. ¿Se lo habré dicho realmente? La lluvia hacía su sonido monótono. No era de noche ni de día, era esa hora previa al amanecer. Me quedé en el andén y ocurrió lo menos esperado, ni siquiera supe si llegó a ocurrir; el tren que antes había pasado sin detenerse, ahora regresaba a la estación. Lo vi venir casi de frente, con su luz

poderosa atravesada por la llovizna, escuché el batifondo de la bocina, cada vez más ruido, sentí la ráfaga de calor que dejaba. Pasó en un segundo, con las ventanillas iluminadas. No me vio, lo imaginé, pasó muy pronto, apoyado en la ventanilla, con la frente sobre el vidrio, su pelo rubio como cresta de canario. ¿Qué pasaba conmigo? ¿Había aparecido en otro mundo? ¿Había llegado por azar a uno de esos puntos donde se mezclan las dimensiones? La estación se iluminó con los focos de un coche que se acercaba y pensé en toda mi vida, mis actos, mi fuga. Me senté en el banco, cubierta hasta la cabeza con la capa de Lugones, los pies clavados en el suelo y los ojos cerrados. ¿Cuánto tiempo los había cerrado? Basta de preguntas, no podía quedarme ahí, tenía cosas que hacer.

Me fui de la estación y comencé a caminar hacia la casa de mis padres. ¿Cuál era la llave de casa? Revisé el llavero y la reconocí, me vino a la memoria, tenía una muesca. Abrí la puerta, ni bien encendí una luz apareció la mesa del comedor. Los postigos cerrados, todos cerrados. Un par de retratos languidecían, no me gustaban nada los retratos, no entendía el sentido, para qué podría servir un momento frenado. Tuve varios minutos hasta entrar en relación con lo que había en la sala y con los muebles que estaban dentro, como si no hubiera pasado nada. No sé si alguien sabe lo que significa entrar a la casa de la infancia cuando el tiempo pasó y los padres ya no están más. Es algo raro, lo vivido entra como una ola y el tiempo va para atrás hasta con los olores. Por eso los oí. Oí sus voces, la risa, sus imágenes queridas aparecieron en mi imaginación, un hombre alto, una mujer de la mano de una chiquita, yo misma cuando era chiquita. Era agradable el silencio de la sala polvorienta, con todo el pasado por delante. En el escritorio, una antigua mesa de roble donde mamá Marta había visto la forma negra de su vejez avanzando sin descanso, encontré su novela. Breve, setenta y dos hojas mecanografiadas en papel de seda. Los primeros renglones me llamaron menos la atención que el papel suntuoso, de color blanco perdido, con los bordes oxidados; me llevé instintivamente el papel a la nariz y detecté la colonia de la Franco Inglesa que ella usaba en aquel tiempo. Las correcciones eran escasas con ese fin, Marta utilizaba una lapicera fuente. No la encontré, ¿dónde estaba la lapicera de mamá? Cómo le gustaba escribir, llenar cuadernos y cuadernos. A veces cuando terminaba un cuento, abría los

postigos para que entrara la noche y la lanzara de nuevo al cuaderno. Leo los últimos renglones que escribió: El niño es animista por naturaleza, tiene un oso como compañero de juegos, lo puso preso entre los barrotes de la cama porque la conducta del peluche no ha sido del todo adecuada a la hora de sumergir vainillas en la leche.

Dios. Algo se pone en marcha, siento la urgencia, necesito rescatar ese juguete, como si me llamara. Junto los papeles de Marta, los llevo conmigo, tengo que terminar esa novela, no la voy a abandonar boca abajo en un cajón. Perdí un poco de coherencia, no razono bien, creo que el oso de peluche corre a lo largo de la tierra con un aire travieso que me conecta con Matías. Me había olvidado del oso, no sé por qué. Me lo reprocho, no tengo perdón. Recordando lo poco que sé, intento describir la relación que tuve con mi hijo y vuelvo a pensar que la maternidad es algo incomunicable. No voy a poder escribir demasiado sobre ese asunto. Con los papeles de Marta en la mano, paso por delante del aparador y enfrento el vestíbulo. Mi apuro no tiene lógica, voy demasiado rápido, pongo un pie en el umbral. Me despido de la casa mientras una mano invisible parece cerrar la puerta con delicadeza.

Afuera la llovizna decoloraba todo. Las calles de Vicente López parecían dibujadas, un cuadro relacionado conmigo. ¿Valía la pena volver al departamento para recuperar el oso de Matías?, podría tener su olor, una mancha, una mordida. Daba igual si valía o no valía la pena, tenía que hacerlo y ya, nada me iba a frenar. Llego corriendo a la esquina y cruzo la calle, enajenada, no siento nada por esas calles, ni por el barrio, ni por Juan, y ese era el asunto, me animaba a entrar al departamento porque ya no sentía nada, Juan se había ido de mí. ¿Quiénes estaban? No importaba, volvía para rescatar un oso de peluche. Y punto.

Anduve una cuadra y de repente estaba de nuevo ahí, frente al ascensor, vestida con la capa de Lugones. Cuando me vi en el espejo, no me pude creer. Subí al séptimo piso. Ningún ascensor del mundo demoró tanto en

subir siete pisos. Abrí la puerta, volvió a gemir. Había quedado abierta la ventana y fui directo al balcón donde anidaban las palomas, todo callado menos el gru gru gru de las palomas picoteando el suelo sobre la nada de ahí afuera, donde no iba a suceder nada más que el revoloteo de esas inmundas palomas. Las odiaba igual que siempre, era una constante. Avancé por el pasillo, mi antiguo túnel. Vi, como al pasar, la biblioteca en estado lamentable, ni un libro, solo un florerito comprado en San Telmo y un pisapapeles, los únicos dos objetos que había dejado porque no tuve tiempo de regalarlos, pero ni siquiera carga emocional tenían. Tropezando a oscuras para llegar al dormitorio de Matías sin hacer ruido, pensé seriamente en la inutilidad de los objetos, me encontré de frente con mi propia obra y comencé a considerar en serio mis actos en la estación, la inminencia del desastre, todo tan cargado de emoción, que quise regresar lo antes posible al presente. Con el trabajo que me había costado olvidar, era injusto empezar de nuevo a remover toda la historia.

La habitación de mi hijo estaba intacta, las pinturitas, los granos de maíz. ¿Nadie había entrado? Vi el oso, lo abracé como se abraza a un ser querido. Podría haber sido el talismán para conjurar un año de pesadilla. Y era solamente un peluche. Nada más que un peluche quieto y mordido, con ojos de vidrio y olor a humedad. Matías era la única razón para estar allí y también para irme y no volver. Me senté en el suelo, entre los granos de maíz. ¿Tenía que haberme arrodillado como una religiosa necesitada de castigo? Dejé el peluche donde estaba y salí de la habitación en puntas de pie. En un segundo entendí la monstruosidad que había cometido cuando le dije a Matías: Esperame acá. ¿Se lo habré dicho realmente?, quién sabe. De solo pensarlo, quise deslizarme en sentido inverso a través del pasillo, pero en vez de volver atrás, abrí la puerta de mi dormitorio y la vi, o creí verla, radiante, vestida con una enagua de satén. Nunca había sentido con tanta fuerza la presencia del azar. Dominica era el azar, la tormenta inesperada, el vértigo de la caída. Yo

era la caja negra que guardaba el misterio del accidente. En esto pensaba cuando escuché el sonido del tren y Juan encendió la luz, velada por la pantalla.

Nos invade la pequeña luz, algo salió mal en este dormitorio, algo quedó sin hablar, sin ser visto, simplemente iluminado. Juan se sienta en la cama. Quedamos cara a cara en la penumbra:

—¿Qué pasó con Matías?, decime la verdad, Luciana.

Contestar no es una obligación, no es un mandamiento sagrado. Sin embargo, necesito dar una respuesta, ¿para mí misma?, ¿para Juan?, vaya uno a saber. Demoro, quedo un rato detenida, observando la mancha de humedad en la pared, mi cama separada de la ciudad por aquellas persianas de rendija, el aire de familia por todas partes. Suficiente por hoy, pensé. Juan repite la pregunta, como si quisiera comprender las razones sorprendentemente numerosas que recomiendan situar a los padres siempre cerca de los hijos:

—¿Te lo llevaste al Delta?, decime la verdad, ¿qué hiciste con Matías?

Contesté como si me sacara una máscara de la voz:

—Lo dejé en la estación.

Juan se hunde en la cama, con esa actitud tan suya, pasiva, silenciosa; apaga la luz y dice, medio murmurando, medio hablando:

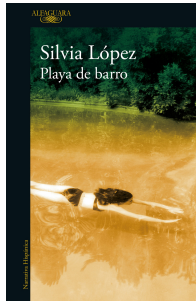
—Vení, acostaste que hace frío.

Vuelve a mi mente la isla Garza Mora, tengo los ojos llenos de lo vivido. Mientras tanto en Vicente López amanece con una luz verdosa y cargada de electricidad. A través de la persiana medio abierta, escucho en la calle mojada el sonido de los coches que pasan. Me inquieta, dentro de poco la habitación se volverá insoportablemente clara, igual que cualquier mañana.

Amanece sin parar. Así las cosas. Cuelgo la capa de Lugones en la silla, me saco los zapatos, acomodo un almohadón y me recuesto, agotada, no sé para qué, cuál es el sentido, realmente. La falta de sentido me va como un traje a medida y ahora estoy recostada en mi cama, como un ser milenario

obligado a vivir cien años más en varios mundos; en uno me desvanezco, me desmayo, en otro me enamoro y soy feliz. Sigue pasando la hora, se viene el día. Me veo. Dios. Juan y yo somos los mismos muertos matrimoniales que fuimos cuando descansábamos boca arriba en la arena, somos idénticos. Me frote los brazos como si hubiera quedado congelada un año entero, ¿será que estoy en el tercer estado?, ni la vida ni lo otro, como dice Ramiro. Tengo que terminar la novela de Marta, no puedo escribir un final redondo, tiene que ser abierto, incierto, como la vida. ¿Dónde dejé los papeles? Voy a necesitar un empujón para llevar a cabo la tarea, es una responsabilidad, tendré que recurrir a mi pequeño grupo, mis narrados, Matías y Luno, los siameses ominosos; la Sociedad en pleno, me están esperando, todavía no fueron tipiados en papel de seda y ya tengo miedo de que queden en el escritorio, quietos como una piedra, sin publicar. Qué extraño, Dominica no figura entre los narrados, será que la vida por delante no cabe en un cuaderno de tapa dura, no puede apilarse entre papeles que, por más que sean de seda, terminan volviéndose amarillos con el paso del tiempo.

Dominica se había despedido de Juan, imaginé que había cerrado la puerta agregando otro poco de silencio al departamento y se fue. ¿Qué era Dominica en mi vida?, la alucinación que se excusa por no poder quedarse, el fantasma sonriente y escotado que se pierde en la noche. Salió a vivir, pensé. Qué suerte. Se hizo de día y quise asegurarme, miré de nuevo al costado y Dominica no estaba, ni donde había creído verla un poco antes, radiante y vestida de satén, ni en ningún otro lugar. No estaba. Juan se había dormido. ¿Había algo para desayunar?



«¿Qué podía arruinar un matrimonio tan largo?, se preguntaba Dominica. Se sentía nadie frente a la cantidad de años que Juan había vivido con Luciana. No eran nada unos pocos meses comparados con veinte años. ¿Qué lugar tenía ella? ¿Quién era para él?»

Los veinte años de matrimonio de Luciana se derrumban cuando Juan se enamora de Dominica, una chica de veinticinco. Unos días más tarde, de manera inexplicable, su hijo desaparece en la estación de tren. ¿Qué hacer cuando la rueda de la tragedia sigue girando? Anestesiada emocionalmente y con algunas pocas convicciones que la van guiando a tientas, Luciana pretende reponerse y cambiar de vida en una isla del Delta. Ajena a los sucesos que intenta dejar atrás, ignora que Dominica la idealiza y se obsesiona con conocerla porque necesita una respuesta para su mayor intriga: ¿qué pasa en el fondo oscuro de una pareja estable?

Playa de barro es una de esas novelas potentes, impiadosas, que dejan fuertes marcas en sus lectores; una trama novedosa que profundiza en el drama familiar hasta llegar a las más inesperadas consecuencias.

«Una travesía onírica y enigmática por las obsesiones amorosas y los inquietantes vínculos familiares.»

JORGE FERNÁNDEZ DÍAZ



SILVIA LÓPEZ

Nació en Buenos Aires; vivió en Barcelona y en París, donde completó sus estudios. Es psicoanalista y escritora. Se doctoró en Psicología Clínica, y trabaja como docente en la Facultad de Psicología de la Universidad de Buenos Aires, donde integra jurados de tesis de doctorado y maestría. Es árbitro de la *Revista Universitaria de Psicoanálisis*, y miembro de la Escuela de la Orientación Lacaniana (EOL) y de la Asociación Mundial de Psicoanálisis, desde su fundación. Junto con Jacques-Alain Miller y otros colegas fundó La Red de la EOL. Es autora de las novelas *Cálculo y presentimiento* (2012); *El cerco rojo de la luna* (2013), finalista del Premio Clarín de Novela, y *Diván francés* (2016). Publicó numerosos ensayos sobre psicoanálisis en el país y en el exterior.

Foto: © Alejandra López

López, Silvia

Playa de barro / Silvia López. - 1ª ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Alfaguara, 2019.

(Hispanica)

Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-987-738-637-0

1. Narrativa Argentina. I. Título

CDD A863

© 2019, Silvia López

© Diseño: Penguin Random House Grupo Editorial, inspirado en un diseño original de Enric Satué

Imagen: © Getty Images (coloreada digitalmente)

Diseño de cubierta: Raquel Cané

Edición en formato digital: agosto de 2019

© 2019, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A.

Humberto I 555, Buenos Aires

www.megustaleer.com.ar

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*.

El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores.

ISBN 978-987-738-637-0

Conversión a formato digital: Libresque

Penguin
Random House
Grupo Editorial

me **gustaleer**

Descubrí tu próxima lectura

Suscribite y recibí
recomendaciones
personalizadas.

SUSCRIBIRSE

Índice

Playa de barro

Primera parte

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

Segunda parte

13

14

15

16

17

18

19

20

21

22

23

24

25

Tercera parte

26

27

28

29

30

31

32

33

34

35

Sobre este libro

Sobre la autora

Créditos